

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



GLORIA SWANSON, bellissima "estrella" de la "Paramount", - Exclusiva de SELECCINE, S. A.

NÚMERO ALMANAQUE 1925

Precio: Plas. 2'50

FilmoTeca
de Catalunya

R 792 NOV

80 G
m 876



FRANK MAYO



RAQUEL MELLER



MARIA JACOBINI



MAE MARSH



DOLA NEGRI



JACQUE CATHELAÏN

Los artistas internacionales y la Dirección de esta Revista

desean un feliz y próspero
año nuevo a los lectores de

La Novela Semanal Cinematográfica

0235-89160

CR/403304-8831
Filmoteca
de Catalunya

LOS ARTISTAS : ASOCIADOS :

LOS GRANDES ÉXITOS DE 1924-1925

Dorothy Vernon

por Mary Pickford

El Ladrón de Bagdad

por Douglas Fairbanks

La quimera del oro

por Charlie Chaplin (Charlot)

Ricardo Corazón de León

por Wallace Beery

Una mujer de París

interpretada por Edna Purviance.
Autor y director: Charlie Chaplin

MARY PICKFORD

CHARLIE CHAPLIN



DOUGLAS FAIRBANKS

D. W. GRIFFITH

Teléfono 667 G - RAMBLA DE CATALUÑA, 62 - BARCELONA - Telegramas 'UTARTISTU'.

MÁLAGA
Torrejón, 28

MADRID
San Joaquín, 2

VALENCIA
Mossén Femares, 11

BILBAO
Plaza Elíptica, 1



LOS GRANDES EXITOS

— SOLO SE CONSIGUEN PROYECTANDO: —

LOS HIJOS DE NADIE

(La película que no olvidará usted nunca)
De imborrable recuerdo. - Exclusiva para Cataluña)



PARA TODA LA VIDA

La película dramática que llega al corazón de las multitudes. Argumento inédito de Jacinto Benavente, de extraordinario éxito en los cines Kursaal y Cataluña. (Exclusiva para Cataluña y Baleares.)

EL MILAGRO DE LOURDES

Originalísimo asunto de palpitante interés y emoción.
Inimitable creación del gran artista francés HENRY KRAUSS
(Exclusiva para Cataluña, Aragón y Baleares)

PIDA DATOS Y PRESUPUESTOS A

JAIME COSTA - Consejo de Ciento, 317, pral. - Barcelona

Hotel-Restaurant RANZINI

Paseo Colón, 22 - BARCELONA - Teléfono 1499 A

Nuevo Propietario

Autos en todas las estaciones y muelles

Confort moderno - Agua corriente caliente y fría en todas las habitaciones - Calefacción central - Salón de música y lectura - Baños en todos los pisos - Departamentos con cuartos de baño, W. C., etc. - Ascensor
Se hablan varios idiomas
Pensión desde 11 pesetas

Cubiertos a 5 ptas. con champagne



Arte y Cinematografía



PRIMERA REVISTA PROFESIONAL ESPAÑOLA :: LA MÁS ANTIGUA, LA MEJOR INFORMADA, LA DE MAYOR CIRCULACIÓN Y LA QUE CUENTA CON CORRESPONSALES PROPIOS EN LOS CENTROS PRODUCTORES DEL MUNDO :: ES LA PUBLICACIÓN ÚNICA QUE PUEDE SERVIR A LOS SEÑORES ACTUARIOS DE ORIENTACIÓN EN EL NEGOCIO

AÑO XV

Dirección, Redacción y Administración: CALLE ARAGÓN, 235 - BARCELONA (España)

DIRECTOR - PROPIETARIO: J. FREIXES SAURI

SUSCRIPCIÓN ANUAL:

España y Posesiones españolas	10' pesetas
Extranjero	15' »

ANUNCIOS SEGÚN TARIFA

Interpretes principales:

Condesa Agnès de Esterhazy

Harry Liedtke

NANÓN

Selecciones "Capitolio"

S. HUGUET

Provenza, 292.-Barcelona

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

SUCEDIÓ, pues, que el rey Luis XIV separándose de los cortesanos que le acompañaban en una cacería y seguido del Gran Mariscal, se detuvo delante de la hostería «El Borrego de Oro», sita en el camino de París, y famosa más que por su buen servicio por la belleza de su dueña.

—¿Y si nos reconocen, Majestad?—preguntó el ayudante del Rey un poco embarazado por aquella conducta.

Luis XIV se encogió de hombros, y mientras no lejos de allí los cazadores hacían un alto para reponer sus fuerzas, el monarca y su Mariscal tomaron asiento cerca de una de las numerosas mesas que había en el patio de la hostería e hicieron palmas.

—Señores, no tengan prisa... ¡En casa de Nanón hay que venir armado de paciencia!—les dijo un viejo campesino sentado a poca distancia de ellos.

El Rey se sonrió, hizo un guiño a su ayudante y alzó su voz poderosa llamando a la hostelera;

—¡Naaaanón!... ¡Nanooooon!...

Como nadie contestaba, los dos impacientes aporrearon la mesa, y como si éste fuera un procedimiento usual en la hostería para que se les hiciera caso a los parroquianos, abrióse una ventana en la casa, a la que se asomó un delicioso rostro de mujer.

—¡Voy, señores, voy! ¡Un poco de calma!

Era Nanón, la hostelera, una estupenda mujer muy joven y muy bella. En su camino hacia la puerta tropezó con dos de sus huéspedes, una pareja parisiense llegada el día anterior y que no perdía ocasión de abrazarse.

—Seguid queriéndoos con toda franqueza—les dijo ella observando su turbación.—Es lo natural si estáis en la luna de miel.

En cuanto salió la hostelera, el hombre dijo a su compañera:

—¡Si supiera que somos unos amantes furtivos!...

Entretanto los invitados a la cacería real esperaban el regreso del Rey, sin explicarse su ausencia; y era Mme. de Maintenon la que parecía más intranquila.

Luis XIV se había separado de los suyos sin que nadie le viera. La caza y el paseo habían abierto su apetito, que no disimuló al aparecer la hostelera.

Sirviólos Nanón y el Rey paladeó el vino que le escanciaba la encantadora joven, diciendo:

—¡Delicado! ¡Delicadísimo!...

Mientras así se solazaba el soberano, los cazadores disponíanse para el almuerzo, cuyos últimos preparativos se estaban haciendo.

Los hambrientos servidores rondaban alrededor de las viandas con ojos de gula.

A un montero se le desquijaró la boca. Pero el jefe de cocina no tuvo compasión de él.

—Aunque rabiaraís de hambre—dijo,—no se comienza la comida hasta que haya llegado Su Majestad.

Pero el Rey en lo que menos pensaba era en volver. Se encontraba muy a gusto en «El Borrego de Oro» y hacía honor al almuerzo que le sirviera la hostelera.

El Mariscal, en cambio, no probaba bocado.

—Vuestra sobriedad raya en lo extravagante—le dijo el Rey observando lo melindroso de sus gestos.



Era Nanón, la hostelera, una estupenda mujer, muy joven y muy bella.

En aquel momento abrióse una ventana en la casa y apareció el busto de la amante *furtiva*, quien, al ver los nuevos huéspedes, se entró precipitadamente.

El Mariscal vió y calló.

—He almorzado de una manera agradable—afirmó Luis XIV.—Creo que podemos marcharnos.

El Mariscal se acercó a la hostelera para satisfacer la cuenta, y viendo a su alcance el rostro de Nanón, tuvo el capricho, muy disculpable, de conocer el perfume de su piel; pero tanto aproximó los labios a una mejilla de la hostelera que ésta se revolvió y, claro y distinto, sonó el chasquido de una bofetada.

—¿Pero quién cobra aquí, ella o vos, Mariscal?—preguntó el Rey.

El Mariscal se frotó el carrillo herido, hizo una mueca que intentaba parecerse a una sonrisa y miró airadamente al viejo campesino vecino de la mesa, que se había atrevido a soltar una carcajada celebrando la conducta de Nanón.

* * *

La cortesana más hermosa de Francia en aquellos tiempos era Ninón de Lenclos, célebre por sus volubilidades tanto como por sus pasiones, y que había logrado hacer de su palacio el centro predilecto de cortesanos y escritores.

Una noche, la del día de la cacería regia, Ninón recibía a sus amigos.

Allí estaban el marqués de Sevigné, hermano de la mujer que había ido a ocultar al «Borrego de Oro» una aventura amorosa bajo el nombre falso de Mme. Durand; a su lado hallábase el marqués D'Aubigne, que disfrutaba el honor de ser el favorecido por la caprichosa Ninón. Fontenac, oficial en el ejército de Languedoc, camarada y amigo del marqués D'Aubigne, era también un asiduo a estas reuniones, en las que brillaba el espíritu de una época en que el ingenio prodigábase en conversaciones llenas de espiritualidad.

Dos nuevos invitados acababan de presentarse: el marqués de Marsillac, intendente general de los reales teatros, y su sobrino, mozo cohibido que daba la impresión de que se vestía de hombre por primera vez.

El intendente y su sobrino entraron en

el salón. Marsillac besó la mano a la cortesana como hombre avezado, pero su pariente, confuso, resbaló e hizo una pirueta para no caerse.

—Perdonadle—dijo Marsillac a Ninón.—Mi sobrino no está aún familiarizado con nuestras costumbres. Vos, que sois maestra de distinción y elegancia, sabréis enseñarle.

Al mismo tiempo, en la hostería, la que se hacía llamar Mme. Durand exponía a su amante el temor de que el Mariscal los hubiera visto.

—Mi hermano no debe saber nada de esta locura nuestra. El trató de tranquilizarla.

Pero no eran infundados los temores de Mme. Durand. Precisamente el Mariscal llegaba entonces a casa de Ninón y refería su estancia en «El Borrego de Oro».

—Su Majestad estaba encantado del vino... y de la hostelera, comenzó diciendo.

El Marqués d'Aubigne no quiso oír más y se despidió de su bella amiga, la dueña de la casa.

—¿A quién creéis que he visto en la hostería?—añadió el Mariscal.—Pues nada menos que al amigo Gastón d'Houllières con una damita muy conocida de todos nosotros...

Algunos ojos miraron al marqués de Sevigné, que palideció ligeramente y, en seguida, saludó a Ninón, despidiéndose.

Las palabras oídas de labios del ayudante del Rey condujeron al marqués de Sevigné a la hostería, donde Nanón, que se había enamorado de un arrogante mozo al que tenía por persona de su modesto rango, tenía su reino de mujer guapa y risueña.

—¡Este es mi Grignau, el soldado más guapo de la guarnición!—decía ella presentando su novio a los amigos.

La presencia del Marqués produjo en Grignau un extraño efecto: verlo y echar a correr fué todo uno.

En aquel momento abrióse la puerta de la hostería, apareciendo en ella el falso matrimonio Durand.

—¡Dios mío, mi hermano!—gritó la joven.

Huyendo de la cólera del Marqués, la amante *furtiva* desapareció corriendo, mientras los dos hombres quedaban frente a frente.

Entre los humildes parroquianos de «El



El marqués d'Aubigne, que disfrutaba el honor de ser favorecido por la caprichosa Nanón.

Borrego de Oro», la actitud de los aristócratas batiéndose en duelo furioso fué un motivo de espanto. Loca de miedo, Nanón se puso a gritar:

—¡Grignau! ¡Grignau!

Pero Grignau no contestó.

Y el duelo proseguía. El Marqués falseó una estocada, d'Houllières cayó en el engaño dejando el pecho al descubierto, y su adversario tiróse a fondo, tendiendo a sus pies al amante de su hermana.

Concluir el duelo, marcharse el Marqués y presentarse Grignau fueron sucesos entre los que apenas hubo intervalo de tiempo.

Nanón echó los brazos al cuello de su novio.

—¡Cuánto me alegro que no seáis noble!... Nosotros no cometemos estas tonterías.

—En cambio cometemos otras.

—¿Cuáles? — preguntó perpleja Nanón.

—¡Estas! — gritó Grignau estrechando en sus brazos a la hostelera y poniendo en su rostro dos escandalosos besos.

—¡Bah! — Esas tonterías las cometemos todos — repuso Nanón ligeramente encendida.

Horas más tarde, reunidos en casa de d'Aubigne, Frontenac decía al Marqués:

—Estáis haciendo un juego demasiado peligroso con Nanón.

—Es indispensable — repuso d'Aubigne. — Si me hubiera acercado a ella con mi título y no como Grignau, modesto tambor de granaderos, seguro que me hubiese rechazado.

Aquel día, uno de los habituales en que Ninón recibía a sus admiradores, la cortesana tuvo la desagradable sorpresa de ver que sus invitados le enviaban cartas disculpándose por no poder acudir a sus salones, como de costumbre.

Sin poderse explicar los motivos de esta general deserción, la mujer galante más celebrada del reino crispaba las manos con ira.

—¿Qué importa que todos renuncien? — dijo de pronto. — No faltará sin duda d'Aubigné, el hombre que verdaderamente me interesa.

Un criado entró con una nueva carta. Por la letra, Ninón reconoció que era de su amante.

La abrió y leyó:

«Adorable y adorada Ninón: Asuntos íntimos, de todo punto inaplazables, me impiden acudir hoy a vuestra casa.

Eternamente vuestro,

D'AUBIGNE.»

—¿Qué asuntos íntimos son los que le alejan de mi lado? — preguntó Ninón estrujando la carta.

Si sus ojos hubieran tenido la virtud de ver a distancia, ella hubiera sabido que, en aquel momento, D'Aubigne se encontraba en «El Borrego de Oro», cerca de la hostelera que, en su ingenuidad, habíase enamorado de un aristócrata disfrazado de tambor de granaderos.

Y como él, otros nobles iban acudiendo a la hostería, atraídos por la belleza de Nanón.

Con el temor de que le reconociesen, d'Aubigne no tenía reposo.

Ninón ignoraba el nuevo capricho de sus admiradores, y

de ahí que no supiera a qué atribuir por qué sus amigos no acudían aquel día a su casa.

De los pocos que no faltaron, el Gran Mariscal fué uno de ellos. Gacetilla de la Corte, era un correvedile de todas las intrigas.

—Sabed — anunció en aquella ocasión — que Su Majestad se ha dignado graciosamente elevar hasta sí como esposa a Madame de Maintenon.

No siempre la realidad confirmaba las noticias del Mariscal, pero aquella vez estaba en lo cierto.

Era, Mme. de Maintenon, marquesa D'Aubigne y tía del amante de la cortesana y novio al mismo tiempo de Nanón, mujer de gran cultura que supo ganarse la voluntad y el amor del Monarca, sobre el que llegó a ejercer gran influencia.

La ceremonia de la boda había tenido lugar, reservadamente, en el oratorio de palacio.



—Este es Grignau, el soldado más guapo de la guarnición!

Madame habíase quedado orando, y, al poco, volvió a buscarla Luis XIV.

Indignada por el duelo que el día anterior costó la vida a d'Houllières, y pensando poner término a la locura de los duelistas, dijo a su real esposo:

—Es necesario reprimir sin contemplaciones esa furia de los nobles por batirse que ha segado otra vida llena de juventud.

—Voy a tratar de poner freno a esa plaga, de la cual con tanta razón os lamentáis—prometió Luis XIV.

Así nació el bando prohibiendo el duelo, tan riguroso como el que, en vida de su padre, dictara y obligara a cumplir el cardenal Richelieu.

Lástima que el Gran Mariscal no hubiera tenido referencias de este edicto; pero aun siendo muy larga su nariz y andar continuamente husmeando, no percibió la indignación de Madame.

En cambio él fué quien descubrió a Ninón las razones de la ausencia de sus amigos.

—Yo he podido averiguar donde los señores distraen sus ocios... Es no lejos de París, en la hostería «El Borrego de Oro», atraídos por los encantos de su dueña, la hermosa Nanón.

Sintiendo celos de aquella rival desconocida, la cortesana ordenó imperiosamente a uno de sus criados:

—En seguida, disponed mi carruaje.

Y salió, entre el estupor de sus invitados, para dirigirse al modesto lugar en que vivía Nanón.

Atraídos por el buen palmito de la hostelería, todos los galanes de la Corte acudían a «El Borrego de Oro», sobresaltando a Grignau que, en su temor de ser reconocido, tenía que ocultarse en la casa y soportar, desde su escondite, la contemplación de ciertas escenas.

Aunque no necesitaba de la ayuda de nadie para defenderse, sin embargo, la joyen llamaba de cuando en cuando a su novio, queriendo que su presencia sirviera de freno a los desmanes y amorosas gallardías de los aristócratas. Pero Grignau se hacía «el sueco».

Ella concluyó por ir a buscarle.

—Quiero que vengáis conmigo.

—¡No, eso no! Dejadme aquí—rogó el granadero.

—¿Por qué no queréis venir?

—Porque... no puedo sufrir con calma los atrevimientos de esos nobles impertinentes.

Puso tal calor en sus palabras, que la hostelera, halagada, no pudo por menos de admirarle.

Mientras tanto Ninón hacía detener su carruaje cerca de «El Borrego de Oro» y fingía un accidente para entrar en la hostería sin que sufriera su vanidad.

Sus gritos, llegando hasta el mesón, pusieron en movimiento a los que en él estaban, incluso a Marsillac y a su sobrino, quienes sorprendidos por la cortesana se disculparon como pudieron.

Pero a ella sólo le interesaba su rival, y sin dejar de reconocer su hermosura, o acaso por esto mismo, saliendo de su fingido desmayo, dijo:

—¡Conque esta es la que trae sorbido el seso a tanto mentecato...

—¡Conque ésta es la que tiene sorbido el seso a tanto mentecato!...

to!... Lo que no comprendo es cómo vienen aquí.

—Menos lo comprendo yo—repuso la hostelera,—aunque a decir verdad, tampoco me explico cómo los aceptáis por amigos si los tenéis por mentecatos.

—¿Conocéis al marqués D'Aubigne?—preguntó la cortesana, mordiéndose los labios.

—Muchos son los que vienen aquí y a ninguno le pregunto el nombre, pues todos me estorban. Se conoce que vienen equivocados, y eso que yo les mando siempre que llamen a la puerta de Ninón de Lenclos.

—Pero al marqués D'Aubigne debéis conocerlo—insistió la cortesana completamente desconcertada y no queriendo darse por aludida.

—No conozco a ningún Marqués. Mi novio es tambor de granaderos y voy a llamarle.

Por supuesto, Grignau no hizo caso de las voces de la hostelera y Ninón determinó abandonar la hostería.

Vacío de intrusos el patio, apareció el granadero.

—¿Qué hacíais que no bajasteis?—preguntóle su novio.



—Ya veis... me dormí.
—¡Nunca me valéis en un apuro!—lamentóse Nanón.

—¿Y cómo queríais que os valiese ahora si habéis estado hablando con la verdadera Ninón?

Nanón se asustó en serio.

—¡Soy perdida!—exclamó espantada.

Y, para remediar el mal, aunque la cortesana estaba ya lejos, desde la puerta de la hostería púsose a hacerle saludos.

Aquella misma tarde, los heraldos sonaban sus trompetas en las calles de París convocando al público para leerle el edicto con que Luis XIV prohibía el duelo.

Días después, Nanón preparábase a festejar su santo. Hallábase sola en su cuarto, un tanto ligera de ropas, cuando un inesperado mensajero llamó a su puerta. Creyendo que sería alguna mujer de la casa, la hostelera abrió, retrocediendo en seguida al ver a un desconocido.

—Os traigo un mensaje.

—Esperaos un poco—dijo ella, ocultándose y vistiéndose mal y de prisa.

Luego reapareció con el sofoco de la pasada vergüenza en sus mejillas amasadas con rosas.

El enviado puso en sus manos un anillo y un pliego.

—No sé leer—confesó la hostelera.

Miró la sortija, e instintivamente, pensando en su novio, se la ajustó al dedo anular... Estaba un poco perpleja por lo que le sucedía.

—¿Queréis que lea yo?—propuso el mensajero.

—Pero... ¿sabéis leer?

—Y otras cosas, además, que, si quisierais, podía enseñaros.

—Me basta con que me leáis el mensaje.

Abierto el pliego, el recadero leyó:

«Mi estimada Nanón: Aunque habéis expresado vuestra opinión acerca de mí con excesiva dureza, para que os deis cuenta de que soy mejor de lo que suponéis y de que no os guardo rencor, os envío esa sortija como recuerdo en el día de vuestro santo, que también es el mío. Recuerdos a mi amado, y si algún día necesitáis apoyo

en la Corte, sabed que no ha de faltáros el de

NINÓN DE LENCLOS.»

La alusión a su novio pasó inadvertida a la hostelera.

—Bajad y decid de mi parte que os sirvan de almorzar—dijo al mensajero.

Satisfecha de cómo empezaba el día, siguió en su arreglo hasta quedar compuesta a su gusto. Y realmente, estaba deliciosa con su traje campesino.

Con risas y aplausos la recibieron los vecinos cuando se presentó en el patio.

De pronto todos volvieron los ojos hacia el camino de París, por donde venía un grupo de servidores del Rey encargados de divulgar el decreto contra el duelo. Detuviéronse delante de la hostería, y el lector del bando alzó la voz:

«Por la presente mandamos que, en el caso de ser sorprendidos los duelistas en flagrante delito, sea puesto en prisión el provocado y castigado con la pena de muerte el provocador.»

Los oyentes aplaudieron, recordando el duelo que, días antes, tuviera lugar allí mismo.

Cesaron en sus comentarios oyendo un redoble de tambores.

Seis granaderos, al mando de Grignau, avanzaban golpeando el parche.

Loca de entusiasmo, Nanón se

abrazó a su novio y dijo a los presentes:

—¡Aquí lo tenéis! ¡Es mi Grignau!

Detrás de los granaderos llegaron los parientes de la hostelera, que ofrecieron a la festejada sus regalos: ovejas, gansos, gallinas y un gorrinillo, que Nanón puso en el regazo de su novio, sin notar su gesto de disgusto.

Después hubo un poco de baile. Cuando cesó, Nanón, poniendo su mano en el pecho del granadero, dijo:

—¡Señor Henri Grignau!

Hubo un silencio, como si todos presintieran la proximidad de un acontecimiento.

—Yo pido en este acto—añadió la hostelera como si hablase por labios de su novio—la mano de la honorable doncella Ana Patin, conocida por Nanón... Presentes los parientes y el notario avisado, dentro de breves instantes se efectuará la boda.



Miró la sortija, e instintivamente, pensando en su novio, se la ajustó al dedo anular...

El granadero hizo ademán de huir.
—¡Sujetadle bien!—aconsejó uno de los vecinos.

La situación de Grignau se agravó al presentarse el notario, que traía prisas y ganas de despachar pronto.

—Hay que avisar a Frontenac—dijo Grignau a sus amigos.—¡Esto es horrible!

En seguida, dirigiéndose al notario, añadió:

—Mis allegados también deben estar presentes a la ceremonia. Dos de mis granaderos los irán a buscar.

En cuanto llegaron a París los enviados de Grignau, se entrevistaron con Frontenac, conviniendo con él lo que debía hacerse para salvar a su amigo.

Pronto se pusieron en camino, mientras en la hostería, ante los ruegos de la hostelera que veía como el notario no parecía dispuesto a esperar más tiempo, Grignau, no sin resistencia, rompía plumas, sin que ninguna le sirviera, para firmar el acta matrimonial.

De esta manera dió tiempo a que llegasen sus salvadores. Frontenac, abriéndose paso por entre los invitados, acercóse al novio.

—¡Tambor Grignau, por el delito de provocador de un duelo, daos preso!

Alzóse una tempestad de lamentos, que rasgó un agudo grito de Nanón.

—¡Y por la expresada condición de provocador, recae sobre vos la pena de muerte! Nanón abrazóse a su novio.

—¡No me lo llevéis! ¡Nos íbamos a casar! El acarició sus cabellos.

—¡Cálmate, vida mía!... Tu Grignau muere tranquilo, porque se batió por tu amor.

Dos soldados lo empujaron hacia la puerta.

Arrastróse la desgraciada, haciendo angustiosas súplicas.

—¡Grignau, mi Grignau!

Y este grito fué el último que profirió, cayendo desvanecida y como muerta en los brazos de sus parientes.

D'Aubigne y sus amigos ya estaban lejos.

—Debéis dar gracias a Dios porque no nos ha fallado el recurso del duelo—dijo Frontenac a su camarada.

D'Aubigne no contestó. Estaba triste. Los lamentos de Nanón habíanle llegado al alma.

* * *

Cuando volvió de su desmayo, Nanón lloró sin consuelo. El dolor sorprendiérala en el instante más alegre de su vida. De súbito su pensamiento atormentado iluminóse con el recuerdo de Ninón de Lenclos, y desde aquel instante la esperanza anidó en su alma.



Seis granaderos, al mando de Grignau, avanzaban golpeando el parche.



—Yo pido en este acto—añadió la hostelera, como si hablase por labios de su novio—la mano de la honorable doncella Ana Patin, conocida por Nanón...

Sin hacer caso de sus parientes se puso en camino de París, llegando al palacio de la cortesana en día de recepción, día en que Molière debía dar lectura a su nueva obra «Los monigotes sociales» y en el que D'Aubigne, en castigo de sus culpas, había sido condenado por Ninón a escribir un poema en su honor, a cuyo objeto se le condujo a un gabinete donde se le dejó encerrado a solas con su inspiración.

El aspecto humilde de la hostelera no la recomendaba a los criados de la cortesana, que se opusieron a dejarla paso; pero tanto insistió ella, que uno de los porteros accedió a dar el aviso a su ama, y la misma Ninón salió al encuentro de su rival.

—¡Grignau, mi novio, ha sido preso por duelista!—exclamó la joven, arrojándose a los pies de su protectora.—¡Compadeceos de mí y prestadme en su favor la valiosa ayuda que me prometisteis!

La presencia de la hostelera en los salones de la cortesana produjo sus naturales efectos; todos los nobles allí presentes la conocían y ninguno quería conocerla.

—Señores, creo que son inútiles las presentaciones, porque mi visitante es antigua conocida nuestra—dijo Ninón.

Nadie se dió por aludido.

—Tengo que proteger a esta joven, a la que he prometido ayuda, haciendo que le

sea devuelto su novio, preso por duelista.... Sólo la Maintenon puede ayudarnos con eficacia, y d'Aubigne es su sobrino.

Poco después, el Marqués, llamado por orden de Ninón, se presentaba sin haber escrito el poema y sin adivinar lo que le esperaba.

Al ver a la hostelera quiso hacerse atrás, pero ya se dirigía a él Nanón gritando:

—¡Grignau, mi Grignau!

La dueña de «El Borrego de Oro» se detuvo viendo que él no parecía reconocerla, y llorosa, titubeando, murmuró:

—¡Perdón!... Es de una asombrosa semejanza con mi... novio.

Siempre en su actitud de hombre que no sabe lo que pasa, D'Aubigne oyó la historia de la hostelera, a la que dió unas letras para su tía. Nanón tomó la carta con mano temblorosa, y paso a paso, sin dejar de mirar al Marqués, salió.

Nada la detuvo en su marcha. A la entrada de los jardines del palacio del Rey, dos soldados cruzaron ante ella sus alabardas.

—No se puede pasar.

—Traigo una carta para Madame de Maintenon.

Los centinelas se apartaron súbitamente. Nanón volvióse y exclamó:

—¡Andal... ¡Ahí viene otro de mis clientes!

El que se acercaba era Luis XIV, que se detuvo a oír a la hostelería, repitiendo su exclamación favorita: «¡Delicado! ¡Delicadísimo!» Leyó la carta de d'Aubigne, se hizo acompañar de la joven al interior del palacio y, compadecido de su pena, concluyó por darle una orden escrita para que se devolviera la libertad al granadero detenido.

—Vete al cuartel con esa orden y tráeme al tambor Grignau.

A través de las lágrimas, rieron los ojos de la joven.

El Rey le cogió el rostro y estuvo mirándolo. La sombra de un deseo pasó por su mirada. Quiso con sus labios apresar un beso en los labios de ella. Dudó. Observó sus mejillas y ocurriósele el capricho de paladear su frescura. Dudó otra vez. Y, por último, paternalmente, la besó en la frente. Y fué su beso un beso de Rey.

—No os detengáis. Llevad esa orden en seguida.



—Mis allegados también deben estar presentes a la ceremonia.

Salió Nanón de palacio y dirigióse al cuartel de granaderos; pero allí, después de buscar mucho, le dijeron:

—No existe en el regimiento ese tambor Grignau.

Con el perdón del Rey en sus manos, la hostelería sintió como se morían sus esperanzas. Apoyándose en las paredes, sin fuerzas, tropezando, dejó el cuartel, sin saber a dónde encaminarse.

Sus pasos la condujeron de nuevo a los jardines de Palacio, donde aquella noche se daba una fiesta regia.

Salió al encuentro el sobrino de Marsillac, quien, dispuesto aquel día a enamorar a alguna mujer, echó los brazos al cuello de la hostelería.

La sorpresa paralizó a Nanón.

—¿Qué es esto, Dios mío?

Y la casualidad, madre de todas las cosas, así de las buenas como de las malas, hizo que pasase por allí d'Aubigne, que corrió en su auxilio.

—¡En guardia!—gritó almozo.

Pensando en dar un castigo a aquel mocoso, mientras Nanón los miraba aterrada, el Marqués jugó con su adversario, hasta que, cogiéndolo por la espalda, le dió un pinchazo en ese espacioso lugar que a todos nos sirve para sentarnos.

En seguida, viendo a la hostelería, D'Aubigne huyó. Ella quedóse parpadeando de asombro. Inclínose viendo brillar en el suelo un dije que se le cayera al Marqués durante la lucha, lo



—Traigo una carta para Madame de Maintenon.

recogió y sus ojos se anegaron en lágrimas reconociendo su retrato, el retrato que había regalado, tiempo atrás, a su novio.

A todo esto la noticia del duelo llegaba hasta el estrado donde estaba el Rey, encendiendo su cólera.

—¿Quiénes son los duelistas?—preguntó Luis XIV.

El denunciante señaló al sobrino de Marsillac.

—Decidme quién ha sido el provocador—exigió el Rey contentándose difícilmente.

Era un mozo atolondrado el pariente de Marsillac, pero eran nobles sus sentimientos.

—Majestad—dijo,—mi honor me impide revelar el nombre de mi adversario.

D'Aubigne destacóse entonces confesando su culpa y tendiendo, al mismo tiempo, la mano a su contrario.

—¿Sabéis la pena que os espera?

—Lo sé, señor.

Sonreía, seguro de que pronto no podría hacerlo, pues la muerte sellaría luego sus facciones.

A un gesto del Rey, dos soldados se acercaron a D'Aubigne, que entregó su espada a otro noble.

—¡Esperaos!—gritó inesperadamente Nanón, arrodillándose a los pies del Rey.

La dura expresión de Luis XIV tornóse blanda y amable al reconocer a la hostelera.

—Señor, tengo vuestro perdón para el duelista... Vos mismo me lo habéis dado.

El Rey pasó sus ojos por la orden de perdón que horas antes diera a la joven.

La dueña del «El Borrego de Oro» reconocía al fin al Rey y a D'Aubigne. Uno y otro eran los dos hombres que habían intervenido en su vida, con nombres supuestos, engañando su credulidad. En sus manos se

hallaba la vida del Marqués, del hombre que, con otro traje, de tres meses a aquella fecha, todas las tardes iba a la hostería para disfrutar de su amor.

—¡Erais, pues, vos el famoso Grignau?—preguntó el Rey Sol a D'Aubigne.—El castigo es entonces inevitable.

La hostelera tendió sus brazos suplicantes.

—¡Señor!...

Luis XIV la hizo callar y añadió:

—Es forzoso que os caséis con esta muchacha.

Los cortesanos se miraron con asombro.

—Marqués D'Aubigne—habló el Rey—¿estáis dispuesto a cumplir la promesa que Grignau hizo a esta joven?

Tendiendo su mano a la hostelera, que titubeaba confundida y medrosa, el Marqués contestó:

—¡Lo que Grignau prometió, el marqués D'Aubigne lo cumplirá solemnemente!

Entonces Madame de Maintenon, que había asistido en silencio a aquel incidente donde su sobrino estuviera a punto de perder la vida, expresó claramente su descontento:

—¡Pero... eso no puede ser! ¡D'Aubigne es un noble!

—Pues a pesar de eso—replicó el Rey.

—Tened en cuenta, Majestad...

Luis XIV la interrumpió y, fijando sus ojos en los sorprendidos cortesanos, repuso:

—Yo hago a la dueña de «El Borrego de Oro»... duquesa de Nanón.

Y la hostelera y el Marqués, unidas las manos, se postraron ante el Rey, que hacía de notario en sus bodas, diciendo, satisfecho de sí mismo:

—¡Oh!... ¡Delicado!... ¡Delicadísimo!



...Luis XIV, que se detuvo a oír a la hostelera.





UNIÓN DE FOTOGRAFADORES

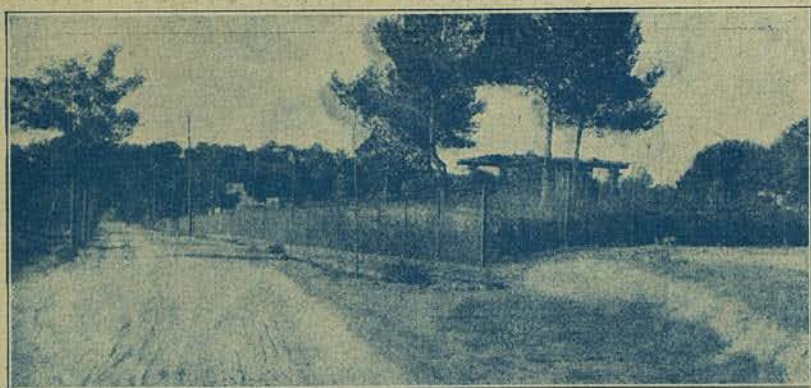
LA CASA EN CUYOS TALLERES
SE CONFECCIONAN LA CASI TO-
TALIDAD DE LOS FOTOGRAFADOS
OBTENIDOS DE PELÍCULAS

CORTES, 481 - Teléfono H 35 - BARCELONA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



MONTÉ BLUE

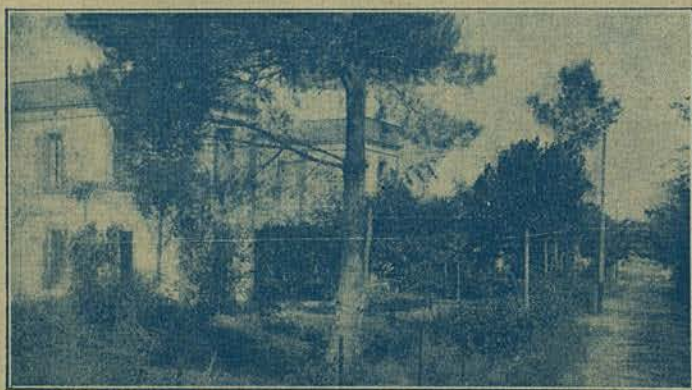


Urbanización Torre Negra

SAN CUGAT DEL VALLÉS

Solares a plazos y al contado
Amortizables en 5 años

La propiedad al alcance de todos: solares desde 10.000 palmos, bosque, vegetación frondosa, aires secos y sanos, aguas buenas y abundantes, elementos de construcción, piedra y ladrillería, junto a los terrenos en venta.



INFORMARÁ:

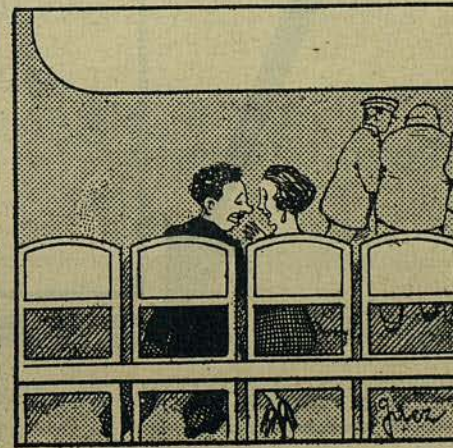
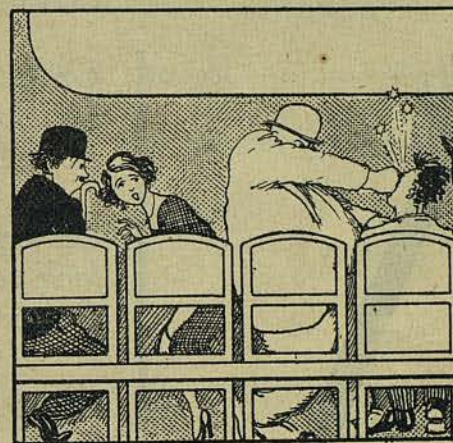
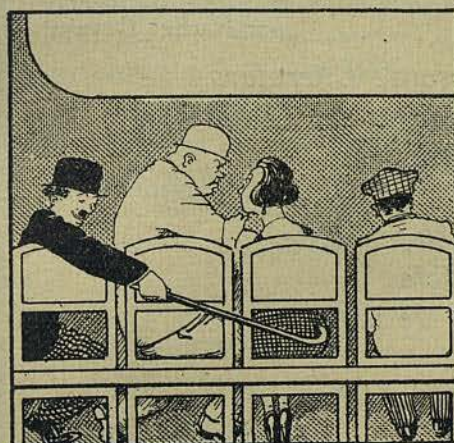
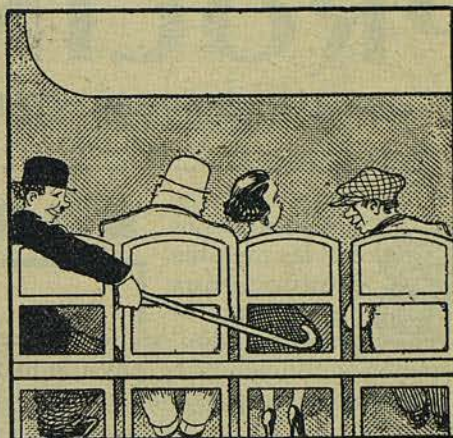
**F. GASPAR
FABREGÁ**

Tres Llits, 2, pral.
PLAZA REAL

Despacho de 7 a 8
Teléfono 1071 A

BARCELONA

CHARLOTADA



PROCINE, S. A.

Consejo de Ciento, 332 : Teléfono 1886 S. P. : Barcelona



ESTA casa cuenta con las mejores producciones de la cinematografía mundial, siendo la mejor garantía los títulos que a continuación publicamos, y cuyo solo nombre es una garantía de éxito para aquellos empresarios que las exhiban en sus locales.

Prisca

por Rachel Devirys.

Un Curso de Literatura

La Bailarina del Luna Park

La incorregible

por Margarita Fisher.

Un terrible cobarde

Jack policía

Corazón de indio

por William Russell.

Abnegación de madre

por Louise Colliney

Jolly (vida y muerte de un clown)

por Diomira Jacobini.

Labios que mienten

Respetad a la mujer

por Florence Vidor.

El Corsario

por Amleto Novelli.

¡EMPRESARIOS!

No olvidéis estos nombres si queréis ver llenos vuestros locales.



¡Paso... es un herido!

Serían las siete de la tarde de un sábado.

El tránsito en la calle del Hospital era numeroso, como siempre a esa hora, que corresponde a la salida de la mayoría de los despachos.

Yo me dirigía a mi casa pensando en cómo me recibiría mi hermanita, que apenas hablaba y ya pronunciaba mi nombre.

No me preocupaba lo que sucedía a mi alrededor, pues mis ideas acaparaban mi espíritu.

Mas, de pronto, vi delante de mí apartarse a la gente hacia los dos lados de la calle y la imité sin saber lo que sucedía.

Breves fueron los instantes que pasaron antes de enterarme.

Varios hombres, de pálido y triste rostro, conducían sobre sus hombros una camilla.

Pregunté.

—¡Paso... es un herido!—me contestaron.

Sonaron tres golpes en la puerta—cerrada ya—del Hospital... que repercutieron en mi corazón con un eco de marcha fúnebre.

El público que presenciaba este doloroso espectáculo permaneció gravemente silencioso hasta que la camilla portadora de un desgraciado hubo desaparecido en el misterio del zaguán de la casa de misericordia...

Y cerróse sobre nosotros la puerta aquella para separar del mundo alegre y bullicioso el recinto de infortunio, de lágrimas y dolor.

Como los demás, proseguí mi camino y a poco ya volvió a aturdirme la agitación constante de la vida.

Pero...

Caminé de prisa, muy de prisa, sin detenerme para nada; una angustia oprimía mi pecho y llegué jadeante a mi casa.

—¿Qué tienes, muchacho?—preguntóme mi madre.—¿Por qué vienes tan sofocado?

—Por nada, mamita, por nada—le dije abrazándola hasta sorprenderla con mi vehemencia.—¿Y tía Rosita? ¡Ah! ¡Hola, tía! ¿Y Julio, mi hermano?



- ¿Qué hay, Ernesto?
 —¡Hola, chico! ¡Caramba, me olvidaba de mi hermanita! ¿Dónde está, madre?
 —¡Calla! Duerme...
 —Pero... ¿y padre? Mamá, ¿no ha llegado aún?
 —Hoy es sábado, hijo mío; ya sabes que suele venir más tarde.
 —¡Si son las ocho! ¡Nunca tardó tanto! ¡Ay, mamá!
 —Ernesto... ¡qué extraño estás! No te asomes al balcón, ¡oyes!
 —No, mamá; mírale, mírale allí... ¡Es él! ¡Eh! ¡Papá!

En la calle, un rostro lleno de bondad, el de mi padre, alzó la vista al piso desde donde yo le gritaba.

Era un obrero que regresaba a su hogar, sonrientes los labios y alegre el corazón. En una mano llevaba un paquetito... Era sábado... ¡Día de cobro!... ¡Un obsequio para la unida familia! ¡Seis reales aprovechados! ¡Unas galletas para el domingo!

Al tenerle cerca, me arrojé en sus brazos y, apretándole fuertemente contra mi especho, le dije:

—¡Cuánto has tardado, papá! ¡No sabes lo mucho que he sufrido!

Los míos me miraron con sorpresa... mi padre me dió unos golpecitos en la espalda... y oí que me preguntaba:

—Algo tienes que decirme, Ernestito... ¿Por qué tiemblas?

—¡Oh, papá, temí que tú fueras el herido que vi llevar en una camilla al hospital!

Mis viejos padres cruzaron sus miradas... y me pareció que sus ojos se perlaban...

DE LA VEGA

(Dibujo de C. Maresch)



The "UNIQUE" *Pen*

30 MODELOS DIFERENTES DE
PLUMAS FUENTE

PLUMILLA ORO 18 QUILATES
GARANTÍA SEIS MESES
TODOS LOS SISTEMAS
ELEGANTES, SÓLIDOS
PRECIO ÚNICO:

9^{'95}
Ptas.

VENTA EXCLUSIVA:

LIBRERÍA FRANCESA

(Al lado del Teatro del Liceo, antes Piaget)

8 y 10, Rambla del Centro. - BARCELONA





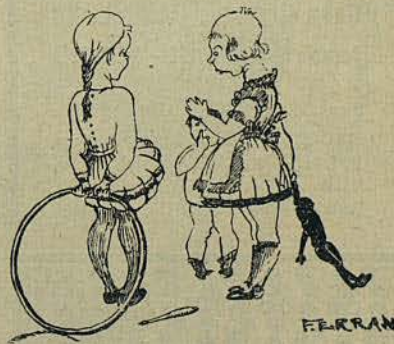
—¿Qué haremos, señor?
—Córteme el pelo.



—Pero ¿te has tragado la pelota?



—¿Usted, doctor, aprueba el proceder de estos médicos que matan a sus enfermos?
—Depende, señora; si estos enfermos pagan bien, es un desatino.



—En casa nos han traído un lindo bebé de París.
—¡Ah! ¿Si? ¿Qué es, niño o niña?
—No lo sabemos, porque to lavia no lo hemos bautizado

Repertorio M. de Miguel

(La Aristocracia del Film)

**Son las películas
más notables**

¡Lo atestiguan sus éxitos!



Casa Central: BARCELONA

Consejo de Ciento, 292 - Tel. 5102 A

S U C U R S A L E S :

MADRID: San Bernardo, 24. Teléfono 1691 M. — BILBAO: Astarloa, 2. Teléfono 477. — VALENCIA: Plaza de Emilio Castelar, 4. Teléfono n.º 1898

Los Miserables por William Farnum

Lady Hamilton por Conrad Weidt y Liane Haid

Un escándalo bancario

por Conrad Weidt y Liane Haid

Peor que una suegra por Max Linder

La reina de la moda por Lya Mara

Vida y amores de Mozart

La hija del mar por los hermanos Williamson

La tragedia del "Folies Bergère"

por France Dhélia

Pedrucho por Paulette Landais y Pedrucho

El poder de las tinieblas

de León Tolstoi

Inri por Henny Porten y Asta Nielsen

¡¡60 horas en zeppelin!!

Raskolnikoff por Grigorif Chmara y Ala Tarasova

La Madona de las Rosas

Escrita exprofeso para el cinematógrafo por don Jacinto Benavente y puesta en escena por su autor.

Alma de Dios por Irene Alba y Juan Bonafé

Maciste en sus últimas producciones

Albertini en sus últimas producciones

Nazimova en sus últimas producciones

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



POLA NEGRI

AGENCIA DE ADUANAS

BISTAGNE & JAUMANDREU

SUCESOR

DESPACHO-ALMACÉN: VÍA LAYETANA, 12, bajos

GERENCIA: VÍA LAYETANA, 12, 1.º, letra C.

TELÉFONO 4423 - A.

Telegramas y Telefonemas :
"BISANDREU"



Cuentas corrientes: Banco de España y Banco de Vizcaya

ADUANAS - IMPORTACIÓN - EXPORTACIÓN - CONSIGNACIONES
EMBARQUES - COMISIONES - TRÁNSITOS - SEGUROS MARÍTIMOS

Servicios rápidos combinados de domicilio a domicilio, entre
Barcelona y todos los puertos de la Península y Baleares

SERVICIO ESPECIAL ISLAS CANARIAS

ESPECIALIDAD EN EL
RÁPIDO DESPACHO DE PELÍCULAS

TENIENDO CASA PROPIA EN CERBERE Y PORT-BOU

TINTAS CH. LORILLEUX & C.^{IE}



LA QUE ANSIABA AMAR

(FANTASÍA)

PRÓLOGO

¿La veis?... Sus ojos entornados ocultan la pasión de su alma. Ansía amar y no halló aún el corazón que el suyo busca.

Es rica, fabulosamente opulenta...

Vive en un palacio de marfil, rodeado de un hermoso jardín.

Por él pasea todas las mañanas, sola, muy sola...

Regresa al poco rato con unas flores...

Dos gentiles criados le rinden honores...

Está triste la soñadora... porque sus sueños no se realizan jamás...

Cada mañana renace la esperanza... mas no llega el amor...

I

En los regios salones de su dorada mansión reina la fiesta.

La más saliente sociedad se halla allí reunida.

Los idilios se suceden en los plácidos rincones de las frondosas avenidas.

El cálido ambiente arrulla sin cesar a los enamorados sin amor.

La suave música acaricia los corazones... y recuerda lejanos encantos...

Algunas parejas se entrelazan para mecerse al compás de los irresistibles violines...

Los rostros de las damas están ocultos...



Es un baile de disfraces...

La aventura acecha en cautela...

Sigue la danza...

—¿Es posible?... ¡He bailado con ella!—
murmura una voz varonil.—¡Qué bella! ¡Qué
dulce!... ¡Qué delicia!...—reza aún.

Y la voz se calla...

Y un corazón y unos labios sonríen....

II

—¿Decís que afirma haber bailado con-
migo, Renata?

—Con extraordinaria insistencia, mi se-
ñora. Figuraos que le sorprendí contemplán-
doos, a través de las rejas de la puerta del
jardín, en vuestro matinal paseo. Al verme
se acercó a mí y con orgullo me contó que
os había estrechado en sus brazos la otra
noche. ¡Baila como un ángel... y es un ángel!
—¡Si vos supierais, mi buena Renata, cuán
alegre estoy desde esa inolvidable noche!—
añadió.

—Sois un iluso, joven Armando—le con-
testé. Mi señora no bailó ni con vos ni con
nadie... .

—No me finjáis; es inútil... Era ella... Ella
era...

—¿Le repetisteis que se engañaba?

—No pude contrariarle... Tenía tal ilusión
de haberos abrazado en el baile...

—¿Quién pudo ser, pues, su pareja?

—Lina, mi señora, es la que con disfraz
más se confunde con vos...

—¿Entonces, bailó con ella... y lo hizo con
el deseo puesto en mí?... .

—¡Ah, mi señora!... ¡Cómo juega el amor!...

—¡El amor! ¿Vos creéis?... .

III

Moría el carnaval.

Aquella noche se celebraba en la esplén-
dida morada de la soñadora el baile de más-
caras que cerraba la serie de la temporada.

—¿Bailas conmigo?—preguntó una desco-
nocida a Armando.

—Muy gustoso, amable mascarita—res-
pondió él.

Mas sus ojos escudriñaban en las demás
parejas.

—¿Buscas a alguien?—inquirió la suya.

—No... no... miraba los originales disfraces.

—¿No es bonito el mío?... .

—Sí, por cierto...

—¿No me miras?... ¿No te gusto?

—Debes ser encantadora...

—¿Y nada más?... .

—Eres agradable...

—Pero, confiésalo, no soy la que tú esperas...

¡Bah, no vendrá esta noche!

—¿Tú sabes?

—¡Ah! ¿Lo ves cómo comprendí que buscas
a quien amas?

—Es posible, traviesa mascarita... Y tú,
¿no amas?

—No me fío de vosotros... Sois unos tu-
nantes...

—Si vosotras supierais lo que somos...

—¿Eres, acaso, una excepción?

—¡Quién sabe!

—¡Qué absurdo es enamorarse!

—¿Eres mujer y hablas así?

—Tal vez no sea más que un chiquillo...

—¿Es una broma?... .

—Deja que me ría...

—¿Quién eres?... ¿Por qué ella no viene y
tú te burlas de mí?... ¿Quién eres, dí?



Cesó la música. Las parejas, hasta entonces silenciosas, llenaron el salón por el que se paseaban, del murmullo de sus amontonadas voces. Unas no podían oír a otras...

—¿Quién eres, di?—volvió a preguntar Armando a su máscara.

Unos ojos brillaron con infinita dulzura dentro del antifaz... y una voz musitó, al tiempo que indicaba, con una ligera presión en el brazo del galán, que la siguiera:

—Ven...

IV

En el cenador del jardín había una pareja, que se deslizó fugazmente al llegar a él Armando y su enigmática máscara.

Un rayo de luna plateaba el íntimo retiro. Armando no osaba respirar...

¿Quién era ella?... ¿Cómo acabaría esa aventura?

Hubo un silencio...

—Ven...—repitió la voz femenina.

Y colocándose, la máscara, en el haz de luz blanca, quitóse el antifaz.

—¡Mira!—dijo a Armando.

Este quedó pasmado, sin habla...

—¡¡Tú!!—indicaba su gesto.

¡Era ella, ELLA, la inaccesible soñadora!

Y le sonreía con toda su alma.

Y en sus ojos brillaba la pasión.

Y su pecho palpitaba.

Vaciló, el enamorado, un instante...

Pero, al fin, una fuerza oculta le arrastró a ella, la tomó el rostro en sus manos, la miró con deleite incomparable... y la besó en la frente, la besó en los ojos... y la besó en los labios...

V

Y ya no se paseó más la soñadora por su espléndido jardín, sola, muy sola... ni los criados vigilaban su regreso...

FRANCISCO=MARIO BISTAGNE



(Dibujo de J. Guillén)

FELIPE COLLDEFORS

— OFICINAS: Via Layetana, 12. - Teléfono 4948 A —
FÁBRICA: Calle Mas, Hospitalet (Collblanc) Teléfono 649 H

— BARCELONA —



Cabos de algodón - Aceites para Automóviles
ACCESORIOS PARA MAQUINARIA
VASELINAS "HISPANIA"

GRAN SASTRERIA LAYETANA

(LA DEL RELOJ)

Siempre variedades
de alta fantasía



Verdadero y garantizado corte
americano

AMERICAN TAYLOR

Uniformes militares para todos
los Cuerpos

Via Layetana, 40 (Reforma)

Esta casa no tiene Sucursal

CAMISERÍA FITÓ

Señora: Antes de comprar sus medias y guantes (punto capital para usted) visite nuestra casa, segura de que encontrará en ella, a precios módicos, las últimas creaciones de la temporada.

Jaime I, 11 - BARCELONA

NO OLVIDE
EL NOMBRE

FITÓ

GRAN CENTRO DE PROPAGANDA

FIJACIÓN DE
CARTELES

MIGUEL ROSELL

Calle San Pablo, 118, pral.

(entrada calle Amalia)

Teléfono A - 4606

— BARCELONA —

El despertar de los ángeles

I

En el hogar maternal

En un lindo cuartito está durmiendo un niño.

De pronto se acerca una mujer a su camita, sonríe contemplando a su precioso querubín, y con dulzura infinita lo besa para despertarlo.

Y su amor por el tierno ser de su corazón sale de lo más hondo de su pecho en palabras de felicidad sin límite:

— ¡Ángel mío, despierta!... ¡Hijo mío, rey de mi corazón, encanto de tu mamita!... ¡Uy, qué ojitos! Dame un besito... Así... Mi nene es muy obediente...

Y sigue, la venturosa madre, su cariñosa cantinela de todos los días.

Y el niño sonríe...

II

En la casa de la caridad

Amplio es el dormitorio... y numerosas las camas donde descansan plácidamente unas niñas... hijas de nadie.

Una de las inocentes criaturas está soñando. Sus labios lo indican y su pecho palpitante también.

Se le ha aparecido una visión... Es una mujer muy hermosa... Está a su lado... La acaricia... ¡La besa!... Le ha traído una muñeca, para que juegue con ella, rubia, muy rubia y de ojos azules... ¡Qué alegría, verse tan mimada!

Pero... el sonido de una campana despierta de súbito a la que soñaba.

Es la hora de levantarse.

Todas las compañeras lo hacen ya.

La infeliz se siente desfallecida...

En su corazón queda un vacío... y sus ojos quieren llorar...

¡Ha soñado que tenía una madre!

¡Pobrecita!

P. FABREGAT DE B.

(Dibujo de J. Fabregat.)



PRESENTACIONES

DEL



"CIEC"

*PELICULAS
DE PRIMER ORDEN*

Central: Aragón, 231, bis - BARCELONA

La Dama de las Camelias

La escalera principal de la Opera de París presenta un aspecto brillantísimo.

Las señoras descienden al terminar la representación, apoyadas en el brazo de sus caballeros, ricamente ataviadas con plumas, brillantes, perlas, trozos de botella, corsés de charol y enaguas de aluminio.

Apoyados en la barandilla, Armando Duval y su amigo Gastón hacen comentarios sobre la belleza de las desfilantes.

De repenté, Armando se agarra al brazo de su amigo exclamando:

—¡¡¡Mi madre!!! ¡¡La Venus de Milo con corsé!! ¡Vaya columpio!

Diciendo esto, lanza tres suspiros capaces de apolillar un mueble.



Gastón se fija en la causante de todo aquel trastorno y dice, como quien no le da importancia:

—Es Margarita, la Dama de las Camelias.

Armando pone una cara capaz de enternecer una esfinge.

Gastón hace las presentaciones y Armando desempeña el papel de ingenua.

* * *

La casa de Margarita nos hace pensar en un sueño cubista. El estilo es tan pegadizo que los invitados, embebidos en aquella atmósfera de locura, ejecutan saltos mortales y lanzan risas estridentes como si estuvieran poseídos por el demonio.



La Dama de las Camelias, ceñida horriblemente por un vestido que más bien parece una cañería de gas, se retuerce al compás de una danza exótica que no se parece en nada a los lanceros.

De vez en cuando un acceso de tos la obliga a desaparecer tras de una cortina de gasa que no nos priva de contemplarla, para dar libre salida al catarro.

Armando y Gastón se presentan de improviso en casa de la artista, el pri-

mero a contemplar a «su» Margarita, y el segundo dispuesto a solazarse y a pasar la noche lo más agradablemente posible.



Armando, que resulta ser un temperamento impulsivo aunque su exterior sea el de una monja de clausura, traspasa la cortina y se lanza a los pies de Margarita, exclamando:

—¡Te amo! ¡Soy fiel, honrado y económico! ¡Deja que permanezca postrado a tus pies cinco minutos! ¿Para qué quiero la vida sin ti?

La Dama de las Camelias no da al principio crédito a sus oídos. Luego reacciona y quiere convencerse de las intenciones de su galanteador.

—¿No me querrás para darte pisto?— le pregunta.

—No te adoro para darme pisto ni para darte pasta... sino para morirme de amor...

Y sucede lo de siempre. Margarita lanza un sí, que pasma a los invitados. El Marqués *¡un marqués nada menos, qué atrocidad!*—dice que él es el amo, porque paga.

Margarita, harta ya de bisonés y de bigoteras, le indica la puerta.

Los demás, con las orejas gachas se dispersan convencidos de que ninguna falta hacen y el foro es pequeño para la salida.

Después de esto: «Contigo, pan y cebolla.» ¿Hemos dicho algo?

Armando se ha convertido en enfermero de Margarita.

Esta mejora notablemente. La tos no es tan frecuente, la mirada es más clara, el pulso marcha bien, no hay opresión en los pulmones y la lengua está limpia.

Armando no cabe en el pellejo de contento.

...Pero el padre... El padre de Armando aparece en la pantalla, y toda aquella felicidad se la lleva el viento.



El padre de Armando se halla en visperas de colocar a una hija casadera, y no está para tonterías. Hay ocasiones que no pasan más que una vez en la vida y hay que aprovecharlas.

Margarita, que tiene mejor el corazón que los pulmones, abdica, y a presión del padre (y muy señor mío) escribe una carta a su amador, de efectos rápidos.

Cuando Armando lee la carta, por poco sufre un vértigo. ¡Aquella carta lo ha desbancado!

Ante una mesa de juego, Armando está ganando montones de billetes. Una galante está hechizada con la fortuna de su compañero de mesa.

Los billetes de banco en manos de Armando parecen billetes de anuncio.

La galante hace el negocio número uno.

Margarita, del brazo del Marqués, hace irrupción en la sala.

Cuando Armando se da cuenta de la presencia de la Dama de las Camelias, se lanza hacia ella y la *apostrofa*:

—¡Tú, la infiel! ¡Te daba así! ¡Has des-acreditado mi sanatorio! ¡Toma, para que no reclames!



La cubre de billetes y echa a correr.
La Dama de las Camelias tuerce el pes-
cuezco y suspira y llóra...

* * *

Margarita está en las últimas.
El lecho en que reposa parece un pastel
de natilla y bizcochos.

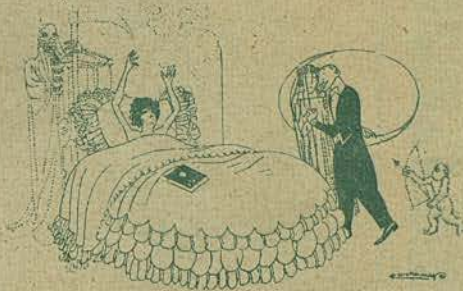
Para que el cuadro sea lo más emocio-
nante posible, la justicia embarga sus
bienes.



En cada mueble y en cada objeto
ponen el precio que le corresponde.

Cuando Gastón y su esposa, que acaban
de casarse, penetran en la habitación de
Margarita, hacen un mohín de desagrado.
¡Creen que el poner los precios en los
muebles es una falta de modestia!

Cuando se dan cuenta de que Marga-
rita se muere, se abrazan estrechamente



como si quisieran protegerse mutuamente
de las garras de la muerte.

Finalmente—pues todo se acaba en este
mundo—Margarita entrega el alma al
Creador. No nos fijamos si en el alma de
Margarita habían puesto precio, pero de
haberlo hecho así, ¿cuál no sería la sor-
presa del Creador al contemplar un alma
con un letrero que dijera: «Seis reales»?

CASTANYS



Dibujos del mismo



ANIS DEL MONO



GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



THOMAS MEIGHAN



SELECCINE

S. A.

CAPITAL: 2,000,000 DE PESETAS

Concesionarios para España y Portugal de la acreditada marca americana

PARAMOUNT

LAS PELÍCULAS
MÁS SELECTAS

■

■

PARA DETALLES:

MADRID
CALLE ARENAL, 27

BARCELONA
RONDA UNIVERSIDAD, 14

BILBAO
COLÓN DE LARREATEGUI, 9

La bailarina del "Folies"

EXCLUSIVA DE L. GAUMONT
PASEO DE GRACIA, 66
BARCELONA

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

Constance Talmadge
y Kenneth Harlan

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EN el tranquilo pueblo de Bowling Green, el puritanismo y la vulgaridad habían vertido sus barricas de aceite sobre el río impetuoso de la vida.

El viejo Samuel Malcam, cuyo mal genio le había valido en el pueblo el remoquete de *tío Cascarrias*, era alcalde, presidente de la Liga Moralista y ostentaba mil cargos más, todos ellos compatibles con su profesión de tendero.

El *tío Cascarrias* vivía con dos seres de su sangre, pobres víctimas suyas: sus sobrinos Juanito y Ketty, ambos hermanos y huérfanos.

Ketty hacía las veces de ama de llaves, dependienta y fregona. De carácter alegre, era un martirio para ella atender a tantas cosas de la mañana a la noche, sin

que saliera frase alguna de agradecimiento de los labios de su tío.

Al contrario, cuando no se daba prisa en hacer algo, las manos del viejo se desmandaban y herían en lo más hondo a la desventurada huérfana.

En la tienda de referencia se vendía de todo, incluso discos de gramófono.

Ketty adoraba la música bailable.

Su hermano, que conocía el flaco de Ketty, logró consolarla —el día en que comienza nuestra historia— tocando el *shimmy* de moda en la máquina parlante.

Juanito había

recurrido a este extremo para que no llorasen más los ojitos de su hermana, pues de ellos brotaban gruesas lágrimas desde la brutalidad que le había demos-



Ketty hacía las veces de ama de llaves, dependienta y fregona

trado su tío hacía poco, cuando salió de la tienda.

—¡Que todo esté fregado cuando yo vuelva!—dijérale como único saludo matinal.

Al oír la música, el cuerpo de Ketty se agitó instantáneamente, se secaron sus lágrimas, y hubo bailoteo en todo lo alto, pues los hombros no se estaban quietos.

Pedro Cummings, el *tío Mojama*, era un buen amigo de Ketty, un viejo amigo que no contaba menos de 70 años. Le tenía mucho afecto a la muchacha porque ella, con su alegría de jilguero—cuando no estaba el salvaje pariente,—le hacía olvidarse de sus achaques.

El *tío Mojama* entró en la tienda en el mismísimo momento en que Ketty *shimmeaba* de lo lindo.

—¡Hola, *tío Mojama*!—saludáronle Ketty y Juanito, aquélla moderando un poco el movimiento *shimmico*.

—Buenos días, buenas piezas. Vosotros siempre tan campan-tes... cuando estáis solos. ¡Ay! quién tuviera vuestros años...

—¿Está usted hoy malito?—preguntóle Ketty.

—Muy malo, niña... Dame una caja de pastillas para el hígado.

—A ver... haga usted como Toribio.

—¿Quién es Toribio?

—Saque la lengua, digo.

—*Míata*...

—Eso no es nada. ¡Qué pastillas ni qué ocho cuartos! ¡Lo que usted necesita es *mover* ese cuerpo, y yo voy a ayudarle! Juanito, pon otra vez la placa...

—¡Qué haces, chiquilla!

—Pues bailar con usted...

—¡Por favor!... ¡No puedo más!... ¡Eres un demonio!...

—¡Pero usted sigue bailando ¡eh!

—Si parece que *m'haigas* dado cuerda.

—¡Bravo, bravísimo, *tío Mojama*!—exclamó otro cliente de la casa apareciendo en el marco de la puerta.

—Adelante, señor Quintín—le dijo Ketty.

Quintín Brown, un sujeto tan bueno

como calvo, era también un admirador incondicional de Ketty, otro viejo amigo de quien siempre recibía ella flores de todas clases.

Como lo hiciera con el *tío Mojama*, Ketty marcóse unos puntos con el señor Quintín; y éste, si bien se cansó al principio, tomóle luego gusto al ejercicio...

Cuando se acabó el disco, se acabó el baile, y el éxito de la traviesa Ketty fué coronado por los abuelos con una panzada de risa.



El éxito de Ketty fué coronado por los abuelos con una panzada de risa.

Esos ratos de intimidad eran los únicos felices que pasaban los dos huérfanos.

—Ahora convido a todos a tomar zarzaparrilla...—ofreció Ketty.—Después de un *shimmy* es muy conveniente refrescar la sangre.

Los amigos y Juanito se instalaron frente al mostrador de bebidas, y Ketty cuidó del servicio.

Saboreando la deliciosa zarza, el *tío Mojama* comentaba jocosamente con el señor Quintín la fórmula que Ketty empleara para quitarle el dolor del hígado.

—Yo había venido a comprar una caja de pastillas, pero Ketty, obligándome a saltar, me ha curado sin soltar la mosca... ¡Cincuenta centavos al bolsillo!

Rióse el señor Quintín, pero cesó en el acto su jolgorio, pues el *tío Cascarrabias*, en persona, irrumpía en el estableci-

miento después de haber oído las palabras del tío Mojama.

Ketty y Juanito palidecieron.

—¿De modo que tú te dedicas a mirar por los bolsillos de mis clientes?—preguntó a Ketty el desorbitado tío.

—Yo... yo... ¡Uy!...

—Anda, mal criada; a tu trabajo... Y tú, golfillo, a limpiar el almacén.

Atemorizados, los muchachos obedecieron al bruto, mientras éste, encarándose con los dos abuelos de la broma, les dio una lección de moral.

—¡La juventud de esta población está echada a perder! ¿Y saben ustedes por qué? ¡Por la influencia nefasta de las películas! ¡Pero yo llevaré esta cuestión a la Liga Moralista y suprimiré las películas!... ¡Para algo me ha de servir la vara de alcalde!

En esto llegó a la tienda el *sheriff* del lugar, un pobre hombre que por no ver más allá de sus narices se dedicaba a ser el eco de las opiniones del tío *Cascarrabias*.

—Acabo de detener a un sujeto por fumar cigarrillos con boquilla dorada... ¿Ha visto usted qué escándalo, qué refinamientos?... Venga conmigo y usted le juzgará.

—Vamos allá.

Pensando solamente en el castigo que le haría imponer al *inmoral*, el tío *Cascarrabias* se dispuso a salir de la tienda, pero antes le dijo unas palabras de su repertorio a Ketty.

—¡Trabaja, gandul!... ¡Eres la persona más inútil que he conocido!

Satisfecho de su energía, el bruto desapareció de la vista de los huérfanos y de los viejos amigos, que era lo que todos ellos deseaban.

—¡El tío tiene razón!... ¡Yo no sirvo para nada!—lamentábase con mucho pesar Ketty.

El señor Quintín le acarició el pelo y le contestó:

—Sirves para hacer felices a los que están a tu lado... ¿Te parece poco?

* *

Algunos días después, en Long Island, cerca de Nueva York, la familia Jones,

que se había enriquecido vendiendo corcho al por mayor, daba en su residencia verdadera un te con pretensiones de elegante.

La señora Jones, vendedora de berenjenas (*esberinginas*, según decía cierto mortal que quería ser ministro) en su ya lejana juventud, deseaba afinarse física y espiritualmente. Para ello se rozaba con la gente distinguida y sometía su estómago a una dieta rigurosa que la tenía en un continuo bostezo.

A veces se olvidaba de los sacrificios que debía imponerse para adelgazar, y cedía al deseo de darse un atracón de dulces a cada nueva invitación con la bandeja en las manos que las camareras hacían a todos los invitados.

Pero no le salía nunca la cuenta, porque las mismas doncellas le recordaban su régimen.

¡Y una simple galletita se perdía en su señor estómago!

El señor Jones no era amigo de etiquetas, y sin titubear cambiaría todas las fiestas por el gusto de encontrarse entre los alcornoques de su dehesa.

Elisita, la *nena* de la casa, tampoco era dichosa rodeada de esplendor.

Romántica por temperamento, había entregado su amor a un hombre de humilde condición: Jacinto Clark, superintendente de la casa, que, por su cargo, había de contentarse con ver a su novia entre bastidores, sin tomar parte en la comedia social.

Y, finalmente, Gustavo Jones, el primogénito, también era una víctima del engrandecimiento de la casa.

Siempre que podía escabullirse de las fiestas organizadas por los suyos, lo hacía.

Mas aquel día no pudo escaparse.

—No te vayas, Gustavo. Tenemos el salón lleno de gente y debes entrar a ayudarnos a hacer los honores—le dijo su madre.

Gustavo buscaba un pretexto para no quedarse en su casa, y su madre insistió.

—Pero, ¿no sabes que va a venir Alicia?

—¡Ah! Al fin se decidió su mamá a honrar nuestros salones. En este caso, por la chica me quedo.

No tardaron en llegar las aludidas.

Gustavo y Alicia simpatizaban bastante y sus respectivas familias trataban de unirlos...

La madre de Alicia era quien más deseaba esa unión, pues su linaje era tan elevado como escasa su fortuna; y ésta la poseían los padres de Gustavo.

Enemigos acérrimos de las tonterías familiares, Alicia y Gustavo se rezagaron a una coqueta antesala, y conversaron tranquilamente a solas.

—¿Cómo ha convencido usted a su madre para venir aquí?—preguntó a Alicia el joven.

—Porque tenía interés en verle a usted.

—¡Ah!... Muchas gracias...

—¿Sabe usted por qué las madres se jactan de traernos y llevarnos adonde se les antoje?

—¿.....?

—Porque somos tontas, rematadamente tontas... Si en vez de ir siempre pegadas a sus faldas campásemos por nuestros respetos, esto no ocurriría.

—¡Qué se le va a hacer, Alicia!

—¡Oh, Gustavo! ¡Yo me moriré de tedio si no me alejo pronto de esta vida de artificio y de mentir!

—No desespere...

—Sólo hay una salvación para mí... y es el matrimonio...

—¿Conque... el matrimonio?... Para eso... falta un marido...

—¿Usted me quiere de veras, Gustavo?

—¿Me lo pregunta usted, Alicia, después de hacerle la corte desde varios meses?

—Entonces, queriéndole yo también, ¿por qué no nos proporcionamos nosotros mismos la independencia?

—Eso quiere decir que...

—Sí, Gustavo: ¿quiere usted casarse conmigo?

—¡Ya lo creo! El día que usted se decida a echarse la soga al cuello, ya sabe que puede contar con un cómplice.

—¡Bravo! Eso es amor... Pero lo mejor será casarnos hoy mismo, antes de que cambien nuestros pensamientos.

—Por mí...

—No vacile, Gustavo... Yo no me arrepentiré nunca...

—Pues bien, iremos al pueblecito de

Bowling Green, que está cerca de aquí... En un santiamén nos darán la licencia y nos echarán las bendiciones.

Sin detenerse a pensar mejor su idea, partieron veloces los novios hacia el pueblecito cuyo cargo de alcalde asumía el tío *Cascarrabias*.

Una criada oyó lo que Gustavo y Alicia dijeron antes de salir, es decir, enteróse del rumbo que tomaban, y tomaba nota de ello para contárselo todo a la señora.

En tanto que entre la gente menuda de Bowling Green reinaba gran consternación, pues el alcalde había hecho cerrar el único cine del pueblo.

Una niñita lloraba sin consuelo frente al *coliseo* peliculero...

Ketty y el señor Quintín pasaron por delante del cine y se detuvieron para enterarse de la causa de la aflicción de la criatura.

—¡Yo quiero ver a Charlot y a Baby!—explotó aquélla.

—¡Pobrecita!... Ese alcalde no sabe lo que hace ¿verdad? No llores más, monina.

—¡Yo quiero ver *chinel*!—reconfirmaba la pequeña.

—Ketty, acaba de ocurrírseme una idea...—intervino el señor Quintín.—¿Por qué no organizamos un espectáculo para distraer a los chicos?

—No estaría mal... ¿Y dónde podríamos hacerlo?

—¡En la tienda!... Precisamente esta noche tu tío tiene reunión en la alcaldía y nos dejará el campo libre.

—¡Eso es! ¡Se acabaron las lágrimas, nena!... ¡Diles a tus amiguitas y amiguitos que esta noche habrá gran espectáculo en la tienda!

Al poco se reunieron Ketty, Juanito, el señor Quintín y el tío *Mojama*, y Ketty les expuso un proyecto de función, que fué aceptado.

—Haremos una pantomima dramática... algo así como una película, con traidores y mujeres vampiros...—quedó convenido.

Y, resueltas todas las dificultades, por la noche, temprano, la tienda fué convertida en teatro, y la gente menuda,

como surgida de repente de la tierra, tomola por asalto.

Se improvisó un escenario con su correspondiente telón—sin anuncios,— y el *tío Mojama* hacía de *régisseur*, acomodador y otros menesteres.

Mientras tanto, en la alcaldía, que era a la vez Juzgado de Paz, la gente seria condenaba a muerte a la alegría.

El alcalde tenía la palabra.

—Señores: los que aprueben mi acto de cerrar el cine, que levanten la mano... Bien: así me gusta. Todos están conformes.

En este momento llamaron a la puerta de la alcaldía.

Abrió aquella una dama de la Liga—no confundir con una liga de la dama, porque no es lo mismo.

Alicia y Gustavo eran los que llamaron.

—Venimos a casarnos delante del Juez—le dijo a la dama Gustavo.

—La justicia de paz está en estos momentos muy ocupada—contestó la *tornera*.—Vuelvan dentro de una hora.

Obligados a esperar, Gustavo propuso a Alicia:

—Vamos a tomar un refresco, para matar esa hora.

Y caminaron, sin rumbo fijo, hasta detenerse ante la tienda del propio alcalde, transformada en sala de recreo.

Más por sed de curiosear que de beber, los novios próximos a desposarse entraron en ella.

En la alcaldía, entretanto, la Liga Moralista proseguía sus deliberaciones.

Y la función de la tienda estaba a punto de empezar.

El *tío Mojama* se presentó en el *proscenio* y anunció:

—Señoras y caballeros: la pantomima que vais a presenciar es una obra de arte improvisada en un abrir y cerrar de ojos... Ha sido ideada y puesta en escena por la señorita Ketty Malcam... Su título es: *Cómo se llega al corazón de un hombre*.

El primer acto se desarrolla en la calle. La ingenua es seducida por el traidor, que burla la vigilancia de un policía.

Más tarde llegará la mujer vampiro, que se enamorará del héroe, que es un marinero, y lo fascina, llevándose con ella... El traidor y la mujer vampiro viven en una misma casa.

Así pasó en la escena, interpretando los papeles de ingenua—con unos bucles preciosos de virutas de madera—y de mujer vampiro, Ketty; el de policía Juanito; y el de traidor y héroe el señor Quintín.

Al final del primer acto se presentó de nuevo en el escenario el *tío Mojama*, y anunció:

—El segundo acto se desarrolla en casa del seductor de la ingenua, donde la

vieja criada trata de convencer a la ingenua para que se case con su amo. Llegan luego la mujer vampiro y el héroe. Este desprecia a su fascinadora y quiere proteger a la ingenua. En castigo es encerrado con ella en un cuarto.

En la escena se reprodujo de nuevo lo relatado por el *tío Mojama*, y la concurrencia estaba contentísima de la función.

Gustavo se fijó en Ketty, y no pudo menos de decir a Alicia:



La ingenua es seducida por el traidor.

—Esa muchacha es muy inteligente, ¿verdad?

—Cualquiera diría que ha trabajado en el teatro toda su vida.

Por tercera y penúltima vez se presentó en las tablas el *tío Mojama* y adelantó al auditorio:

—El acto siguiente tiene por escenario el dormitorio del traidor, donde se ayudan mutuamente la ingenua y el héroe.

Logran escaparse, sin que la ingenua se haya casado a la fuerza con el traidor.

La mujer vampiro quiere conquistar al traidor, pero no lo consigue, y se pelean, matándose los dos.

La ingenua y el héroe huyen, y en el acto último, en un parque, se desarrolla la escena final de amor.

El espectáculo terminó con una salva entusiasta de aplausos de la gente menuda, a los que se unieron los de Gustavo y Alicia.

Pero en este momento llegó a su tienda el *tío Cascarrabias*, de regreso de la sesión de la Liga, y apenas le vieron, los chiquillos se dispersaron como huyendo de la peste.

El señor Quintín—que pensaba en la batalla de su mismo nombre—y el *tío Mojama*, no las tenían todas.

Ketty y Juanito, menos aún.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha convertido mi casa en una porquería? ¡Me la vas a pagar, mala pécora!

Gustavo y Alicia se opusieron al avance del bruto, colocándosele delante.

—¿Quiénes son ustedes, eh?

—Estábamos viendo el espectáculo... por cierto que ha resultado muy interesante.

Ketty, en medio de su dolor, se sentía feliz...

El *tío Cascarrabias* contestó a Gustavo, ciego de ira:

—¡Ustedes lo que van a hacer es largarse inmediatamente de mi establecimiento, que aquí no manda nadie más que yo!

—Todo el delito que esta joven ha cometido es hacer pasar un rato agradable a los chicos del pueblo—añadió Gustavo.

—¡Y a mí qué me importa!

—¡Quietos! En Nueva York, a esta mu-

chacha le pagarían espléndidamente por lo que usted quiere pegarle... ¡Bien es verdad que en Nueva York a los salvajes se les castiga con mano dura!

—Soy dueño de mis actos y sé lo que me corresponde hacer con esa mal educada. ¡Maldita sea!

—¡Cobarde! ¡El dedo meñique de esta joven es más respetable que todas las canas que manchan su cabeza en vez de ennoblecerla!

Y, sujetándole férreamente por un brazo y torciéndole la muñeca, Gustavo impidió que el furibundo *tío Cascarrabias* descargara su manaza sobre Ketty.

—¡Fuera de mi casa!—les dijo aquél a los desconocidos.

—¡Yo no saldré de aquí hasta que usted me jure que no va a maltratar a esa joven!

—Haré lo que me plazca, y se acabó.

—¡Júrelo, he dicho!—insistió Gustavo torciéndole de nuevo la muñeca.

Inferior en fuerza a Gustavo, el *tío Cascarrabias* hubo de jurar no hacerle ningún daño a su sobrina.

Entonces Gustavo le dejó, y dirigiéndose a Ketty—con algún celillo por parte de Alicia—le dijo, delante del admirado señor Quintín, vestido aún de marinero:

—Aquí tiene usted mi tarjeta... Si algún día necesita de mí, no vacile en ir a buscarme.

Ketty guardóse en el escote la cartulina de Gustavo y se puso muy contenta en su interior.

Bruscamente irrumpieron en la tienda las mamás de Alicia y Gustavo, respectivamente.

—¡Ah! Por fin os hemos encontrado. En el Juzgado de Paz nos dijeron que habíais ido allí, pero que el alcalde estaba aquí... y que era posible que vosotros estuvierais con el alcalde. La doncella nos enteró de todo. ¿Os habéis casado ya?—dijo a su hijo atropelladamente la señora Jones.

—No, mamá—contestó Gustavo.

—¡Ah! No me gustan los matrimonios relámpagos y por eso prefiero verte soltero todavía... pero como la novia me agrada, toma esta esmeralda... Utilízala como anillo de compromiso.

—Toma, Alicia, para ti;—dióle la alianza Gustavo porque sí.

Y la mamá de Alicia dijo a su hija, llena de alegría:

—Vamos a la ciudad y te casarás en

después de ahuyentar a los viejos amigos con groseras amenazas.

Los dos hermanos, atemorizados, resistían los golpes del salvaje apretándose muy fuerte como para ahogar el dolor.

*
* *



— Aquí tiene usted mi tarjeta. Si algún día...

una iglesia aristocrática, para que rabien tus amiguitas.

El alcalde y los demás allí reunidos estaban muy extrañados de todo aquello; pero Ketty, además de la extrañeza, se sentía triste...

¿Por qué Gustavo iba a casarse?

*
* *

Antes de marcharse, los de la ciudad, de la tienda, Gustavo acercóse a dar la mano a Ketty, y la rogó:

—Prométame que vendrá usted a verme, si algún día necesita mi ayuda...

Ella hizo un gesto afirmativo, mirándole cariñosamente.

—¡Y usted—avisó Gustavo al tío Cascarrabias,—no olvide su juramento!

Y se fué con su madre y las dos aristócratas.

El inhumano pariente aprovechó la ocasión de no tener contrincante de su genio, y dió una paliza a sus sobrinos,

Algún tiempo después, en Nueva York.

Como ciertas cosas si se piensan no se hacen, Gustavo Jones seguía sin echarse al cuello el nudo matrimonial.

Ketty, cansada de la vida que llevaba al lado de su tío, marchóse de su hogar para ir a ganarse la vida en Nueva York en un empleo compatible con su carácter.

Recordando la oferta de Gustavo, y como tenía aún su tarjeta, fuéle a ver en su despacho. El no estaba; por eso le dejó esta notita:

Amable señor Jones:

Me encuentre en Nueva York por no poder soportar por más tiempo las brutalidades de mi tío. Voy al «Folies», y



Los dos hermanos, atemorizados...

cuando vuelva a verle, estaré contratada. Le saluda afectuosamente,

KETTY MALCAM.»

Un amigo de Gustavo tuvo sus ligeros pensamientos, pero las razones del segundo cerraron el paso a la malicia.

—Es una muchacha pueblerina, a quien yo prometí ayuda... ¡Y esa infeliz se cree que es cosa de llegar y besar el santo!... ¡No sospecha ella lo que cuesta entrar en el «Folies»! Voy a ver al director, para pedirle que la admita en el coro.

—Te acompaño.

El «Folies», a la hora de ensayo, era inasequible para todo el mundo, excepto para los empleados de la casa.

Unas lindas jóvenes preguntaron al conserje del teatro si podían ver al señor Ziegfield, director del mismo, para ser contratadas como coristas.

El conserje les contestó:

—El señor Ziegfield no quiere ver a nadie... Además, el coro está completo y no hay hueco ninguno.

Las aludidas jóvenes se marcharon disgustadas, y Ketty, que oyera la conversación de ellas con el conserje, tuvo una idea para colarse en el escenario sin oposición del portero.

He aquí lo que hizo: una mujer de faenas había dejado junto a Ketty un cubo con agua y una bayeta dentro, además de un pañuelo para la cabeza y un delantal para arrastrarse por el suelo. Ketty apropióse de tales efectos y se salió con la suya, es decir, se acercó, fregando, al director, que dirigía interesantes ensayos.

Pero pronto fué descubierta, pues el señor Ziegfield se fijó en ella, en su belleza, su lozanía, y le preguntó:

—¿Quién diablos es usted, joven?

—Soy Ketty Malcam... He venido de muy lejos para trabajar bajo su dirección.

—¿Como fregona?

—¡Noooo! ¡Yo quiero bailar en el escenario!

—¿Y qué es usted capaz de hacer?

—Lo mismo que hace ese bailarín, que se mueve fumándose tranquilamente un puro.

—¿Quiere probar ahora mismo?

—¡Ya lo creo!

El director, verdaderamente interesado, complació a Ketty, y ésta copió, con ventaja y gracia, el trabajo del bailarín.

Gustavo y su amigo llegaron en este momento, y el primero quedó asombrado al ver a Ketty ensayando.

Ella, al advertir la presencia de Gustavo, interrumpió el baile y corrió a saludarle.

—¡Mi ideal era trabajar aquí, y me parece que lo he conseguido!—le dijo radiante de vida.

—Sí, amigo Gustavo, la contrato desde este instante—confirmó el empresario.

—Me alegro, me alegro—contestó Gustavo.

Y se miraba en los ojos de ella... que también le sonreían...

Por aquellos días, la familia Jones andaba muy atareada ensayando una gran fiesta benéfica, bajo la dirección de la ilustrísima y distinguidísima mamá de Alicia.

En la función debían salir Hamlet, Ofelia, Macbeth, Marco Antonio, Titania y Cleopatra, y esos papeles correspondían respectivamente al señor Jones, su regordeta señora que peligraba perecer de anemia por la dichosa dieta, y otras notables personas más, entre ellas Elisita y Alicia, que se quejaba a su mamá de no poder enseñar las piernas a causa de lo largo que era el vestido.

—No hay más que hablar, hija... Yo misma te he elegido la indumentaria—le objetó su mamá.

* * *

Gustavo y su amigo asistieron a los ensayos de la función en proyecto, y se aburrían soberanamente.

—Ketty organizó un espectáculo mucho más ameno que este en una tienda de comestibles—dijo Gustavo a su amigo.

—¿Y por qué no le pides a Ketty que venga a ayudar a estos actores improvisados?

—Tienes razón... No se me había ocurrido. Voy a buscarla a su casa de huéspedes... Yo creo que no se negará...

—Pero, oye, ¿querrán someterse estos artistas a su dirección?

—Creo que sí... sobre todo cuando yo les diga claramente ahora mismo lo que me parece su espectáculo. Un momento,



— Cleo, me has vencido en toda la línea... Ven a ocupar tu trono.

Elisita—dijo a su hermana, acercándose a la improvisada escena.—Estás completamente desorientada recitando versos a las Pirámides. No te pareces a Cleopatra ni por el forro. Te van a silbar el día de la función.

La mamá de Alicia trinaba.

—Mamá, ¿tú quieres que el espectáculo obtenga un éxito completo y no nos deje en ridículo?—preguntó luego Gustavo a su madre.

—¡Claro que quiero eso!

—Entonces voy a decirte quién fue Cleopatra, tal como me lo enseñaron en el colegio.

Y aquí empieza la historia que le contó a su madre para que la oyeran su hermana y varios *artistas* más, el amigo, muy buen amigo de Ketty.

—Ya estarás enterada de que Cleopatra, una joven encantadora según Plutarco, fué desposeída de su reino por Julio César después que éste se apoderó de Egipto.

«Una noche, en el palacio que César habitaba en las márgenes del Nilo, el emperador se aburría porque desde hacía una semana las bayaderas le metían por los ojos la misma danza.

»De súbito llegó Cleopatra, hija de Ptolomeo.

»—¿A qué vienes con historias?... ¡Tú no eres Cleopatra!—le dijeron al verla los romanos.

»—Cómo que no?—protestó ella.

»—Julio César está esperando a una Reina... pero una Reina «de verdad», tan alta de estatura como elevado es su rango...»

»—Yo no soy alta... pero soy Reina...

»—Pero oye, niña... ¿Crees que César te va a devolver tu trono por tu cara bonita?

»—¿Dónde está él?

»—Allí.

»Cleopatra asomó su linda cabeza al salón del magnate, que bostezaba a rabiar, y oyóle decir:—«¿Daría este condenado reino a quien me hiciese reir esta noche!»

»Esta exclamación de César le sugirió un plan a Cleopatra.

»—¿De modo que César espera a una Reina muy alta?—preguntó a los romanos de guardia.

»—Sí... muy alta.

»Entonces Cleopatra llamó a un esclavo cuya estatura era colosal, se sentó en

sus hombros, y con una larga túnica cubrió al apócrifo gigante, viéndose únicamente un rostro femenino encantador.

»—Ahora sí que soy alta, ¿eh?—dijo a los romanos.— ¡Anunciadme a César!

»Riéndose como locos, los soldados obedecieron, y uno de ellos anunció al emperador:

»—Salud, César... Cleopatra, la hija de Ptolomeo, pide permiso para entrar.

»—Es una señal de buena educación—dijo uno de los adeptos del genio.

»Pero César estaba malhumorado...

»Mas al aparecer la altísima Cleopatra, se quedó atónito... De la sorpresa pasó a la curiosidad... de la curiosidad a la sonrisa y de ésta a la carcajada limpia y sonora.

»—¡Mi madre! ¡Qué original es esto!—exclamó.

»Cleopatra saltó de los hombros de su esclavo a tierra, y le dijo a César: «—Dijiste ¡oh César!, que darías este reino a quien te hiciese reir esta noche... ¡Tú y yo haremos buenas migas, viejo verdel!»

»—Cleo, me has vencido en toda la línea... Ven a ocupar tu trono—le contestó César y terminó dirigiéndose a sus partidarios:— ¡Saludad a Cleopatra, reina de Egipto:»

—¿Qué, ha gustado mi historia?

Por prudencia, la mamá de Alicia no se quitó un zapato para darle tres o cuatro zapatazos a su futuro yerno.

Pero Gustavo, impertérrito, añadió:

—Lo que ustedes necesitan es una artista profesional que les ayude a organizar el espectáculo. Yo conozco a la persona que hace falta, y la traeré para que la vean.

* * *

Al día siguiente, Gustavo se presentó en casa de Ketty.

—¿Ha llorado usted?—le preguntó al verla ojerosa y triste.

Por toda respuesta ella le dio a leer una carta, y se dejó consolar abandonándose inconscientemente en los brazos de Gustavo.

Gustavo leyó:

Querida hermanita:

Estoy muy solo y muy triste desde que te marchaste. El tío no hace más que renegar de ti, y esto me pone de un humor de mil diablos. ¿No podrías buscarme una colocación para estar a tu lado? El señor Quintiny el «tío Mojam» también te echan mucho de menos, pero no tanto como yo, que me paso las noches llorando.

Contesta pronto a tu hermano,

JUANITO

—Parece mentira que su tío sea así, Ketty—apreció con pesar Gustavo, sin

desprenderse de su tierna presa.

Pero Ketty despertó... y, ruborizada, deslizóse de los brazos de Gustavo.

El joven disimuló una sonrisa de felicidad, y dijo a Ketty:

—Mi familia se encuentra en un apuro, Ketty, y necesitaríamos su ayuda...

—¿Mi ayuda?...

—Sí... Están preparando una fiesta de caridad y lo hacen todo al revés... Usted es la única que podría salvarnos de un ridículo espantoso.

—No puedo negarme... Pero lo malo es que estos días, además de los ensayos



... se dejó consolar abandonándose inconscientemente en los brazos de Gustavo

del «Folies», tengo que ensayar en casa un nuevo baile.

—Podemos hacer una cosa... Instálese usted en mi casa y nos cederá el tiempo sobrante...

* * *

Ketty aceptó la proposición de Gustavo.

Y así, bajo la dirección de Ketty, empezaron los ensayos del nuevo espectáculo, en el cual los actores tenían a su cargo el papel que mejor podían interpretar.

La mamá de Alicia se metía en todo, pero Ketty, con habilidad de mujercita graciosa, echaba por tierra todas sus observaciones.

La señora Jones estaba contentísima del carácter de Ketty, y gracias a ella —que le permitía comer en escena y entre bastidores— desaparecía la debilidad.

El cuadro escogido por Ketty: *Lady Macbeth en la escena*

del *banquete*, lo interpretaba a maravilla la obesa señora, pues comía por ocho.

Para el señor Jones, Ketty ideó un cuento de Bocaccio. Dos lindas señoritas acariciaban al viejo señor. ¡Y él tan contento!

Luego aparecieron en la escena Romeo y Julieta, interpretados por Elisita y el superintendente. ¡Un *truco* de Ketty, que se enteró de los amoríos de ambos!

La noble mamá de Alicia protestaba ante sus amistades, nobles también:

—¡Mezclar en esta distracción a un *jardinero*, es un insulto para todos nosotros!

Gustavo, que la oía perfectamente, intervino.

—No es un *jardinero*, señora... Es un superintendente, que bien puede rozarse

con *nuestros títulos*. Además, me parece que Elisita piensa casarse con él... Así le elevará al rango de usted.

Aquello era demasiado para la aristócrata y decidió marcharse de aquella casa.

—¡Alicia!... ¿Dónde estás?—gritó a su hija.

Alicia se presentó a su madre en un trajecito harto ligero de bajos.

—¡Oh! ¿Quién te ha mandado ponerte ese vestido tan escandaloso?

—Yo le he aconsejado que se lo pusiera... Creo que la favorece mucho—contestó Ketty.—¿No cree usted que unas pantorrillas tan bien dibujadas amenizarán el espectáculo?

—¡Oh, qué escándalo! ¡Quitarte inmediatamente ese vestido y vámonos a casa, niña!

—¡Yo no me voy ahora a casa, mamá! Estoy viviendo unas horas dichosas de mi vida y no quiero desperdiciarlas.

—¡Eres una inutilidad! ¡No sirves más que para pintarte la cara y exagerarte los

vestidos!—exclamó furiosa la mamá.

—Si hace eso con arte, ya sirve para algo—comentó Ketty para desespero de la noble dama. Y le añadió:—¿Sabe usted lo que se me está ocurriendo?... ¡Que su hija pronto destacaría en el *Folies*!

—¿Usted cree?—preguntó entusiasmada Alicia.

—Absolutamente. Sería usted admitida en seguida.

—Mamá, es la primera ocasión que se me presenta para hacer lo que más me gusta y no voy a desaprovecharla.

—¡Oh, esto es inaudito! ¡No puedo presenciar estas cosas! ¡Ya nos veremos en casa, hija! ¡Hemos de hablar seriamente de una vez para siempre!

Tras esto, se marchó.

Y todos respiraron.



La señora Jones estaba contentísima del carácter de Ketty...

Después de la comida, Gustavo habló a solas con Ketty.

—Esta tarde se portó usted muy bien al salir en defensa de Alicia, por lo de las pantorrillas... Cada día me voy conven-



... le cogió una mano entre las suyas y se la besó apasionadamente.

ciendo más de que es usted una joven extraordinaria... Desde que usted está aquí, mi familia ha cambiado completamente...

—Yo sólo deseo la felicidad de todos... así como la de usted y Alicia... cuando se casen...

Gustavo se calló... y llenóse un vasito de licor.

—Gustavo... ¿quiere usted hacer algo por mí?—le dijo Ketty.

—No tiene usted más que mandar...

—No beber tanto...

—¿Que no beba?... ¿De verdad le interesa a usted que yo beba o no beba?

Ketty no supo qué contestar.

—Desde ahora en adelante, le prometo no beber más que agua... aunque críe ranas en el estómago—le aseguró Gustavo.

Y con sed de caricias le cogió una mano entre las suyas y se la besó apasionadamente.

*
*
*

Alicia quiso bailar en el *Folies*. Ketty pudo colocarla en el coro, y la educó en su escuela, ejecutando algunas danzas de fantasía con ella.

Inopinadamente, Juanito y el señor Quintín visitaron a Gustavo—pues tenían su dirección—y fueron con él al *Folies* para ver actuar a Ketty sin que ella lo supiera.

—¡Qué sorpresa para Ketty cuando nos vea aquí!—decía puerilmente Juanito.

Y, en efecto, grande fué la sorpresa de la bailarina al ver al hermano de su corazón y al amigo señor Quintín.

Fué tal la alegría, que suspendió la representación para ir a estrechar a Juanito en sus brazos y saludar al simpático acompañante.

Su irreflexivo gesto le costó el empleo, pues el empresario la despidió en el acto.

Alicia, oportuna, se ofreció a substituir a Ketty en su papel en la Revista, y salió bastante airosa de su cometido.

Gustavo, consolando a Ketty, le susurró al oído:

—Ketty, ¿no quiere usted aceptar un empleo muy cerquita de mi corazón?

Ella, tristemente, le contestó:

—Ese empleo lo tiene usted ya comprometido.

—¡No, Ketty!... Lo de Alicia y yo ha sido un juego. Le aseguro que es usted



Alicia quiso bailar en el *Folies*... Ketty la educó en su escuela..

la única mujer a quien quiero con toda mi alma.

Ketty se dejó llevar por la ilusión y Gustavo la besó con amor...

Alicia los sorprendió.

Pero no hubo drama; al contrario: quitóse el ópalo que le diera Gustavo, se lo regaló a Ketty, y les dijo a los dos:

—Estoy enterada desde hace algunas semanas de que el corazón de cada uno de ustedes pertenece al otro... Yo, querida Ketty, tomo tu sitio en el escenario, pero tú tomas el mío en el corazón de Gustavo. ¡Estamos en paz!

Y aquí desapareció Alicia, más feliz que nunca.

Juanito y el señor Quintín, que entristecidos iban a ver a Ketty en su camarín y pedirle de nuevo perdón por haberle dado la *fatal* sorpresa, retrocedieron asombrados.

¡La escena que presenciaban los ponía malos!

* * *

Y como en este mundo cada uno debe hacer lo que mejor se adapte a su temperamento, Ketty, al cabo de dos años, demostró cumplidamente para lo que había nacido: era mamá de dos gemelos. ¡Atiza!

Elisita se había casado con el superintendente.

Este, acariciando a su mujercita con la mirada, le decía, refiriéndose a Ketty y Gustavo:

—Tenemos que aprender de ellos, Elisita. ¡Dos gemelos! ¡Dentro de otro par de años, una botonadura completa!

A ese paso... tendrían que poner una escuela...

EXCLUSIVA DE L. GAUMONT

PASEO DE GRACIA, 66

BARCELONA



CASA EXCLUSIVA EN
GÉNEROS DE PUNTO

PEDRO OLLÉ

PRECIOS
— DE —
FÁBRICA

CARDENAL CASAÑAS, 4
LLANO DE LA BOQUERÍA

TELÉFONO 4090 A.
BARCELONA

NAVIDAD

Perfumería Unitas

:: Perfumería del
país y extranjero
Coloretos
Extractos
Lociones.

Polvos, Artículos
manicura. Espe-
cialidad en
artículos
para regalo

Libretería, 23
Teléfono 1748 A

BARCELONA

REYES

TSH

ANTONIO ALBÓ

Sucesor de J. JUVÉ
BARCELONA

Vía Layetana, 67
:: Teléfono 2533 A

ACCESORIOS
APARATOS DE GALENA
APARATOS DE VÁLVULAS
MATERIAL GARANTIZADO DE
LA MÁS ALTA CALIDAD

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



NITA NALDI

ROCA &
MALLOL

RM

Calle Santa Ana, 39
Puerta del Angel
BARCELONA

TELÉFONO 4995 A

CAMISEROS

Lo más nuevo en Batistas, Céfiros, Otomanes y Sedas para camisas :: Especialidad en la medida :: Camisa cefir superior con cuello y puños, 14 pesetas.

Batas, Batines, Trajes para casa y Pijamas :: Batín lana, 35 pesetas :: Pijama franela o céfiro, 20 pesetas.

ARTÍCULOS PARA REGALOS: Altas fantasías en corbatas, tirantes, calcetines, bufandas, carteras, monederos y bolsos para señora.

Sweters, pull-over, chaquetas, abrigos y vestidos en tricot.—Precios limitados.

REGALOS PARA NAVIDAD Y REYES MATERIAL FOTOGRAFICO



■ PINO, 14 / TELÉFONO 3867 A ■
BARCELONA

:: GRAN SURTIDO
DE APARATOS DE
LAS MARCAS :: ::
KODAK-GOERZ
ICA - NETTEL
GAUMONT
RIETZCHEL
HEIDOSCOP
/ LEONAR /
VOIGTLANDER,
— ETC., ETC. —

SUCURSAL DE

Hijo de J. Vidal y Ribas, S. en C.

Rambla San José, 23 - Teléfono n.º 128 A

Festividades de Pascuas y Año Nuevo

Vinos, licores y cham-
pagnes de las más
: acreditadas marcas :
Variado surtido en ar-
tículos para regalos ::





¡NO LLORES, HIJO!



INVARIABLEMENTE, todas las noches, apenas cenado, Esteban se reunía con varios compañeros en un café de los barrios obreros, populoso y lleno de tentaciones, de los alrededores del puerto.

Sin remisión, todas las noches Esteban rendía febril culto a su pasión, favorita por ser única: el juego.

Por una rara vez que la fortuna se le mostró propicia en la proporción que a sus exiguas disponibilidades correspondía, cien salía del odioso garlito maldiciéndose a sí mismo.

Sin embargo, la arraigada costumbre podía más que sus fugaces instantes de lucidez... y a la noche siguiente «volvía a probar».

Durante una temporada los caprichos de los naipes le fueron de mal en peor, y mayor era el deseo de desquite... que no llegaba.

El prendero del barrio... y los de otros barrios también, tuvieron tratos con él... y en poco tiempo la casa del jugador íbase empobreciendo de efectos, de ropas, y de las escasas alhajas—reliquias seculares de los que se fueron—cuyo valor

moral era irrisoriamente reconocido por los mercaderes...

La madre de Esteban, viuda desde hacía algunos años, esforzada alma del hogar, envejecida prematuramente por el penoso trabajo que hubo de imponerse para sostener a flote la casa, y Juanito, el segundo y restante de los cuatro hijos que aquélla había tenido, cuya edad, 16 años, acusaba una pronunciada anemia, eran los dos seres que sufrían las consecuencias del desenfrenado vicio del hijo mayor, en quien ellos pusieran sus esperanzas.

Los consejos de la resignada madre y los fuegos del hermanito ya no tenían ningún valor para Esteban.

Juanito trabajaba de aprendiz en una carpintería y la madre proseguía su eterno sacrificio... mas los ingresos de ambos, añadidos al insuficiente socorro de Esteban... cuando éste no lo reclamaba a mitad de la semana, no cubrían siquiera los gastos más indispensables del hogar.

Al borde de la miseria, Juanito y su madre decidieron tratar de arrancar a Esteban de la causa de la ruina de todos, y varios sábados fueron a esperarle a la salida del taller donde trabajaba para que les entregara una parte de su jornal... pues los sábados solía aquél no presentarse en su casa hasta la madrugada.

Pero ni tomando esa precaución Juanito y su madre pudieron obtener de Esteban, algún que otro final de semana, un solo céntimo... pues las deudas contraídas de sábado a sábado eran más crecidas que el sueldo.

Y entonces, de la salida del taller, Juanito y su madre fueron cada sábado a la puerta del bodegón donde Esteban pasaba la noche... aunque éste

los mandase, como siempre, iracundo y brutal, a su casa... sin nada.

Llegándole a lo más hondo de su ser el sórdido dolor de su madre, que no tenía ya fuerzas para seguir trabajando sin descanso, y considerándose él incapaz de ganar mejor jornal en otra parte, pues era débil, Juanito ideó, ante la inminente catástrofe del hogar, un recurso final.

Fué como un relámpago inspirado que atravesara su mente...

Y poniéndose de acuerdo con su madre, un sábado precisamente, a eso de media noche, Juanito fué a buscar a su hermano al juego.

—Esteban, sal un momento... Debo hablarte con urgencia...

—¿Otra vez con la misma canción?... Id a casa y dejadme en paz... ¿No ves que estoy perdiendo?

—Lo que tú hagas poco me importa ahora... Sal, Esteban, te lo ruego... El asunto no admite demora... Es mi deber avisarte...

—Dí lo que pasa... dilo aquí mismo... Seguramente lo de costumbre...

—Se trata de nuestra madre...

—¿No está ahí fuera?

—No, Esteban...

—¿Está enferma?...

—Peor que eso, hermano... Sal... Tus amigos no tendrán que decir, pues pierdes... Ven...

Vencido por último, Esteban salió de la taberna con Juanito.

—¿Qué ocurre?—preguntó a éste el jugador.

—Madre, sabes, salió de casa cuando yo me acostaba... fuí tras ella intrigado sin que me viera...

—¿Por qué no sigues?... ¿Qué es eso, lloras?... ¡Acaba, Juanito! ¿Donde está nuestra madre?

Juanito no podía hablar, cortado por el llanto, y asió de la mano a Esteban y le condujo a una calle llena de luz y de extraordinaria animación a todas horas.

—¿Dónde vamos?... ¿Dónde está ella?

Juanito se detuvo, al fin, y señalando a su hermano a pocos metros de ellos, a una mujer de luto y encorvada que tendía una mano pálida como su rostro a los viandantes, le dijo:

—¡Mírala, Esteban!

La mendiga exhaló entonces su triste cantinela:

—Una caridad a esta viejecita sin amparo...

—Pero, ¿es posible?—preguntóse emocionadísimo Esteban.

Y arrojándose a ella, sollozó:

—¡Madre! ¡Madre mía!

La anciana no pudo resistir más su emoción, y cayó medio desfallecida en los brazos de su hijo.

Juanito mordió su pañuelo, destronzándolo por contener sus deseos de llorar, de llorar mucho...

Esteban llevó apresuradamente a su madre a una calle en descanso, y allí, solos, estrechando a su vieja mártir con toda su alma, la dijo:

—¡Madre mía, perdóname! ¡Yo estuve ciego! ¡Qué vergüenza, haber sido tan mal hijo! ¡Juanito, hermano mío... perdóname también!... Yo os prometo que desde hoy seré qtro... que viviremos los tres muy felices... ¡Perdonadme... perdonadme!...

Hubo una pausa... y en el silencio de la plácida calle se oyó la voz de un angel:

—¡No llores, hijo!

ROBERTO VANDO LIS

(Dibujo de M.)





LEVANTISCHE FILM

Fontanella, 9. - BARCELONA



Presentación
de grandes
exclusivas



Películas escogidas
≈ de las ≈
mejores marcas

AGENCIAS EN

Madrid, Valencia, Málaga, Bilbao, Palma de Mallorca, Mahón

La feliz pobreza

ERAN dos matrimonios.

Las dos parejas tenían, una y otra, un niño y una niña.

Los cabezas de familia, modestos empleados de una casa de banca, ganaban un sueldo que distaba bastante de ser suficiente para salir de apuros, como se suele decir.

Pero... ganando los esposos casi lo mismo y teniendo igual familia, con más o menos apetito que complacer, ocurría que en uno de los citados hogares se notaba cierto lujo mientras que en el otro seguía, desde su formación, la más estricta sencillez.

Esos dos matrimonios, siendo vecinos y los maridos compañeros de oficina, se trataban mucho, y el esposo del hogar pobre—llamémosle así—estableció una comparación entre las facultades administrativas de que estaba dotada la mujer de su amigo y las de su propia esposa.

¿Cómo era posible que, ganando los

hombres aproximadamente idéntico sueldo, las mujeres supieran, la una arreglárselas para componer su casita con simpática coquetería, y la otra quejarse continuamente de la carestía de la vida, de

la imposibilidad en que se veía de comprar zapatitos a sus hijos, mientras que los de la otra iban muy monos siempre?

El esposo del hogar pobre empezó a dudar de las cualidades caseras de su mujer y surgieron disputas y lloró mucho ésta.

Además de la diferencia observada en el hogar de la esposa lista, el esposo del hogar pobre no-

taba que la mujer de su amigo cuidaba con suma delicadeza de sí misma, presentándose a su marido de muy agradable manera.

Y el esposo del hogar pobre pensaba que la mujer es en efecto el alma del hogar y que la esposa de su amigo había conseguido, con sus ideales, idealizar su nido.



En cambio la suya no estaba nunca de humor para todo lo que a él se le ocurriera, ni demostraba la décima parte del interés por su hogar que por el suyo tenía la otra mujer.

Las disputas, a medida que las comparaciones se hacían más odiosas, arreciaban, y llegó un momento que se pronunció la palabra *separación*.

Aquel día en que el acaloramiento de los esposos del hogar pobre fué mayor que nunca, el marido trabajó con visible nerviosismo en la oficina.

Un compañero de mesa se dió cuenta de ello y le preguntó la causa.

El cuitado refirió a su compañero, que era un excelente muchacho y a quien apreciaba mucho, lo que aquí se ha relatado ya, y, al terminar aquél, irritadísimo, su confidencia, el amigo le replicó mirándole en los ojos con piedad a la par que severo:

—¡Calla, Gustavo... calla! ¡Pero estás ciego, si sientes lo que acabas de decirme! ¿Tú intentar la separación de tu esposa? ¿Te has vuelto loco? ¡Ah, todos los hombres somos iguales!... ¡Todos apetecemos lo que se halla fuera de nuestro hogar... aunque en nuestro hogar no falte absolutamente nada!

—¿Qué te propones decirme?

—¡Calla!... Al salir del trabajo, hablabamos.

* * *

—Tú eres mi amigo, Gustavo, y no puedo permitir que cometas un error

que tú mismo jamás te perdonarías, porque no sabes lo que yo sé... Entiende bien que la amistad me obliga a dar salida por mis labios a un secreto que todo hombre que lo sea tiene el deber de guardar como una cosa sagrada...

—Habla cual si lo hicieras contigo mismo...

—Dime... ¿Aprecias la estimación de los demás... el prestigio de tu buen nombre... la bondad... el cariño... el porvenir de tus hijos?

—¿Por dónde vas, Germán?

—Aprecias todo eso, ¿no? Todo lo darías porque tus hijos fueran unos hombres rectos, de conciencia, buenos padres... ejemplares maridos, no es verdad? Si te ofrecieran riquezas, ¿las aceptarías a cambio de todo eso?

—Acaba, Germán.

—¿Pues no lo entiendes aún?... En tu hogar lo tienes todo... más que en el de esa mujer que cuida tanto de su marido...

—¡No es cierto!

—Esa mujer tiene el hogar más pobre del mundo... aunque brille en él el oro...

—¿Por qué lo dices?

—Tú eres inmensamente rico...

—¡Germán... amigo!... ¿qué estás diciendo?... ¿Esa mujer?

—Dejemos a esa infeliz... Piensa sólo en tus hijos, en tu esposa... En tu casa tienes lo que no tiene precio... Tienes, amigo Gustavo, insensato amigo, ¡la honradez!

LUZ HERMINIA

(Dibujo de S. Lléki)





—Hijo mío, ya has terminado el bachillerato; es hora de decidir qué carreras prefieres.
—Las de caballos.



—Abuelita ¿no se quita usted las gafas para acostarse?
—No, hija mía; ¿cómo vería lo que sueño?



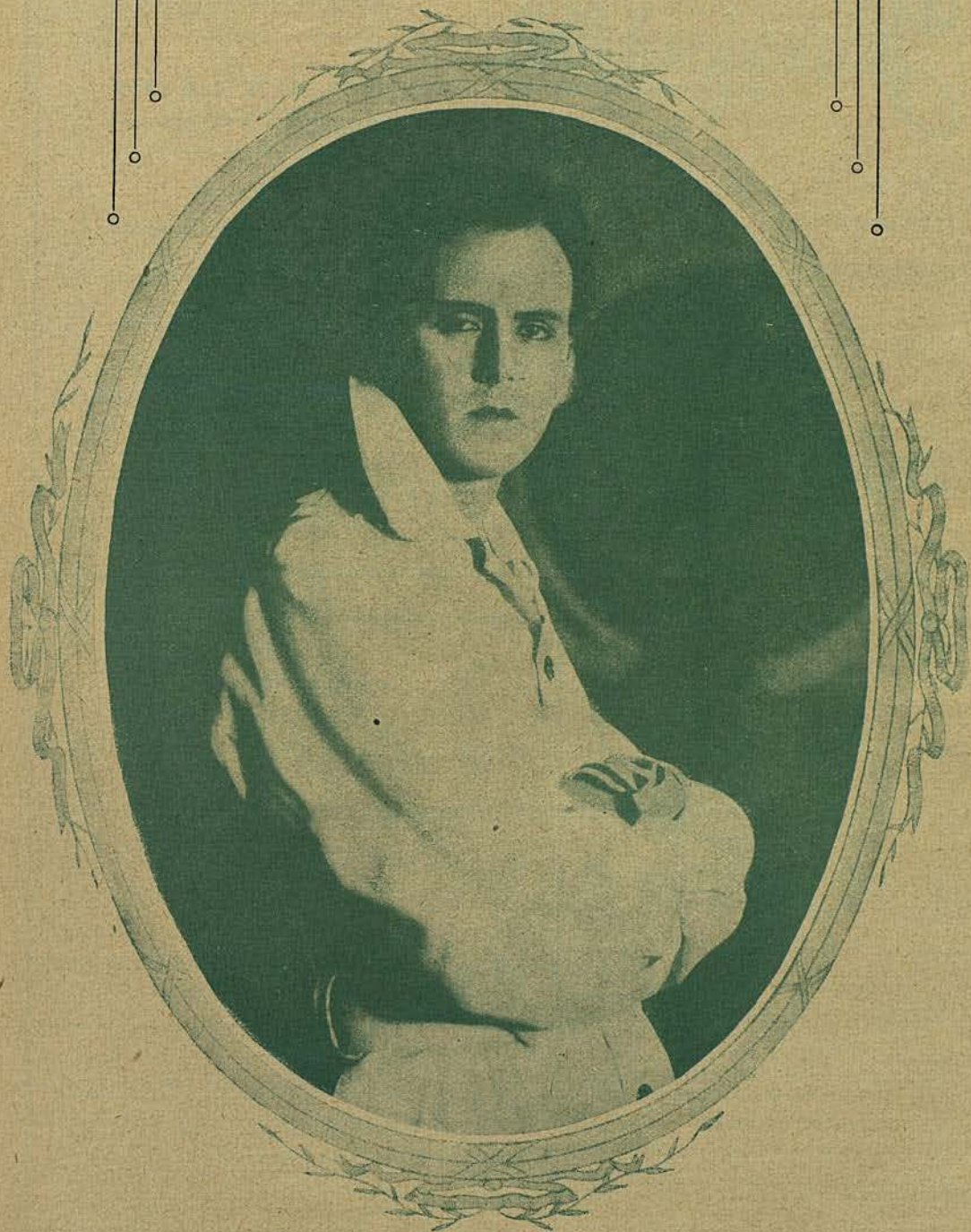
JOAQUIM HORTA

BARCELONA

I M P R E M T A
L I T O G R A F I A
L L I B R E S R A T L L A T S

GIRONA, 11-Telefon, 326 S.P.

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



JAQUE CATELAIN

Ynternacional Films

LOS ÉXITOS
DE 1924-1925

Valencia, 278

Teléf. 2250 G.

BARCELONA

LA BRECHA DEL INFIERNO

Película en cinco capítulos, adaptación de la novela de Pierre Decourcelle.

FRENTE AL ENEMIGO, *interpretada por Lilian Hall-Davis.*

LOS TRES DESTINOS, *interpretada por Mary Underdawn.*

LA ILÍADA, de HOMERO (Exclusivas E. GONZÁLEZ, Madrid)

La más grandiosa producción cinematográfica 1800,000 dólares! costó la impresión de este film. Interpretada por Edy Darcea y Wladimir-Gaidarow.

9999999

ÉXITO : PAT Y PATACHON : ÉXITO



CASA CENTRAL

BILBAO: Plaza Elíptica, 1, entr.º

Sucursales

BARCELONA: Aragón, 316. — MADRID: Fernando VI, 29, entr.º — VALENCIA: Sagasta, 19, entr.º

Agencias

SEVILLA: Vda. de José G. Caballero. Cánovas del Castillo, 53. — VIGO: Federico Monroy Arizmendi. OVIEDO: Félix Prieto. Calle de Asturias, 7. — ALBACETE: Florentino Lorente. Calle Alfonso XIII, 15. — MURCIA: José M.ª Quilez. Calle de Santa Teresa, 23. — LÉRIDA: Lérída Films. Calle del Norte. — VALLADOLID: Antonio Rico. Paseo de Zorrilla, 8. — MAHÓN: Rafael Pons y Coll. Calle Comercio, 31.

CONSTITUIRÁ

UNA VERDADERA NOVEDAD

LA COLECCIÓN DE ASUNTOS
CÓMICOS EN DOS PARTES, DE
LA ACREDITADA PRODUCCIÓN

MACK - SENNETT

NO OLVIDEN LOS SEÑORES
EMPRESARIOS DE PEDIR
PRECIOS Y CONDICIONES A CUAL-
QUIERA DE NUESTRAS SUCUR-
SALES, O BIEN A LA CENTRAL

LA TRAGEDIA DEL CORRAL



Boceto de comedia para el teatro : de los niños :

PERSONAJES:

La Gallina enamorada.

La Coneja reflexiva.

El Gato iconoclasta.

(La farsa se desenvuelve una mañana abrilena, en un corralillo que el lector idealizará para mejor efecto de la fábula. La señora Coneja, envuelta en pieles grises para conjurar el fresco del amanecer, charla afectuosamente con la señora Gallina, que se atavía lindamente con plumas de colores.)

LA GALLINA.—Mi señora Coneja, creedme: no hay como el amor imposible para trastornarnos.

LA CONEJA.—Decídmelo a mí; apenas duermo desde que sé que nuestro amo ha comprado unas coles magnificas para su mesa.

LA GALLINA (Suspirando).—Callad y no

mixtifiquéis... Vuestro amor es puramente material; mientras que en el mío... entra también el espíritu.

LA CONEJA.—Así es vuestra pena mayor: quien mucho ama, mucho sufre.

LA GALLINA. (Recordando la figura de su amado, el Gato del jardín vecino). ¡Ay!

(Pausa prolongada; silencio prudencial.)

LA CONEJA.—¿Y cómo ha sido enamoraros tan perdidamente de Micifuz?

LA GALLINA.—¡He aquí lo que yo no sé! ¡Misterios del alma femenina!... A lo mejor, nos pasamos la juventud prescindiendo del corazón para que reine la cabeza, y a la vejez hacemos el ridículo enamorándonos sinceramente.

LA CONEJA.—Por eso es peligroso amar en tales condiciones.

LA GALLINA.—Es que en amor atrae lo peligroso.

LA CONEJA.—Una llueca de vuestra edad, ¡enamorada como una pollita de

su enemigo más encarnizado!... ¡Amor de paradojal

LA GALLINA.—Quizá sea por eso por lo que le adoro. Antes vivía indiferente, no haciendo al señor Gallo sino el caso debido; pero ahora...

LA CONEJA.—¿Habéis prescindido de poner huevos?

LA GALLINA.—¡Eso, nunca!... Es mi sino. Pero mi alma padece por la hermosura de mi amado.

LA CONEJA.—Veo que sois bien práctica. Dais el cuerpo al señor Gallo y el alma a Micifuz.

LA GALLINA.—Yo bien quisiera dárselo todo al señor Gato; ¡pero no sé qué pensaría él!...

LA CONEJA.—No se lo propongáis. Vuestro platonismo acabaría en tragedia.

LA GALLINA.—Demasiado lo comprendo. Estoy tan gorda y reluciente, que es muy posible no me dejase terminar mi declaración.

LA CONEJA.—Advertidle que estáis con pepita.

LA GALLINA.—¡Jamás! Me desprecia. (Resignada.) Prefiero que me coma: así no saldré nunca de su cuerpo.

LA CONEJA.—(Después de reflexionar.) ¡Oh, querida, no os forjéis ilusiones!...

(Un vientecillo sutil acaricia el rosado hociquito de la señora Coneja. Esta, al arroparse, descubre imprudentemente los seis botones de rosa de su blanca pechuga. La señora Gallina se limpia el pico con la patita izquierda, sacudiendo la cresta muy coquetonamente. Por un momento, la señora Gallina se olvida de sí misma para pensar en Micifuz. El «terrible» es negro como la noche y ostenta unos audaces bigotes donjuanesco; pero tras sus verdes pupilas fulgura continuamente el ansia de regalarse el hocico. La señora Gallina, sumergida en visiones volup-

tuosas que la hacen sentir la nostalgia de su gallo, no advierte que Micifuz, de merodeo, ha saltado la valla del corral y avanza amenazador hacia su platónica enamorada. La señora Coneja, siempre prudente y reflexiva, hace discretamente mutis, arrebuñándose en sus pieles, y la señora Gallina queda a merced de su enemigo.)

MICIFUZ.—¡Miaul

LA GALLINA.—(Con mezcla de pavor y agradable sorpresa.) Micifuz...

MICIFUZ.—(Acercándose más a la señora Gallina.) El mismo. Veo que me conocéis. ¿Acaso me he comido alguno de vuestros hijos?

LA GALLINA.—(Bajando los ojos.) ¡Sietel Pero todo lo olvido por el placer de teneros a mi lado.

MICIFUZ. (Irónico).—¡Más placer tengo yo!

LA GALLINA. (Entusiasmada).—¿De veras?

MICIFUZ.—Ciertamente. Ha tiempo que tenía ganas de pillaros a solas.

LA GALLINA. (Ruborosa).—Tened prudencia. ¿Qué se diría en el corral si pretendieseis?...

MICIFUZ.—¿Forzaros?... No quisiera llegar a ese extremo.

LA GALLINA.—Ni yo. Atiendo a razones.

(Micifuz se relame gratamente, sospechando lo exquisitas que deben de ser las carnes de su interlocutora. Medita un drama que concluiría en un banquete; pero siguiendo su táctica habitual, para que el drama no fracase, toma sus precauciones.)

MICIFUZ.—¿Duerme aún el señor Perro, vuestro odioso vigilante?

LA GALLINA.—Duerme.

MICIFUZ.—(Atusándose los bigotes.) Si es cierto que no os soy indiferente, ¿tendríais valor para huir conmigo?

LA GALLINA.—(Loca de alegría.) ¿Una fuga amorosa? ¡Con toda mi alma la deseo! Pero, decidme: ¿no os cansaríais de mí?

MICIFUZ.—(No, aunque tenéis mucho que comer.) ¡Señora Gallina!... ¡Hay dudas que ofenden!...

LA GALLINA.—Siendo así... haced de mí lo que queráis.

(La señora Gallina se arroja ingenuamente en brazos de su amante. Este enlaza, amoroso, su pata al cuerpo de la señora Gallina, e imprime un ósculo de amor en su cabeza. La pintada se siente desfallecer por tanta dicha, y cierra los ojos para que el gozo sea mayor. Entonces, el diestro Micifuz de un abrazo la deja moribunda. Y con los dientes remata a su cándida amante, que muere contenta, sin proferir un ¡ay! Y Micifuz, cautelosamente, salta con el cadáver la

valla que le separa de su imperio. La tragedia finaliza con la salida del sol.)

EPÍLOGO

(La misma decoración, vista a las doce de la noche. Todo es misterio en el corral. Un espectro con dos patas y pico, se adelanta al lector para decirle:)

EL ESPECTRO.—No améis lo irrealizable. Si lo consiguieseis, sería para vuestra desgracia. Si yo no me hubiera dejado arrastrar por la vergonzosa pasión que fué mi muerte, a estas horas habría puesto ya un huevo. Y menos mal si antes de morir hubiera conocido los encantos del amor imposible. Pero ¡ay!, no ha sido así. ¡Aprended de mí los que soñáis despiertos!

ALVARO RETANA

(Dibujo de José Zamora)



SUSCRIPCIÓN ANUAL 8 PESETAS



NUMERO SUELTO 75 CÉNTIMOS

**¿Sabe Vd. que ha salido
ya el primer número de**

CINEMA ?

Para la suscripción dirijase a la Administración, calle
del Pino, núm. 14, o llame por teléfono núm. 3867 A.

Cuando el amor llama...

JULIO y ANTONIO, amigos desde la infancia, vivían juntos en un reducido piso de las afueras de Madrid. Sus únicas ocupaciones consistían en derrochar todo cuanto les mandaban sus padres para el gasto de su vida y compra de libros de estudio. El piso, aunque pequeño y alto de escaleras, estaba arreglado con bastante gusto y coquetería, pues era *cobijo de sus travesuras juveniles...*

En la buhardilla de la misma casa habitaba un joven, Lucas, con su anciana madre, mujer toda bondad y cariño para con su hijo, su único amor. Lucas, vivo retrato de ella, no vivía más que para hacerla feliz en los últimos años de su existencia, y se dedicaba a su profesión de litógrafo, ocupándose por las noches, para poder estar al cuidado, durante el día, de su vieja adorada.



Era un día festivo, y los jóvenes amigos lo celebraban con una de sus peculiares fiestas. Invitaron a cuantas amistades tenían, derrocharon un «capitalazo» sobre todo en vinos, sin faltar el estimulante champaña...

La madre de Lucas preparaba la cena para su hijo. De pronto oyó gritos en la escalera de la casa y, sin saber lo que ocurría, llamó a su hijo.

—Lucas, Lucas... algo debe suceder ahí fuera. ¿No oyes? Sal a ver lo que sucede, hijo mío...

Lucas, que estaba terminando de leer un periódico, obedeció a su madre.

Y vió... a unos muchachos, bebidos... a una muchacha llorando y forcejeando con ellos... Comprendió que se trataba de alguna mala hazaña propia de los inocuados, y salió en defensa de la atropellada, con todas sus energías. Logrado su deseo de amparar a la joven, Lucas la llevó a su casa y la dejó al cuidado de su madre que la recibió con mucho cariño, y después el noble obrero fué a arreglar las cuentas a los desvergonzados.

—Mi buena señora, gracias... muchas gracias— dijo la joven a la simpática anciana abrazándola.

Y la besó... Y pensó en su madrecita que perdió...

De regreso, Lucas presencié aquel cuadro tan delicioso y sintió un bienestar inexplicable por la dicha presente...

Y la visión dulcísima de un hogar feliz hacía palpar su alma...

Dibujo de C. Maresch

E. MARESCH DE B.



GUERRA

— A LA —

VIDA CARA



≡ CASA

BASTIDA



GRAN BAZAR

— DE —

SASTRERÍA

: SISTEMA :

AMERICANO

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



NORMA TALMADGE



COLA NEGRI EN MONTMARTRE

constituirá un éxito sin precedentes
al que le seguirán

L. Gaumont

Paseo de Gracia: 66
BARCELONA
y sucursales



PEDRO EL GRANDE

obra de gran espectáculo, interpretada por Emil Jannings

EL CAPRICHO DE UNA DAMA

comedia de espectáculo, por el simpático Harry Liedtke, y

EL HUÉRFANO DE PARÍS

Nueva serie Gaumont en 5 jornadas, por los
diminutos artistas Minutiyo y niña Bouboule

Hollywood o La Meca de la Cinematografía

PROGRAMA AJURIA ESPECIAL

PRODUCCIÓN PARAMOUNT

en la que aparecen
treinta estrellas y
cincuenta notables
:: artistas más ::

Exclusiva de SELECCINE, S. A.

I

Nos encontramos en el pueblo de Centreville, en uno de esos pueblos americanos donde existen clubs puritanos que hacen la guerra a las piernas al descubierto de las artistas ya sean de cine o de varietés, y a las costumbres demasiado modernas.

Palace Teatro, antiguamente una taberna, es hoy el salón del arte cinematográfico y punto de reunión de lo mejor del pueblo.

El empresario de ese cine no puede impedir las excentricidades de los miembros puritanos, y se consuela únicamente reconociendo que muchas cosas, que estarían muy bien, suelen caer en el ridículo cuando se llevan a la exageración.

En efecto, todo cuanto se exagera resulta ridículo; por eso son tan ridículas esas madres de familia que han llevado hasta la exageración su afición al cine, y que dejan por lavar los platos.

Asistamos a una parte o parte y media de una película que se proyecta en Palace Teatro el día en que comienza esta ejemplar narración.

Empecemos por decir que se ve lo de siempre, y ya es bastante; pero desarrollemos esto un poco, porque hay varios estilos de «lo de siempre».

Un truhán con cara de buena persona

pretende engañar a una monísima mujer casada. Esta adivina los propósitos infames del bribón, y se defiende, logrando huir de sus garras.

Después, ya renacida la calma, la casadita, que vale un Perú, vive completamente feliz con su esposo, a quien dice, para que la cinta tenga un buen final: «¡Oh, te amo tanto, Ricardito mío!»

Los Centrevilleros (por no denominarlos villanos) siguen el curso de los acontecimientos con verdadero interés. A pesar de ser arte mudo, los más hablan. No falta quien molesta al vecino descarrillando cacahuets con ese ruido particular que se le mete a uno en la cabeza. Hay también parejas... y novios rivales.

En una palabra, como en todas partes. Hay, además, entre el público, una chica de 18 purísimas primaveras, que se llama Angela Whitaker. Declama mejor que nadie en el pueblo. Su sola ilusión es ser artista de cine.

La abuela de la soñadora, que le hace las veces de madre, pues la chica es huérfana, simpatiza con sus ambiciones cinematográficas.

Lem Lefferts, tan pusilánime como buen chico, es novio de Angela, pero el doctor Lucas Morrison le atormenta desde hace algún tiempo, pues ronda a la chica, y se sienta detrás de su butaca para hablarle de cuando en cuando.

Al salir del cine, y en otras ocasiones también, Angela oye con agrado los con-

sejos de sus vecinos para que se dedique al arte mudo.

—Angela, tú debías hacer películas—le repiten todos.

—Sí, ya lo sé—responde ella, convencida.

Pero Angela sigue siendo la misma: una ayuda del hogar.

Este se compone de la abuela y nieta que ya conocemos; del abuelo, Joel Whitaker, un pobre viejo que se halla al final de una vida sin provecho; y, finalmente, de Sara Whitaker, la tía solterona de Angela, encargada del peso más gordo de la casa.

He aquí que un día Angela se lamenta a su abuela.

—Estoy cansada ya de lavar platos.

La anciana, con sin igual ternura, la consuela:

—No te apures, hijita. Día vendrá en que serás una segunda Mary Pickford.

Y la chica hace la consabida respuesta:

—Sí, ya lo sé.

Los ocios de Angela se llenan gratamente simulando impresionar películas.

Un muchacho, con una maquinilla de triturar carne y dos platos pegados a un cartón agujereado, hace de operador.

Angela asume la dirección de los artistas que trabajan en sus producciones: cuatro niños de corta edad.

Ved, en imaginación, qué bien interpretan sus papeles.

En tanto, el abuelo recibe la visita del médico.

Angela ha dejado solos a los niños para entrar en su casa y oír lo que diga el doctor—que es el rival de Lem, que también está en el hogar de su novia, pues le ha traído al abuelo unos pantalones planchados en su taller de plancha, única industria de la ciudad.

Reconocido el enfermo, el médico le dice:

—Le voy a mandar a usted a un país más caliente.

—¿Al infierno?—pregunta el abuelo.

—No, al Oeste.

Angela no puede reprimir una exclamación que le brota del alma:

—¡Hollywood!

Tía Sara dice:

—Eso no puede ser, porque no tenemos recursos para hacerlo.

Se entristece Angela.

Aparte de ella, dice el doctor:

—A mí me gustaría llegarme hasta Arizona y, si Angela fuera razonable, podríamos convertir ese viaje en viaje de boda.

Tía Sara, atenta sólo a la realidad, se apresura a despedir a Lem, que no ha oído las manifestaciones del doctor, para que tampoco oiga la respuesta que Angela ha de dar a la oferta del médico.

Márchase, triste, muy triste, Lem, pero no puede alejarse de la verja de la casa.

A la pregunta de tía Sara acerca del proyecto del doctor, Angela responde:

—Yo no puedo casarme ahora que empieza a brillarme un porvenir. Acompañaré al abuelito al Oeste, a Hollywood.

La abuela comparte la opinión de su querida nieta, y ya, a través de su fantasía infantil, la ve convertida en una solicitada «estrella».

Mientras eso ocurre en la casa, fuera de ella los niños que Angela ha dejado solos, hacen una de las suyas.

El mayorcito de los muchachos prepara una película de verdad, algo del Oeste a lo William Hart: coge una pistola de doce balas, y acicateado por las chiquillas, que le dicen que tiene miedo de disparar, lo hace y la bala rompe una lámpara encendida, se desparrama por el suelo el petróleo contenido en la misma y se prende fuego a la casa, que es de madera.

Los niños, amedrentados, se esconden.

La abuela, para que Angela pueda realizar su cara ilusión, le promete que hipotecará la casa, pero ¡ay! ésta pronto ya no existirá, porque las llamas suben agigantadas hasta la azotea y se extienden favorecidas por el viento en todo lo ancho.

A poco, sólo quedan las cenizas de la coquetona casita, y los habitantes de la misma—que han podido salir, ilesos, a tiempo—las contemplan con lágrimas en los ojos.

Lem cree que es ya de todo punto imposible que Angela se marche... pero se engaña: la abuela, más ilusionada aún que Angela, venderá el terreno, que también es suyo, para que el viaje sea factible.

Angela no se atreve a aceptar el desprendimiento de la anciana.

—No te preocupes, hijita: lo podrás pagar con el salario que ganes en un solo día.

—Sí, ya lo sé.

Y, efectuada la venta, con mucha tristeza por parte de Lem—que adora en su novia—y de tía Sara, y alegría regada de lágrimas de la abuela, Angela sale para Cinelandia a reponer la salud de su abuelo y a convertirse en «estrella» cinematográfica.

El pueblo entero despide a su futura «gloria», y cada cual hace los comentarios que más oportunos le parecen.

¡Adiós, Centreville! Lánzase el tren hacia ignotos horizontes.

Una niña sueña.

Un viejo añora la salud.

De pronto, California... y la estación de Los Angeles.

Se apean viejo y chica.

—Estoy rabiando por llegar a Hollywood para ver artistas de cine—dice Angela.

—Y yo para ver este sol y este buen tiempo tan cacareados.

II

En la sala de viajeros de la estación de Los Angeles.

Un director de escena está esperando

a los artistas que deben marchar con él a las afueras para trabajar.

—Que coloquen todo en el tren—ordena.

Thomas Meighan, rodeado de niños, se desvive por complacerlos a todos.

De súbito, varias caritas graciosas se le acercan. El las saluda con su habitual amabilidad.

—¿Qué tal, Lila Lee? ¿También Gertrude Astor por aquí?... Y viene estrenando un sombrero precioso. No se puede negar que tiene gusto... ¡Caramba, y Hope Hampton!... ¿A qué se debe esta agradable reunión tan de mañana?... Mirad, ahí vienen Agnes Ayres y Mary Astor, que acaban de llegar de Nueva York.

Las tres primeras se separan de Meighan y saludan a sus dos amigas recién llegadas.

Angela está perdida entre tanta gente. No sabe a dónde debe ir. No reconoce a nadie.

—Espera a que compre un plano de Los Angeles, para que veamos hacia dónde está Hollywood, y podamos ir cuanto antes.

Se dirige a la biblioteca de la estación, y pregunta:

—¿Tiene usted un plano de la ciudad?

—No hay, señorita.

Thomas Meighan se presta—sin que ella le reconozca—a indicarle dónde está Hollywood, y hacia ese dorado sitio se dirigen ella y su abuelo.

—Vamos, señoritas, vamos ya—ruega el secretario del director de escena a Lila Lee, Gertrude Astor y Hope Hamp-



No sabe a dónde debe ir. No reconoce a nadie.

(Angela Hope Drown.)

on, que siguen hablando con Agnes Ayres y Mary Astor.

Como no obedecen, Will Rogers se encarga de echarles un lazo al cuello y así las obliga a pasar al andén, para subir al tren.

Ya estamos en Hollywood. Precioso panorama. Digna ciudad de ensueño.

El Hotel Hollywood es magnífico bajo todos conceptos.

En él van a hospedarse Angela y el abuelo.

Hay aquí algunos artistas.

Baby Peggy dice a Charlot, sin bigote, o sea, a Chaplin:

—Dinkey Dean y yo estábamos hablando de usted. ¡Nos hace usted reír tanto!

El simpático bufo sonríe y contesta:

—Y tú me haces también mucha gracia, Baby Peggy. Eres toda una artista.

Una señora se acerca al genial cómico.

—Quiero estrechar su mano, señor Chaplin. ¡Disfruté tanto con su última película!

Fritzi Ridgeway recoge su correspondencia.

Un joven pregunta al propio Charlot:

—¿Dónde podría yo encontrar al señor Chaplin?

—Pregúnteselo a William de Mille— responde aquél.

El joven repite la pregunta al director de escena en cuestión, a quien Charlot le hace una seña para que mande a aquél a paseo.

Pero De Mille lo envía otra vez a Charlot, para que éste le dé mejores indicaciones.

Luego, William de Mille dice a un operador:

—Vaya a ver si Owen Moore ha terminado de almorzar.

Aparece Eileen Percy, dispuesta a trabajar.

Owen Moore también se presenta al director, y todos se disponen a ir al campo, a aprovechar el tiempo.

Angela empieza a lamentarse:

—He sufrido un gran desengaño, abuelito. Creí que encontraríamos artistas por

todas partes y resulta que no hemos visto a ninguno.

El secretario de William de Mille confiesa a éste que ha fracasado en la misión que le había encomendado.

—No me diga que no encuentra usted el tipo. Hay miles, rodando por ahí, que podrían hacerlo— responde el director.

Angela y el abuelo se encuentran en la terraza del hotel. La primera, que es quien administra los fondos entregados



Owen Moore

por la abuela, hace cálculos y no le salen las cuentas. Por tal razón, se pone al enfermo lo que va a hacer:

—Abuelito, esto es demasiado caro. Voy corriendo a un estudio cinematográfico a buscar trabajo para empezar hoy mismo.

Apenas Angela se aleja de su abuelo, William de Mille se fija en la cara del anciano, y le dice a su secretario, reprochándole su poca actividad:

—Ahí lo tiene usted; ese viejo actor es el tipo que necesito. Contrátele.

El secretario obedece, y pregunta al abuelo:

—¿Está usted trabajando?

—¿Yo? ¿Trabajar yo?...

—Usted nos conviene. Venga con nosotros. Vamos al campo.



J. Warren Kerrigan



May Mac Avoy

—(¿Al campo? Esto será bueno para mí)—dícese el viejo, y se deja arrastrar por los «tiranos» hasta un autotocar rebosado de artistas.

Angela se dirige a un grupo de varias personas, dos de ellas Luisa Wilson y J. Warren Kerrigan, recibiendo felicitaciones por su última producción, y pregunta:

—¿Podrían ustedes decirme dónde está el estudio de Lasky?

Luisa Wilson, la deliciosa ingenua, se encarga de complacer a Angela.

—Mi *chauffeur* regresa ahora allí con el coche; puede usted ir con él.

Así lo hace Angela, y al poco rato se apea ante el estudio; el festivo Walter Hiers la tomaba por la misma Wilson y se disponía a piropear rendidamente su belleza, y se lleva chasco. El conserje del estudio detiene a la intrusa.



Jack Holt y May Mac Avoy, la compadecen con la mirada

—Señorita, no se permite la entrada a visitantes.

—Ya lo sé. Yo vengo a trabajar.

—Entonces, tendrá que ver al señor Goodstadt, el jefe del reparto. Es allí.

Jack Holt y May MacAvoy comprenden que Angela es una pobrecita equivocada, y la compadecen con la mirada.

Angela llega hasta la oficina del aludido jefe en cuya antesala esperan muchas artistas sin trabajo o neófitas con ansias de él.

—Oiga, deseo hablar con usted.

—Espere...

—Oiga...

—Señorita, déjeme telefonar en paz.

—¡Ah! Dispense...

—Diga, ahora, lo que sea...

—Soy una futura estrella. No tendría inconveniente en empezar hoy mismo...

—No hay nada, de momento.

—Es que yo quisiera emplearme en seguida...

—Pero, es que no necesitamos a nadie actualmente; de todas maneras, le tomaré el nombre y la dirección.

—Usted no me entiende. Yo deseo empezar a trabajar ahora mismo.

—Es inútil que insista, señorita. Deme



... los cómicos rivalizan en pitorrearse de la ilusa.

su nombre y su dirección, y ya veremos si más adelante hay algo.

—Me llamo Angela Whitaker; hotel Hollywood.

—Ya está. Adiós, señorita.

Al ir a salir de esa oficina, una mujer, de cierta edad, pregunta a Angela:

—Recién llegada, ¿no es eso?

—Sí...

—Le costará un poquito, hija mía; pues incluso los actores conocidos no tienen trabajo seguido.

Otra mujer, ésta joven, inquiere a su vez:

—¿Hay algo ya, Ojos Tristes?

—No...

—¿No?... Pues vamos hasta el estudio de Christie, a ver si allí hay algo que hacer...

En el estudio de las Comedias Christie.

Varios cómicos se hallan a la puerta de la administración. La acompañante de Angela, que es una artista sin trabajo, la presenta, pues ella los conoce a todos.

Y los cómicos rivalizan en pitorrearse de la ilusa, destacando el popular «bizco».

Angela se molesta un tanto, pero la desconocida interviene.

—No les haga caso; se creen graciosos y con derecho a reirse de todo el mundo.

Ya en la oficina de contratación, el jefe pregunta a la artista sin empleo:

—¿Sabe usted nadar?

—¡Hombre, qué gracioso!... Ahora que acabo de gastarme mi último penique en rizarme el pelo...

Como Angela tampoco se mantiene a flote en el agua, del estudio Christie pasan ella y su acompañante a la ciudad de la Universal. Van allí en el pescante de un camión que conduce camellos.

Ya están a destino.

—¡Caramba, si es Joé Martín!— exclama la acompañante de Angela, estrechando la *mano* al célebre imitador del hombre.

El jefe de la contratación de personal pregunta a la artista sin trabajo si es buen jinete.

—¡Las veces que he substituído a William Hart!

—Entonces pase, que hay algo.

—¿Y mi amiga?

—¿Sabe usted nadar, hacer esgrima, guiar el auto, o conoce los bailes clásicos?

—No sé nada de eso.

—¿Pues si no tiene ninguna habilidad especial, cómo cree usted que puede hacer películas?

—Le diré... siempre me han dicho que... que... soy muy bonita.

—Mire hacia ese lado.

Angela lo hace, y contempla una serie de rostros perfectísimos, adorables, de otras tantas mujeres sentadas, en espera de un trabajo cualquiera, en un banco... que podría llamarse de la paciencia.

—Precisamente, lo que sobran son muchachas bonitas. Las calles están llenas de ellas.

Entretanto, en Centreville, la abuela y tía Sara viven del trabajo que Lem les ha proporcionado interesándolas en su negocio de planchado.

Tía Sara se lamenta de que la abuela haya dado a Angela todo el dinero, pues ellas han de trabajar como negros.

Pero la anciana, optimista, no se



El Fracaso para Angela ha sido muy doloroso

arrepiente de ello, y le dice a su hija:

—Tú no tienes en cuenta que Angela nos pagará con creces todos estos sacrificios. Le bastará con el sueldo de un día.

Pero...

El Fracaso para Angela ha sido muy doloroso.

De regreso en el hotel, se retira a su habitación, descalza sus pobres pies tan rendidos de fatiga como su corazón de pena, y llora con desespero sobre el lecho.

Y...

El Éxito para el abuelo ha sido ruidoso.

Ha impresionado películas con Eileen Percy. Ha quedado muy bien. Hasta parece que haya rejuvenecido.

Por la noche, de vuelta al hotel, el abuelo encuentra llorando a su nieta.

—¿Qué es eso, Angela?

—¡Oh, abuelito, es inútil, lo he recorrido todo y no hay manera de hacer películas!

—Pues yo, las he estado haciendo todo el día, y tengo trabajo para muchas semanas.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo se las ha arreglado usted?

—Pues mira, mi viejo tapabocas llamó la atención. Uno me dijo que con él haría una fortuna. Y todos los días me entregarán un cheque de quince dólares como este.

—¡¡¡Ah!!!

.....

Unos días después.

Asegurado su éxito, el abuelo Joel se traslada a un chalet del barrio de artistas, donde Angela pasa el rato charlando con los vecinos.

Ahora es cuando vamos a conocer a otro iluso, medio loco, Horacio Pringle, que acaba de salir de la Academia de escritores de argumentos con sobresaliente y diploma.

—¡Oh, madre mía, qué contento estoy! Ya me han examinado y tengo el diploma. Ahora, ya no tengo que hacer más que escribir argumentos de películas y venderlos.

La venturosa madre lee:

Academia Spencer de Autores
de Argumentos

□ □

DIPLOMA

A favor de Horacio Pringle, que una vez examinado presenta méritos suficientes que le permiten escribir: argumentos para películas dramáticas, series y toda clase de literatura anexa a cinematografía.

Alfred Mosher,
Secretario

Oscar P. Spencer
Presidente

—Ahora debes hacer amistad con gente del cine, hijo mío. Esa gente que ha tomado el chalet de enfrente trabaja en el cine. Mira, esa es ella.

Horacio vé a Angela, la saluda, ella le corresponde, y va a enseñarle el diploma.

—Con esto y mi talento, ya no puedo pedir más, ¿verdad, señorita? Ya tengo hecha la mayor parte de mi primer argumento, titulado «La Mano Vengadora».

—¡Ah! ¿Y eso qué es?

—¿No sabe usted lo que es un argumento? ¿Pero, no es usted una estrella del cine?

III

Angela llora sentada en la escalerilla de mármol que conduce a su chalet. A su lado está el autor diplomado. Ella le cuenta su odisea. Se apiada él, y le dice:

—Usted es exactamente igual a la heroína de mi argumento.

—¿Yo?

—Siempre está llorando, desde que empieza hasta que termina. Seremos buenos amigos. Puede que yo la haga subir. Ya verá, ya verá. Usted lllore, lllore mucho, que eso es lo principal para hacer una creación del papel de mi heroína.

Hasta luego ¿eh?

Unos minutos después, un *chauffeur*, trae a Angela una caja con una carta:

—Para la señora—dice.

Se trata de un error.

En efecto, Angela lee el escrito:

Madame Duprés:

Tenga la bondad de hacer sujetar la cola a la cintura de este vestido y devolvérmelo a casa esta tarde.

Gracias.

MARY PICKFORD

La señora Duprés debe ser una de sus vecinas, pero Angela no sabe cuál, y ella misma cumple el encargo de la



Mary Pickford

deliciosa Mary, para ir a entregárselo, poco después, personalmente, a Pickfair, el hogar de «la muñeca del mundo».

La recibe la propia interesada.

—¿Pero usted es realmente Mary Pickford?—pregunta embabiecada Angela.

—Sí, soy yo, señorita.

—Es la primera vez que veo una estrella.

—Entonces también le gustará ver al señor Fairbanks, ¿verdad? ¡Eh, Douglas, haz el favor de salir!

Y Angela ve también al popular artista.

Entretanto, el autor diplomado intenta vender el argumento de su película «La Mano Vengadora». En la oficina ha leído el artículo XXI del reglamento, que dice:

Sea cual fuere el procedimiento, lo interesante es que el título del argumento vaya a parar a la vista del Productor de Películas. El título es el todo. Un título corto, atrayente, da muchas veces salida al argumento. Si el título llama la atención del productor, pocas veces se preocupa éste en leer la obra.

Decidido a seguir al pie de la letra las observaciones del reglamento, el literato, con más ilusión que talento, consigue, con propinas, hacer llegar al director tres tarjetas en blanco con el título de «La Mano Vengadora».

—Así se le meterá el título en la cabeza y cuando menos me espere ¡bum! me presento y vendo el argumento—opina el autor.

En cuanto al abuelo, ¡vaya con él!, se divierte de lo lindo.

Vedle jugando al golf como los mejores, con T. Roy Barnes, Sigfrid Holm-



Douglas Fairbanks

quist y Leatrice Joy. Es el mejor de los cuatro.

A poco se despide de ellos, pues le está esperando Nita Naldi para tomar el te.

De regreso, el abuelo, a su chalet, hasta cuya puerta le acompaña en auto la

bella Nita, Angela se sorprende al verle vestido como los buenos ingleses, y se lamenta de que le vaya saliendo conquistador.

Por fin, en Centreville se reciben noticias de Angela.

La pobre se ha determinado a decir la



Leatrice Joy

verdad de su desilusión, pero ello le ha costado mucho trabajo

Dice su carta, que la abuela y la tía devoran con los ojos:

No tenéis idea de lo desgraciada que soy; por más que he intentado... pero... Abuelito (oh, es terrible)... Estoy desesperada; si a lo menos estuvierais vosotras aquí...

Un abrazo de

ANGELA.

La abuela se sobresalta, pues como la tía, interpreta mal el sentido de la carta de Angela, y exclama:

—¡Lo que yo me temí: Joel está muriéndose! Lo vendo todo, y nos vamos a Hollywood.

Lem, el novio de Angela, que conserva para ella muy entero su corazón, se presta a acompañar a las señoras.

Por la noche, en el tren, tiene una pesadilla atroz, y los pelos se le ponen de

punta. Sueña nada menos que Hollywood es un ogro que se come vivas a las pobrecillas criaturas que ilusionadas se aventuran hasta él. Angela ha sido una de esas criaturas. El quiere ir en su defensa, pero en el estómago del ogro hay un palacio, Angela es convertida en una esclava más del magnate, y a pesar de sus esfuerzos Lem no consigue más que ir a parar de cabeza al agua de una piscina donde se bañan las bayaderas.

Al despertar aun parece que dure el sueño, pues a un vecino de cama se le ha reventado la bolsa del agua caliente y el líquido baña la cabeza y el rostro de Lem.

IV

Es Domingo de Pascua.

El abuelo tiene compromiso con unos amigos para jugar una partida de golf.

El autor no ha cesado de hacer llorar a Angela, para que sepa interpretar perfectamente el papel de protagonista de su película.

Angela y el *literato* se dirigen a la espléndida capilla—en plena naturaleza—de Hollywood, donde oficia un pastor evangélico.

Al día siguiente, el terceto de Centreville llega apesarado y dispuesto a verlo todo negro.

—¿A qué atribuye usted su éxito en las películas, señor Whitaker?—le pregunta a éste en su chalet la corresponsal de los artistas de Hollywood del *Morning Telegraph*.

El abuelo, sencillamente estupendo en su simplicidad, responde:

—Pues le diré... Mi figura, mi natural simpatía... temperamento artístico...

Suena el timbre del teléfono.

—¡Quién!

—Cecil de Mille tiene un papel para usted, señor Whitaker. Mandaré el coche inmediatamente.

—*All right*. Añada a sus apuntes, señorita, que acabo de ser contratado por

el eminente director de la Paramount, Cecil B. de Mille.

El terceto de referencia ve a un joven con unas flores, y la abuela, que se ha vestido de luto, se imagina que son para su marido, pues ya se hallan cerca del chalet donde él vive con Angela.

Pero no... Son para George Fawcett, quien indica a los pueblerinos donde vive el abuelo.

Llegan a su presencia en el momento en que él despide a la corresponsal.

Como el abuelo viste a lo turco para estar en casa, la hija se cree que está chiflado o poco menos, y le invita a que se acueste.

El abuelo se ríe y, apresuradamente, los abraza con efusión, y les dice:

—Estáis en vuestra casa, queridos; yo tengo otro trabajo en el Studio hoy. No he parado desde que llegué. Angela debe estar por ahí, buscando algo, y no puede tardar.

—¡Pero Joel, qué guapote estás!— exclama la abuela.

—Ya nos veremos. Adiós, ahora.

Mientras el abuelo se dirige al Studio, su familia pasa revista a su casa.

La tía se enfurece al ver algunas fotografías dedicadas por mujeres a su padre—al contrario de la abuela, que sabe algo más de cine—y clama:

—¡Voy a sacar a mi padre de este infierno, aunque tenga que agarrarle por el pescuezo!

Como sabe al Studio que ha ido, sale en su busca, y lo encuentra hablando con el propio Cecil de Mille.

—Sígame, padre. Basta ya de farsa. ¡Le he dicho que andando!

—¡Admirable, admirable!—aplaude de Mille. Usted es la mujer que yo necesito.

—¿Qué es eso? ¿Intenta usted coquetear conmigo?

De Mille se explica. A él le interesa la hija de Joel porque necesita una mujer, para trabajar con él, que tenga genio y sepa dominarle. Ha de representar una esposa que lleva los pantalones del marido. Por su trabajo, le pagará 15 dólares diarios y se le propor-

cionarán los trajes y un auto para ir al Studio y regresar a su casa.

La tía concede a su cerebro un poco de reflexión, y acaba ¡cómo no! por aceptar. La secretaria de De Mille dice que también haría falta una viejecita de cara apacible, en calidad de suegra, para que contraste con la víbora de la nuera, y el abuelo ofrece los servicios de su mujer.

De Mille le contesta:

—Es un papel sin ninguna importancia, pero hágala venir mañana, y veremos.

Todos tienen más suerte que Angela, que acaba de probarla en la última casa de películas. Le han preguntado si tenía práctica. Ha contestado que sí... y no le dieron trabajo porque necesitaban gente sin conocimiento alguno de la escena muda.

Después de esto, es inútil seguir buscando.

Al día siguiente, toda la familia se dirige al Studio, menos Angela, naturalmente, y menos Lem, que se ha hospedado en una casa de huéspedes desde que viera, la víspera, a su amada llorando a causa de su amor por el *literato*, a quien rogaba—por otro motivo, claro, que el del amor—que no la abandonase a su dolor.

Angela despide a los suyos con gruesas lágrimas.

El *literato* lo ve y se acerca a ella:

—No seque usted esas lágrimas; son colosales. Vamos a la playa, lejos de todo el mundo, y estudiaremos mi argumento hasta llegar a perfeccionarlo.

He aquí la pintoresca playa de Hollywood.

Angela y el *literato* se sientan sobre la arena, defendiéndose del sol con un paraguas.

Lem los ha seguido hasta allí, y antes de dar con ellos comete la torpeza de interrumpir una plática entre Anita Stewart y su hermano, lo que le vale un «susto».

Cuando al fin descubre a su novia con el rival, se detiene a escuchar lo que dicen debajo del parasol, y oye la voz de Angela:

—¡Haré lo que me pides, porque... porque mi amor hacia ti me consume, y tú lo eres todo para mí!

—¡Ah, le ama con delirio!—exclama



Anita Stewart

Lem, sin comprender que su novia hace comedia.

Y se marcha dispuesto a vigilar a su rival, por si maltrata a Angela castigarle.

Pasan los días, pocos, es cierto, pero ya la familia *au complet* de Angela tiene trabajo seguido asegurado.

Es la fortuna jamás soñada.

Todos hacen lo posible por consolar a la decepcionada muchacha.

El abuelo, para distraerla, la invita a ir con él, al día siguiente, a comer en casa de Pola Negri, que da una fiesta en honor del director del Studio.

Angela enterada de esto al *literato*, y el iluso autor dice a la ingenua llorona:

—¡Ahora ha llegado el gran momento!

Mañana representaremos una escena de este argumento durante la comida. Y entonces, ese gran director verá como usted puede representar y como yo sé escribir. ¿Comprende mi idea? Yo penetraré en el comedor y, con acento dramático, diré: «Algún maldito perro tiene

a mi mujer aquí, y ahora sentirá sobre sí la mano vengadora.» Entonces, usted se levanta y corre hacia mí gritando:

«¡No, no, no, eso no! ¡Soy inocente, soy tan pura como la blanca nieve!» Y se echa usted a llorar, y venga a llorar y vengan lágrimas. Al encontrarse usted con el Director, procure entregarle esta tarjeta; yo haré lo posible para que reciba alguna más durante la tarde...

—Conforme. A ver si todo sale bien.

—Insuperablemente. Ya lo verá usted.

Al día siguiente por la tarde, la comida en casa de Pola Negri.

El director ha estado recibiendo muchas tarjetas, en todos sitios: en su oficina, en el campo de tennis, jugando con Jacqueline Logan, con el nombre de «La Mano Vengadora», y por cierto que esto—según él—pasaba ya de castaño obscuro.

Angela es quien ha colocado una de esas tarjetas en el puesto del director, a cuyo lado está sentada en la mesa.



Jacqueline Logan

Kosloff baila con otra artista, y lo hace muy bien,

Felicitale Pola. A continuación, la dueña de la casa cede la palabra al homenajead. Este se levanta y habla.

—Debo agradecerlos vuestra inapre-

cialable colaboración, pues sin el artista no tendríamos películas... pero tampoco debemos olvidar la frase inmortal del imperecedero Shakespeare: «La obra es lo importante».

De pronto, interrumpiendo al orador,



Viola Dana

aparece el medio loco *literato*, revólver en mano, disparando al aire.

Se desmayan algunas artistas al grito del autor de:

—¡Alerta, la mano vengadora!

Los hombres, a pesar de ser hombres, no pueden menos de tomar precauciones y se esconden debajo de la mesa. En película son todos unos héroes, pero en la vida real no escasea el canguelo ante un cañón humeante.

—¡Algún maldito perro tiene a mi mujer aquí!—prosigue el autor.

Angela, azorada, *tropieza* con su papel y cambia la frase que debía decir por esta:

—¡Soy tan nieve como la pura blanca!

—¡No, no, plancha!—grita el de La Mano Vengadora.—¡Ha metido usted la pata!

Y se tira de los pelos con más furia que Viola Dana en ciertas películas.

Lem aparece también, pues seguía los pasos del *literato* enfermo, y lo separa

de Angela con la amenaza de levantarle la tapa de los sesos con su revólver cargado con bala y con celos, que es lo peor.

Huye el autorcete.

Renace la calma. Vuelve en sí Betty Compson.

El Director llama a Lem y le da las gracias por su oportuna intervención, con la que ha conseguido quitarse de encima al peligroso tío de los argumentos.

Y de acuerdo con William S. Hart, que está allí también, el Director le dice a Lem:

—Muchacho, si tiene interés en hacer películas, pase mañana por mi oficina.

Sólo esto le faltaba a la pobre Angela para convencerse de que ella no había nacido para peliculera, pues cuando a todos les salía todo a pedir de boca, ella... se quedaba con las ganas.

Algún tiempo después, en Centreville se exhiben películas de todos los Whitaker y Lem, menos Angela.

El doctor, casado con otra, compadece



Betty Compson

íntimamente a la ilusa, juzgándola muy desgraciada.

Pero un día, ve en el cine el casamiento de Angela con Lem, y ese acontecimiento constituye en Centreville el tema de todas las conversaciones durante un mes.

* * *

Un año después.

Angela ha tenido un par de gemelos.

Lem, el abuelo, la abuela y la tía, son unos señores artistas, con casa propia, auto propio y *chic* propio.

El autor... es recadero del Studio. No ha podido llegar a más, a pesar de «La Mano Vengadora».

Hasta los niños de Angela, que aun no pronuncian conscientemente «papá» y «mamá», trabajan en películas, y cobra la madre quince dólares diarios por los dos.

Y un loro, inclusive, gana dólares en la pantalla. Por él percibe Angela tres dólares al día.

—Todos pueden hacer películas menos yo—se lamenta Angela delante del autor derrotado.

—Puede usted estar contenta de no

tener que hacer películas—le responde él.

Y, como siempre, en una suprema renunciación a su más caro ideal, esta vez Angela suspira:

—Sí, ya lo sé.

Sólo sus hijitos le compensarán los sinsabores de su lucha en vano por alcanzar la meta de su fantasía... fantasía forjada en su espíritu soñador por su temperamento romántico, y en gran parte, por el acicate de sus vecinos de Centreville que la llamaban bonita y futura estrella cinematográfica.

Aprended de esta moraleja, cabecitas juveniles, si alguna vez ha pasado por vuestro pensamiento la idea de ser lo que son vuestros ídolos mudos.

La vida tiene muchas amarguras aunque oculte sus muecas de dolor bajo el antifaz de la dicha.

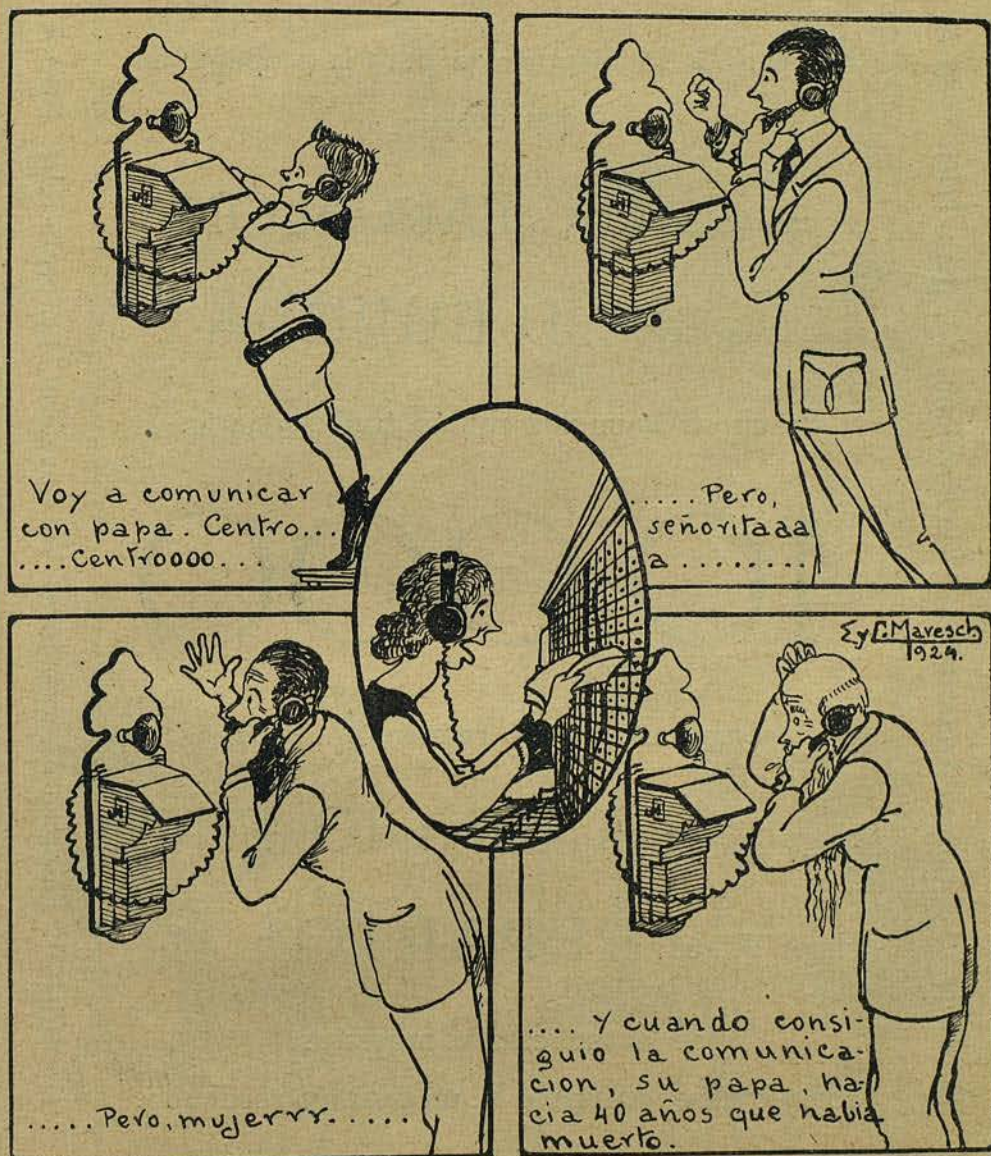
Unos labios que sonríen... tienen a veces unos ojos que lloran.

Producción Paramount

Exclusiva de Seleccine, S. A.

Programa Ajuria Especial





¡No malgaste V. su dinero en publicidad improductiva!

“BARCINO” Empresa Anunciadora. - Vía Layetana, 12, pral. - Teléf. 4948-A

Ponemos a su disposición para la propaganda
que desee

el campo del F. C. BARCELONA

el campo del C. D. EUROPA

de cuyos anuncios somos concesionarios

40.000

compradores se reúnen en ellos

Haga V. un ANUNCIO FIJO

Haga V. sus REPARTOS

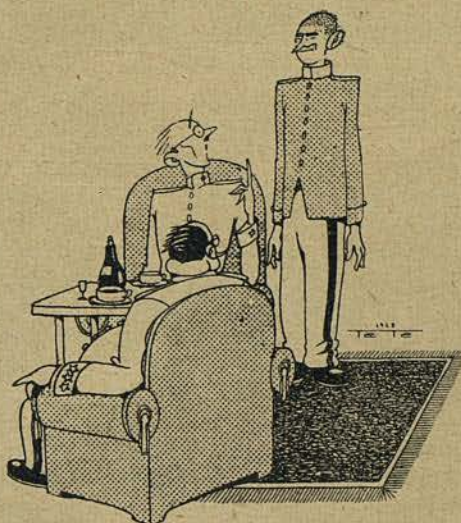
de prospectos o muestras,
como quiera, obtendrá V. un positivo resultado.

“BARCINO” Empresa Anunciadora. - Vía Layetana, 12, pral. - Teléf. 4948-A

¡No malgaste V. su dinero en publicidad improductiva!



—Y ahora tú ¿a qué te dedicas?
—Yo, pues, soy litógrafo.
—Y aquél ¿qué hace?
—Nada...



COMANDANTE. — Tráeme una caja de puros que hay en la mesa despacho...
ORDENANZA. — ...Escondida en el tercer cajón ¿verdad?
COMANDANTE. — ¿Cómo los has encontrado?
ORDENANZA. — Muy buenos, mi comandante.



¡Mi madre!!



—¿Y es usted feliz, don Rafael?
—Usted me falta, señora...
—¿Yo? ¿Y en qué le falta yo?
—¡No! Digo que usted me falta... para serlo

TIME IS MONEY!
TÉCALÉMİT
 ES ORO!



LUBRIFICANTE
TÉCALÉMİT



Botes especiales (patentados)
 para llenar las bombas
 automáticamente

Engrase a alta presión
TÉCALÉMİT

AGENTE EXCLUSIVO PARA ESPAÑA

P. CAMPÁ

Provenza, 255

Barcelona.



Equipos desde
 Ptas. 60.-
 Adaptable para
 cualquier mar-
 ca de coche.

Adoptado por el 85%
 de los construc-
 tores de Au-
 tomóviles
 Su presión de
 80 Kg. por Cmc.
 limpia y engrasa

FILTROS VISIBLES
 PARA BENCINA
TÉCALÉMİT



ENGRASADOR
 A BOLA DE
 OBTURACIÓN



Tipo Carburador

La belleza deformada



Es incomprensible.

Nuestras lindas doncellas se deforman sin compasión para sí mismas... ni para los demás.

El verano o lo que sea, ha transformado a nuestras gentiles flores de primavera en cuadros ambulantes más o menos finos.

El maquillaje está a la orden del día... La coquetería ya no es esa encantadora condición espiritual que daba el cetro del mundo a la mujer. La coquetería está hoy desconocida.

Antaño podíamos admirar a nuestras palomitas blancas tal como salían del nido del hogar. Daba gusto contemplar la belleza natural de unos ojos enloquecedores, el encanto de un rostro aterciopelado, la suavidad de unos labios incomparables, el modelado cuerpo envuelto en sencillos atavíos... y el candor adorable de las novias...

Hoy ya no se advierten todas esas gracias más que por rara casualidad.

Y es lástima, en verdad, porque el mundo, queriendo embellecerse, se deforma grotescamente.

Hay dos clases de mujeres... y las mismas mujeres se están empeñando en querer que estas dos clases se confundan.

¿Qué cálculo más desastroso es ese?

Hasta hace poco, una mujer con afeites sabido era a qué condición moral pertenecía...

Hoy, hasta las tobilleras tan remonísimas, capullitos perfumados de nuestro jardín, se deforman la belleza, pronunciando, con marcada insinuación, el seductor atractivo de sus líneas...

Y la visión repetida y constante de esculturas «artísticas» con colorete causa un trastorno a los hombres, incluso a los mejores...

Las niñas de hoy, encantan...

Esos labios tan chillones son irresistibles...

Las mamás sonrien...

La voluptuosidad acecha...

Y no hay belleza positiva.

Y los hombres que queremos casarnos, vacilamos en la elección...

Clara nos parece preciosa... Luisa admirable... Margarita sugestiva... Leonor una gran dama... Guadalupe estupendamente «chic»...

Pero nosotros queremos una niña de dulce mirar, de labios prometedores de canciones de amor, de poesía llena...

Y no la encontramos ¡ay!, y amamos, como la amaríamos a ella, a las gentiles protagonistas de las novelas románticas que los buenos nos legaron.

Este es el único consuelo que nos queda.

¡Mujeres, diosas de nuestras vidas, apiadaos de nosotros!

(Dibujo de Conrado)

RODOLFO DE LA ORLA

¡Todos propietarios!

Solares De Todas Dimensiones.
Gran Emplazamiento.
Precios Sin Igual.

Desde **65** cts. Palmo.

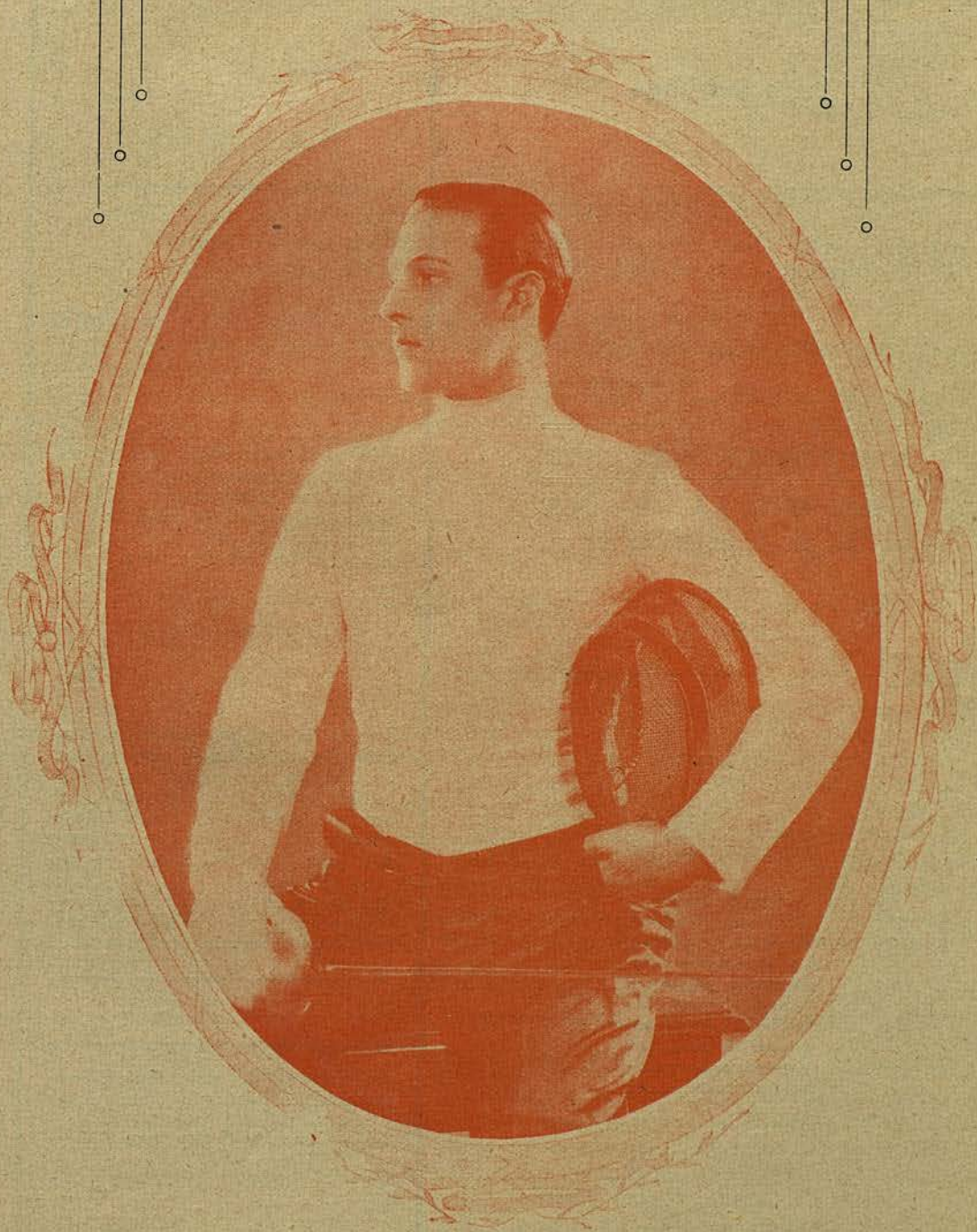
**AL CONTADO
Y A PLAZOS**

Diríjase V. Hoy Mismo
a Vía Layetana, 57, 2.º, 1.ª


¡Compre El Solar De SU Casa!
¡Realice V. Este Ideal!



GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



RODOLFO VALENTINO

 Usad los productos

ROSINA

para las uñas

Esmalte Rosina

en tres tonos: blanco, rosa, rojo.

Agua quita esmalte

Mata pieles

Coralina

para colorar las uñas.

De venta en todas las Perfumerías y Droguerías

Depósito: UNITAS, S. A. - Librería, 23

B A R C E L O N A

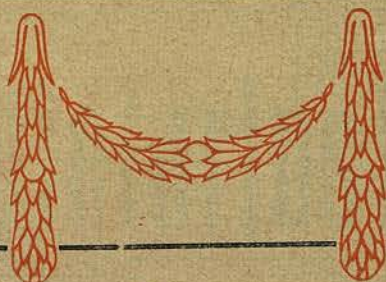
**Sobrinos de López
Robert y Comp.^a**

IMPRESORES

Trabajos de fantasía y comerciales :: Documentación y billete para ferrocarriles y espectáculos públicos :: Carteles al cromo : Especialidad en los de corridas de toros, teatros, empresas marítimas, anunciadoras, etc.



Conde del Asalto, 63-Tel. 460-A
BARCELONA




CALVICIE

Si es usted calvo, si se le cae el pelo, si lo tiene débil, seco o quebradizo, si tiene placas, si siente picazón, si tiene caspa, si tiene como una especie de cubierta grasienta sobre la piel del cráneo o pegada a los cabellos, use

**VEGETAL
ANDINO** 

que, a la vez que limpia y perfuma, es un poderoso regenerador del cabello, vigorizador del bulbo piloso, antiséptico poderoso del cuero cabelludo, estimulante enérgico de las raíces enfermas del pelo que tonifica y cura.

 Es de una eficacia única e insuperable, por lo que está reconocido superior a todo cuanto existe.

: Frasco, 6 pesetas :

En Centros de Específicos, Droguerías, Perfumerías y Peluquerías

— DEPÓSITO —

Fernando, 41 - Barcelona

LO QUE SIENTO YO



oy casi anónimo, pero no me cambiaría por el más famoso literato del mundo... Sí; no ignoro la fábula del zorro y las uvas verdes...

Me gustaría ser célebre, famoso, llegar a merecer tanta gloria, que mi seudónimo escrito en letras de oro quedara grabado en los mármoles de la inmortalidad.

¿Puede darse más ingenua confesión de una ambición loca?

No es pues falsa modestia o torpe fanfarronería lo de que no me cambiaría por el más conocido literato.

Es que yo quisiera ver colmadas mis pueriles aspiraciones de gloria intangible, desarrollándome en el plano sobre el cual vuela mi fantasía... redactando leyendas para las películas cinematográficas.

Sí; yo disfruto más que el novelista, o el autor dramático o escritor de artículos periodísticos.

El novelista registra gozoso un éxito artístico-comercial de librería, o de prensa el periodista, gustando el placer de sentirse conocido, admirado por millares de entusiastas anónimos...

El autor de obras teatrales saborea las palmas ruidosas de sus admiradores, ve vivir sus personajes, gusta los néctares embriagantes de la triunfal salida al proscenio...

...Yo disfruto más.

Oculto en una butaca perdida en un rincón del aristocrático salón de moda, me ensimismo deliciosamente en la sombra, me espiritualizo en el silencio... las suaves notas de la orquesta regalan mis oídos brujamente, produciéndome una voluptuosidad que hace correr por mis nervios sensaciones heladas... en la pantalla unos seres flúidos que yo no he creado pero que he interpretado, dicen y sienten lo que yo concebí... Experimento a un tiempo los goces del autor y del actor... del que crea y del que interpreta... Y cuando la sala queda más oscura porque una leyenda opaca de fondo y brillante de letras... ¡oh mis letras!... apareció en la pantalla, entonces mayor silencio si es posible guardan mis semejantes. En aquel momento preciso todos leen y sienten lo que yo escribí... y una corriente magnética recorre todo mi ser y a veces hasta lloré de emoción...

También gusto, como el sibarita que saborea los manjares fuertes, de asistir a la proyección de «mis» películas en pueblos diminutos donde se siente más inocentemente y por tanto con mayor exteriorización.

Yo soy entonces para los espectadores el Coro de las antiguas farsas del teatro clásico, yo les guío, yo subrayo, yo les hago sentir... y desde mi silla, diluido en la sombra, cuando en la pantalla aparece una leyenda mía, las almas pueblerinas y francas leen casi en voz alta, cierro los ojos, y a mis oídos llega confuso y sublime un murmullo embriagante... que a veces enloquecido por la sensación, llega a antojárseme un rezo.

RENZO

95

Pasó ya a la historia el teñir en casa haciendo hervir la ropa en el baño



Con el maravilloso

CITOCOL

 de Brauns

se tiñe hoy en casa, *en frío y en pocos minutos* mucho mejor que
con cualquier otro tinte

EN VENTA EN TODAS LAS DROGUERÍAS DE ESPAÑA



FABRICA DE SOMBREROS DE SEÑORA
ARTÍCULOS PARA LA CONFECCIÓN DE LOS MISMOS /

MODAS

MANUEL DE LA CRUZ

BARCELONA

CARDENAL CASAÑAS, 12

TELÉFONO 4136

CANTO NUPCIAL

INVOCACIÓN

«No permítas que se rompa el hilo mientras yo tejo mi canto ¡oh Diosa!»

Cerca del atrio de la iglesia se agrupan los parientes y los curiosos con caras de bausanes. Asoma el sacristán, y una vieja, bizca y gruñona, hace un aparte:

—En mis tiempos...

Es un buen día; no tiene de malo sino que se parece a los que ya se fueron y a los que han de venir. Es día de bodas: calendas de mayo en tierras de España.

Llega el abad, jovial y cumplido.

—Buenos días, señor cura.

—Buenos días, hijos míos. ¿Y los novios?

—Dentro están.

—Todo el tiempo les parece poco para holgarse y se dan prisa a que les echen las bendiciones—comenta una que lo sabe todo, abuela de lengua larga y taimado mirar.

Revuelan las faldas de las mujeres según el compás que les da la sotana. Siguen detrás los hombres. Y a la puerta del templo, quédanse brincando un acólito y otros rapaces.

Suena dentro de la iglesia un viejo clavicordio, la musa asmática de las fiestas religiosas en la aldea. Y allá, en la mesa cubierta de paños blancos en la que oficia el sacerdote inclinándose sobre el atril que sostiene el breviario, la lámpara de muchos brazos vierte lágrimas de cera y amarillas miradas de luz.

El y ella, las manos unidas y la expresión turbada, llenos de fe en la gloria que les espera, confían al altar sus preces, con los corazones, rojos y calientes, henchidos de esperanza. De



cuando en cuando sus ojos se buscan y se encuentran, y los dos se sienten temblar de arriba abajo sacudidos por la promesa que se hacen.

Cuchichean los parientes y los curiosos a espaldas de los novios, y una mozuela, a la que estremecen secretos deseos, suspira muy hondo y exclama casi sin darse cuenta:

—¡Quién fuera ella!

Las voces armoniosas del clavicordio elévanse ahora con pastosa sonoridad.

«Los ahijados de Afrodita—dice el clavicordio—tienen luz de estrellas en los ojos y suavidades de rosas en las mejillas. Los ahijados de Afrodita sólo saben sonreír; la palabra y el gesto es en ellos sonrisa. Y en sus labios tiemblan los besos como las uvas maduras en los racimos.»

Rezan los fieles. Y he aquí cómo dice la oración de sus almas:

«¡Regocijate, Himeneo! Protege el fervor de estos amantes que sienten la embriaguez del amor. ¡Sean eternos tus dones, Himeneo!»

Parece como si los hombres, las mujeres y los niños cantasen con énfasis el himno de los sponsalicios. Las voces repican las alegrías de los amores que ya tuvieron las risas de los primeros juegos o que se ofrecen para una pronta sazón. Y así es. Pues si en el coro hay frutos pasados de la vida, éstos no hacen sino mirar hacia atrás con una triste desesperanza... Son los otros: los prometidos, los que se prometen y los que empiezan a darse, los únicos que cantan con la cálida exaltación de los abrazos iniciales, ¡tan fecundos!

Cesan los sonos del viejo clavicordio. De las manos ungidas del sacerdote ha descendido, como una paloma blanca, la última consagración. Los novios se alzan inquietos y azorados, y a su alrededor bullen los fieles. Chirría la puerta de la iglesia, y un instante, mientras unos

tras otros van saliendo, se muestra la negra flor constelada de pálidos soles del Presbiterio.

Renace en el atrio la galanura moceril. Y los niños corren diciendo con el revelador murmullo de sus lenguas tartamudas lo que vieron sin saber que vieron y lo que adivinaron sin ver.

Una vieja, volviéndose a unas comadres, señálales la doncella con mano reseca.—Mirad la muy pindonga y cómo le enseña la jeta al galán.

Otra.—Pues más le valiera recatar las ansias, que se le ven salir por los ojos.

Un viejo adelantándose, interrumpe iracundo.—¡Callad, pécoras! El hombre y la mujer hanse de juntar y enamorar para criar. ¡Es ley de Dios!

Trae el viento en sus alas frescas fragancias y rumores de paganía.

Algunas lindas, adornándose con flores los cabellos, pasean con gestos ambiguos dando codazos a los mocosos más presumidos.

Una niña grita de pronto.—Juguemos al corro.

Otra niña.—No, a los matrimonios mejor.

Un niño.—Hagamos casitas.

Otro niño.—No, tortas de barro mejor. Yo las hago muy bien. ¿Queréis que os enseñe?

Una niña.—¡Juguemos al corro!

Todos.—¡Sí, sí, al corro!

Entrelazadas las manos, giran los niños en rededor de un centro ideal, y su canto tibio e inseguro vibra en la atmósfera diáfana de la tarde:

Nacen las rosas en el jardín,
suenan las voces del paladín.
La Castellana, al gran Merlin
hace conjuros con un chapín.

Un viejecito se acerca a los desposados y con calor de ternura en las palabras,

dice.—Las risas atan y las lágrimas desatan. Reid cuando debáis llorar y llorad cuando debáis reir, porque la risa del dolor parecerá verdadera risa y, en cambio, nadie creará que haya amargura en las lágrimas de la risa. ¡Que nunca os sorprenda el alba ni del todo dormidos ni despiertos del todo! ¡Romped el abrazo cuando sea más fuerte!

Retírase el buen viejo y la doncella mira al galán como si no hubiera comprendido lo que acaba de oír.

Y los pajes de la vida, en tanto, siguen girando y describiendo su órbita, como nuevos soles destinados a lucir en un mundo nuevo.

De pronto se sueltan y huyen chillando. Es que han visto venir la bruja de los desposorios, una vieja torva que trae en sus manos un capullo al que hace sufrir el desgarrón de una uñada.

La bruja, mostrando su obra a la doncella.—Esto te pasará.

Tiembla la desposada y se abraza al esposo, y cierra los párpados cegando las pupilas para no ver la mueca de la boca sin dientes de la bruja.

Pero una matrona, con un mamoncillo al pecho, aparta la vieja, recoge la flor, la mima y la cura enhiestando sus mustias

hojas y convirtiéndola en capullo de vida copiosa, recuerdo de su maternidad.

La matrona, ofreciendo la flor a la desposada.—Esto es lo que ha de ser.

Vase de pasada el día. Los novios piden con sus ojos que los dejen. Y los mozos y las mozas se despiden agitando tirsos floridos.

Coro.—¡Himeneo, Himeneo! ¡Protege el fervor de estos corazones que sienten las primeras embriagueces del amor!

Y el aire se estremece al ser rasgado por la pregunta que la bruja hace al Destino, como en una burla:

—¡Himeneo!... ¿Cuánto durarás?

Cae la noche llena de austeridad, precipitándose con su cortejo de sombras sobre la tierra.

El y ella, solos en la noche, esperan no saben qué. Súbitamente lanzan un grito de triunfo y corren abrazados por el campo...

...A lo lejos, cantan aún las voces de los niños con la alegría de un amanecer:

Nacen las rosas en el jardín,
suenan las voces del paladín...

M. D. BENAVIDES

(Dibujo de E. Casas.)



¡¡ CINEMATOGRAFISTAS !!

**¡¡ ATENCIÓN A LOS
SIGUIENTES TÍTULOS**



Los dos Pilletes

por Marjorie Hinrri, Gina Relli, Mlle. Rollette,
Yvette Guilbert, Gabriel Signoret, Carlyle Black-
vell, Guidé, Decœur, Lesiye Shaw y Juan Fortet

El Arpón (La tragedia del mar)

por Margarita Courtot, Clara Bow,
Raymond Mac Kee.

El trapero de París

por Hélène Darly, Francine Mu-
soy, Nicolás Koline y René Mau-
pré.

Amor que vence al amor

por Betty Compson y Olive Brook.

El naufragio de la Humanidad

por Madame Wallace Reid, James
Kirwood y Bessie Love.

¡Oh mujeres, mujeres!

por Grace Darmond, Derelys Per-
due.

El lobo del Tibet

por Colette Brettel y Douglas.

Sombras que pasan

por Ivan Mosjoukine y Nathalie
Lissenko.

Una dama enmascarada

por Nathalie Kovanko y Nicolás
Koline.

La sombra de la mezquita

por Mary Odette, Stewart y Rome

Sobre la blanca nieve

por Mte. Bosky, Hélène Lunda,
Suz Marville, Erie Barclay y An-
gelo Ferrari.

Estas grandes películas las presentará esta temporada al mercado la nueva casa

Príncipe Films, S. L.^{td} (de San Sebastián)

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

JOSÉ CAVALLÉ. - Aragón, 225, pral. 1.^a - Barcelona

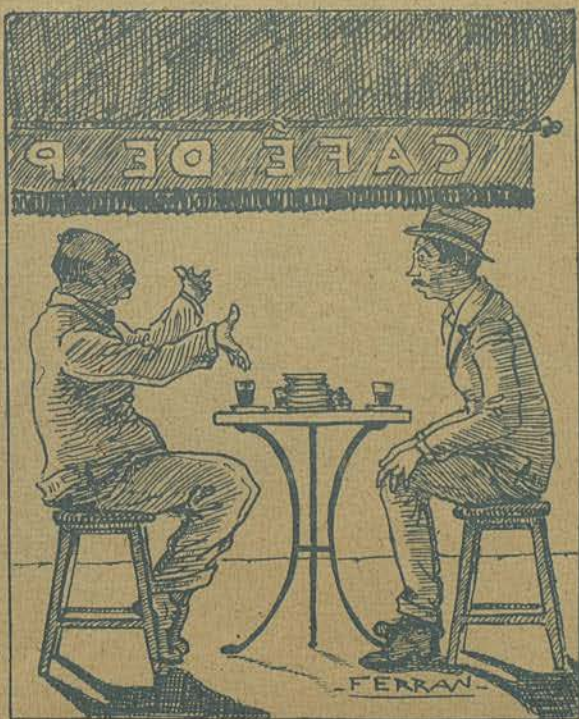
¡Oh, los filántropos!...

—¡Cuánto me alegro, don Agapito! ¡Qué casualidad! ¡Quién podía pensar en tan agradable encuentro! ¿Qué tal, cómo está usted... y su familia... y los niños?... ¡Lo encuentro a usted muy cambiado desde la última vez que le vi! Fué en el teatro si no recuerdo mal, ¿verdad? Usted iba con su simpático séquito... su señora, dos niñas que ya deben hacer sufrir varios corazones a la vez, y un gallardo muchacho.

Yo estaba con unos vecinos... unos buenos amigos que invité. No me gusta ir solo a ninguna parte. Ahora mismo me preguntaba, viéndome sentado frente a este velador sin nadie con quien conversar: ¿por qué no aparecerá un conocido que se apiade de mí y venga a agradabilizar mi soledad? Usted, sin sospecharlo siquiera, ha sido mi salvador. Siéntese, don Agapito.

¿Qué desea usted tomar? ¿Café, cerveza, tal vez chocolate? Yo le acompañaré en lo que sea. No sé dónde me cabe todo lo que bebo. ¡Hay que ver! Ya son seis los dobles que he vaciado en mi estómago. Soy una esponja... más que eso, un saco de aserrín. ¡Eh, camarero! Tráete dos copitas de manzanilla de marca.

A usted le gusta ese vinito, ¿no es cierto, don Agapito? Oye, Baldomero, no se te olviden unas rodajas de mojama y algunos percebes... que sean frescos, recién cogidos, como ya sabes que me gustan. ¡Vaya, vaya con don Agapito! Bien, hombre, bien... No me diga usted más... Ya salta a la vista que es usted un hom-



bre feliz... ¿Qué me dice usted de esta «Pastora»? Tiene buen color y un saborcito que pide el «bis», ¿verdad? Y la mojamita está pero que extrasúper... Es un encanto dar con un establecimiento de confianza como este... ¡Baldomero, tráete otras dos copitas y los acompañantes «respetivos»! Quiero que el amigo conozca la casa para que sea cliente... ¿Y qué me cuenta de su vida, don Agapito? Dale que dale al manubrio ¿no? Digo, supongo que sigue usted afinando pianos... Yo, como siempre... Mis negocios... cada día mejores... Pero, ¡qué se le va a hacer! Yo nunca tendré un céntimo... Ya sabe usted cuál es mi mayor ilusión. Proteger al prójimo me encanta. ¿Qué mejor empleo del dinero que repartirlo entre los necesitados? ¿Para qué les servirán sus enormes fortunas a más de cuatro? A lo mejor tienen hijos que derrochan inútilmente sumas fabulosas y hasta se arruinan en juerguecitas... Y los pobres, dicen ellos, que se chinchén: ¡No, no hay derecho! ¿Qué, le encuentra gusto a este vinito? La verdad, se bebe solo. ¡Que va, hombre, que va! ¡Otra cañita le sentará a maravilla! Podemos cambiar la mojama por unos langostinos. Aquí todo es bueno. ¡Baldomero, dos más, y unos crustáceos infantiles! Pues sí, yo sólo aspiro a que mi nombre no muera conmigo... mi ambición es que me llamen filántropo. Ser bendecido a todas horas por los pobres, merecer la admiración de la gente, ¡he aquí lo más hermoso de la vida!... ¡Cáspita, si son las siete! Hablando se nos pasó el tiempo. No es que lo sienta, bien puede usted comprenderlo, sino que lo malo es que me están esperando. Sí, unos vecinos que tienen un enfermo en su casa. Miserias, amigo, miserias. Siento no poder quedarme un poco más con usted. Otro día... Yo vengo a menudo aquí... Ya nos veremos... Salude a los suyos... ¿Adiós, eh?...

Don Agapito sonrió al amigo... pero éste, de súbito, contemplando el montón de platillos, de copitas y de «bocks» vacíos, abrió los ojos y al hacerlo despertó a la realidad.

—¡Me he lucido! ¡Eso me cuesta a lo menos cinco beatas!—exclamó.—¡Maldita sea, después de tanta lata!

ATAULFO SUBEARRIBA ISECAE

(Dibujo de Ferrán)



GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



LILLIAN GISH



Selecciones Capitolio

Provenza, 292 S. HUGUET Barcelona



LAS PELÍCULAS PREFERIDAS POR EL PÚBLICO

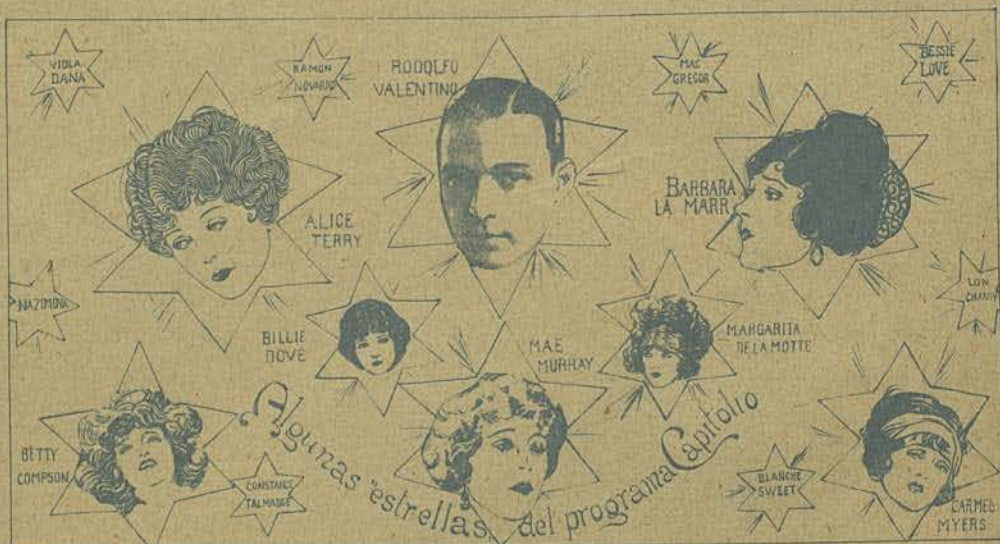
1924

ALGUNOS TÍTULOS

1925

Los cuatro jinetes del Apocalipsis
El prisionero de Zenda
Mujeres frívolas
Eugenia Grandet
La Rosa de Nueva York
La famosa señora de Fair

Las Cataratas del Diablo
Esposas sin amor
La Reina de Jazzmanía
De mujer a mujer
Nanón
La mujer que supo resistir



La película del año 1925

será la producción sin par, la obra incomparable, titulada

LA HERMANA BLANCA



INTERPRETACIÓN SUBLIME DE

LILLIAN GISH

La artista más completa de Norteamérica
□ □ □

Proclamada por la crítica mundial como la más estupenda cinematografía de todos los tiempos

Selecciones Capitolio



Siempre lo mejor

Kean o desorden y genio

por IVÁN MOSJOUKINE, NATHALIE LISSENKO Y NICOLÁS KOLINE

GRANDES EXCLUSIVAS
de
MODESTO PASCÓ

FILM "ALBATROS"

Rambla Cataluña, 62
BARCELONA



La condesa Elena

Nathalie Lissenko

I

En el primer tercio del siglo XIX, el insigne comediante Edmundo Kean había alcanzado, como actor, la consideración de genio. Así lo reconocían público

y crítica, viendo en él no ya el mejor y más afortunado de los hijos de Talía—la alegre diosa de la comedia y los festines,—en su época, del Reino Unido, sino uno de los más grandes artistas de todos los tiempos.

Siempre que su nombre aparecía en los carteles del Teatro Real de «Drury-Lane», donde trabajaba, interpretando con singular acierto las portentosas creaciones de Shakespeare, desde las butacas hasta los últimos asientos de la galería no había lugar que quedara vacío, y «Drury-Lane» ofrecía entonces el aspecto deslumbrante de las fiestas solemnes.

La noche en que Edmundo debía representar «Romeo y Julieta», el apuntador Salomón parecía inquieto; y es que él hacía suyos los triunfos de Kean, por quien sentía un verdadero afecto profundo y sencillo.

Temeroso y aturdido, el buen hombre atisbaba la sala con recelo mirando por

los agujeros del telón. De cuando en cuando volvía la cabeza, y su voz, en un tono grave, decía el nombre del personaje que acababa de entrar.

—¡Su Alteza el Príncipe de Gales!—anunció de

pronto, dirigiéndose al director de escena.

En efecto, el Príncipe había hecho su aparición en un palco. Era un hombre joven, de mirada viva y ademanes blandos, como los de todos los que llevan una existencia fácil y no conocen más tormento que el de los obstáculos que a veces tienen que vencer para satisfacer sus propios caprichos.

Poco a poco, los espectadores iban llenando la sala. En un palco, próximo al escenario, hicieron acto de presencia el conde de Koefeld, embajador de Dinamarca, y su esposa, la condesa Elena, una encantadora veneciana de ojos negros y rasgados.

El Conde señaló a su mujer una jovencita rubia que estaba frente a ellos y le preguntó:

—¿No conoces a miss Ana Damby, la rica heredera que, por lo inmenso de su fortuna, es hoy tema de todas las conversaciones? Mírala allí; el que la acompaña es su tutor.

En aquel momento, el tutor de miss Ana decía a su pupila:

—Veo, Ana, que no prestáis atención a lord Mewill. ¿Cómo es eso?

La joven dirigió una mirada a la sala de butacas y respondió con marcada indiferencia al saludo que le hacía el patilludo lord que pretendía apoderarse de su dote valiéndose del expediente al alcance de todos de pedir su mano.

A todo esto habíase alzado el telón y los ojos fueron atraídos por la escena, donde el genial actor iba a dejar oír los acentos de su voz rica en motivos y capaz de expresar las emociones más intensas con un verismo que arrebatava al público.

Salomén corrió por entre bastidores para avisar a Edmundo:

—¡A escena, Kean!

Una nutrida salva de aplausos acogió al artista, y dos mujeres palpitaban al mismo tiempo sacudidas hasta lo más hondo por la presencia del actor: eran Miss Damby y la condesa Elena. Pero mientras en esta última sólo había una curiosidad exacerbada por la distancia que la separaba de Edmundo, en Ana existía un entusiasmo que se parecía mucho a la devoción amorosa.

Cuando él, en su papel de Romeo, lanzó la pregunta conmovedora: «¿Por qué Amor, aunque niño y ciego, alcanza siempre el fin que se propone?», Miss Damby estremeciéndose toda entera, como si ella conociera la respuesta que debía darse a aquella interrogación.

A medida que avanzaba la obra, los espectadores iban perdiendo el sentido de la realidad, dominados por el arte de Kean.

Varias veces los ojos del actor habían encontrado los de la Condesa, y como si fuera la Julieta en que Shakespeare supo encarnar la pasión, dirigía a ella sus palabras vehementes, encendidas por el fuego de un deseo loco.

Y fué al final, cuando Romeo y Julieta mueren, porque los hados inexorables de una rivalidad tan antigua como los nombres de sus respectivas familias les impiden vivir amándose, que estalló la ovación clamorosa del público entusiasmado.

Había descendido el telón. La Condesa se levantó, y todavía conmovida por el trágico desenlace de la obra, dijo al Príncipe de Gales, su compañero en el palco desde el principio del segundo acto:

—Me encanta el arte de Kean. En Romeo está maravilloso.

El Príncipe sonrió y repuso:

—Exacto, y podéis creerme, nunca lo he visto trabajar tan bien como hoy.

Minutos más tarde, el Príncipe entraba en el cuarto de Edmundo para felicitarle.

—Te has excedido a ti mismo. Definitivamente has conquistado el corazón de la mujer más seductora del Reino Unido.

—¿Quién es ella, Alteza?—preguntó Kean.

—La condesa de Koefeld, de la que, al parecer, estás enamorado..., como lo estoy yo.

Luego, con un dejo de ironía, sin echar de ver la turbación del comediante, se despidió, diciéndole:

—Mi enhorabuena, querido.

Era verdad; la imagen de la hermosa veneciana había echado dolorosas raíces en el alma del artista, dolorosas porque los separaba el abismo de su distinta condición social. Él un cómico y ella una aristócrata. ¿Cómo se atrevía Edmundo a soñar que podrían acercarse el uno al otro?

Después de su último éxito, Kean sólo pensaba en la Condesa. Recordaba sus ojos que lo habían mirado fijamente desde el palco y recordaba el temblor de sus labios al entreabrirse en la respiración, cuando él profería los gritos admirables de su amor por Julieta.

Y pasaron algunos días.

La luz de cada mañana alumbraba en las avenidas de «Hyde-Park» una escena, siempre la misma, porque todas las mañanas la Condesa y el Príncipe solían dar juntos un paseo a caballo, mientras Kean, con el pensamiento lleno de su recuerdo, tenía que contentarse con la compañía humilde de Salomén, su servidor y amigo.

Era costumbre del artista hacer un

poco de esgrima después de levantarse. Salomón le servía de contrario, recibiendo sin protestas los golpes que él le asestaba con el florete. Pero aquel día, a poco de empezar este ejercicio, hubo que interrumpirlo al oír unos fuertes aldabonazos que hicieron retemblar la casa.

Salomón se asomó a la ventana.

—¿De qué se trata?—preguntó Kean con impaciencia.

—Son vuestros acreedores. Estamos cogidos, lo mismo que ratones, en una trampa.

Las palabras del fiel amigo inquietaron al actor, que vaciló un instante.

—Pronto, Salomón, ponte esa piel de tigre—ordenó, mostrándole la que había tendida en el suelo, a la entrada del estudio.

El apuntador de «Drury-Lane» comprendió las intenciones de Edmundo y se apresuró a obedecerle.

Kean lo contempló satisfecho.

—Estás admirable. ¡Buen susto se van a llevar esos granujas! Colócate cerca de la puerta, y en cuanto yo les abra darás unos cuantos saltos, procurando rugir lo mejor que sepas.

Pensado y hecho. Disfrazado de tigre, el manso Salomón mostró su boca erizada de terribles dientes a los acreedores, a quienes Kean les abrió la puerta, ocultándose en seguida; y los robustos burgueses, viendo a la fiera, lo menos en que pensaron fué en cobrar, preocupados exclusivamente por el afán de ponerse a salvo.

Se detuvieron, al fin, comentando con amargura lo que les había sucedido. Sus miradas permanecían fijas en la casa de aquel hombre que tenía tan terrible portero; y he aquí que al poco vieron abrirse la puerta y salir a un marinero dando el brazo a una señora.

La pareja pasó por el lado de los acreedores con la mayor naturalidad, pero de pronto a la señora del marinero se le cayó la saya, y tarde ya, ellos descubrieron su engaño. De nada les sirvió lanzarse en su persecución. Kean y su amigo, el uno vestido de marino y el otro de mujer, tenían una gran agilidad

y excelentes piernas, y para favorecerles todavía vino en su ayuda un coche que no tardó en ponerlos lejos de sus perseguidores.

El actor y su compañero llegaron a «Hyde-Park» y despidieron al cochero.

—Os veo pensativo... ¿Qué nuevos sueños acariciáis?—preguntó Salomón.

Kean no contestó. Habían tomado asiento en un banco de piedra, cerca de una avenida por la que avanzaban entonces los caballos de la Condesa y del Príncipe, seguidos a respetuosa distancia de dos lacayos.

El artista levantó la cabeza y reconoció en seguida a la mujer que turbaba sus sueños. Irguióse rápidamente y la saludó.

—¿Quién es ese marinero?—inquirió la Condesa del Príncipe.

—Me extraña que no lo hayáis reconocido; es Edmundo Kean, el actor que tanto elogiasteis hace pocos días.

Bruscamente, la amazona pujó de las bridas a su vegua, obligándole a volverse para aproximarse al artista, que



—Al deseo de huir de mí mismo.

permanecía en el mismo sitio, con el sombrero en la mano.

Aquel retorno iluminó el rostro de Kean, y sus labios sonrieron.

—¿A qué obedece ese disfraz?—le preguntó ella.

El actor la miró apasionadamente y dijo:

—Al deseo de huir de mí mismo.

Y de una manera inesperada, sin que él pudiera explicárselo y sin que ella pronunciara palabra alguna de despedida, la Condesa espoleó a su cabalgadura.

Un profundo dolor hirió el alma del artista al verse desdeñado, y para hacer más acerba su amargura, el Príncipe se le acercó y vertió en sus oídos estas palabras:

—La Condesa te encuentra mejor en escena. No es a Kean a quien admira, sino a Romeo.

Pronto, en la distancia, se perdieron los caballos. Ya no se oía el eco de sus

guió al artista, y juntos llegaron a la «Cueva del Carbón», un infecto tabernucho al que acudía el actor cuando necesitaba olvidar.

—Tráenos ron —ordenó Kean a un mozo.

Necesitaba ahogar su amargura, necesitaba incendiar su cerebro con la llama del alcohol, necesitaba poner alas a su pensamiento para que volara lejos, muy lejos, al país de las sombras donde no existen mujeres como la Condesa ni hombres como el Príncipe.

—Echa más, más... ¡Que no se te canse el brazo! —exigía imperiosamente, queriendo que su vaso estuviera constantemente lleno.

Cerca del mostrador se hallaba un hombre de mirada franca y mediana edad, tipo de inglés de arriba abajo, el cual preguntó al tabernero:

—¿Qué gente es esa?

—Nada menos que Kean... mi mejor cliente.

El hombre, sorprendido agradablemente por esta noticia, se acercó a la mesa de Edmundo, y lo saludó:

—Yo soy el alguacil del barrio, y he querido tener el honor de saludar al artista cuyo gran talento admiro.

Kean acogió amablemente a su admirador y le hizo que se sentara.

Un vaso tras otro, en su insano afán de matar el recuerdo, Edmundo bebía sin fatigarse. Logró excitarse y, uniéndose a otros parroquianos, organizó una fiesta bárbara, una orgía de marineros ebrios que se ponen a danzar y danzan hasta que el sueño o el cansancio los arroja al suelo.

Esta locura duró toda la noche, mientras lejos de allí otra embriaguez, esta divina, hacía soñar en su lecho de virgen a miss Ana; y era su sueño un homenaje de amor a Kean, al que ella volvía a ver tal como le había admirado en «Drury-Lane» representando «Romeo y Julieta».

El artista, roto por los excesos, dejóse



—Echa más, más... ¡Que no se te canse el brazo!

pisadas. Sin embargo, Edmundo continuaba inmóvil, abrumado por la decepción y el ultraje que acababa de sufrir.

—¿Os habéis dormido?

La voz de Salomón le volvió a la realidad; se hizo áspera la expresión de su rostro y dura su mirada, y con gesto que no admitía réplica le mandó levantarse del banco de piedra.

—¡Vámonos a la taberna! —exclamó. —Ahora más que nunca necesito beber, beber siempre, sin cansarme, hasta que ya no me dé cuenta de que existo, de que yo soy Kean.

El buen compañero de los días de gloria y de las horas de infortunio, si-

caer en un taburete. Ardía su cabeza, y en el vértigo de su razón hubo un momento en el que tuvo miedo, pues creyó que los actores de la viva tragedia de su amor imposible avanzaban hacia él y que sus caballos le pisoteaban, mientras ellos lanzaban estridentes risotadas burlándose de aquella pasión que, como el buitre mitológico, le devoraba las entrañas.

II

Ya iba alto el sol. En las calles triunfaba la vida. Y Kean, tendido en una mesa de la taberna, despertó oyendo el redoblar de unos tambores.

—Son unos cómicos ambulantes —le dijeron.

Levantóse y salió acompañado de su amigo. En una plazuela próxima, los cómicos disponíanse a dar una representación.

Kean y Salomón uniéronse al grupo de los curiosos, y cuál no sería su sorpresa al reconocer en los modestos artistas a antiguos compañeros suyos con los que él, en su juventud, había ido de pueblo en pueblo.

Eran Pistol, el barrista; Ketty, la rubia y el simpático Tom, todos camaradas en la vida de farándula que llevara Edmundo años atrás.

A todos los abrazó, y al alzar la cabeza vió en lo alto de la escalera del coche-vagón de los cómicos a un viejo y buen amigo.

—¡Hola, Bob! ¡Con qué valor se van pasando los años!

El viejo reconoció a Kean, y en su apresuramiento por abrazar al artista que había triunfado, le falló un pie y su cuerpo vino a caer, golpeándose contra el pavimento, delante de Edmundo. La violencia de la caída había sido tal, que Bob perdió el conocimiento; de su frente manaba la sangre, empujando el rostro arrugado.

Inclinado hacia el viejo, Kean pre-

tendía levantarlo apoyándolo en sus rodillas. En esto oyéronse las impresiones del conductor de un coche lujoso que pretendía abrirse paso. De un bravo salto, el artista sujetó a los caballos de las bridas, y como su voz sonaba con ecos inextinguibles, por la ventanilla del coche asomóse el rostro de una mujer, la condesa Elena.

Rápidamente bajó del coche y se aproximó al grupo que formaban los cómicos y los curiosos alrededor del herido.

Viéndola tan cerca, arrodillada a su lado, Edmundo tenía que dominarse para contener la impetuosidad de sus sentimientos.

Y ella, vencida por la piedad, apoyó su



Viéndola tan cerca, arrodillada a su lado, Edmundo tenía que dominarse para contener la impetuosidad de sus sentimientos.

mano en la frente del viejo rozando las manos del actor. Luego, viendo que era necesario una venda, despojóse de su chal y ciñó con él la cabeza de Bob.

Kean nada dijo. Pero aunque sus labios no agradecieron el humano y bello rasgo de la dama, su corazón hablaba. Había sentido un instante la presión tibia y suave de la mano de la Condesa y sentíase deliciosamente turbado.

Procuró rehacerse para ocuparse sólo de sus camaradas, a los que la desgracia del viejo Bob tenía desolados.

—Dentro de unos días—les prometió—

representaré «Hamlet» a beneficio de todos vosotros.

—¿Los conocéis?—le preguntó ella.

—Son antiguos compañeros... También yo fui en mis primeros tiempos cómico ambulante.

—Pues habéis llegado a ser un artista incomparable—aseguró la Condesa,— y hoy sois gloria y orgullo de vuestro país.

Kean se inclinó, agradecido. Y viendo alejarse a la mujer que se hiciera dueño de su alma, tuvo la sensación de que era más infeliz que nunca... ¡porque ahora le había rozado con sus alas la mariposa divina de la ilusión!

Transcurrieron algunos días, y como todo llega en el mundo, llegó la fecha en que lord Mewill decidió no demorar la petición de mano de lady Damby.

Sin ambages, expuso el lord su pretensión y Ana le oyó con susto.

Aunque desde mucho tiempo antes conocía los propósitos de Mewill, siempre había esperado que no se realizasen. Esto, en parte dependía de ella, y su actitud consternada fué como una repulsa.

Sollozando retiróse a sus habitaciones, de las que no tardó en salir para dirigirse con una audacia de que sólo la ingenuidad es capaz, a la casa de Kean, en el que ella creía ver todo lo que de noble y admirable debe existir en un hombre.

El artista tenía la visita del alguacil al que conociera en la «Cueva del Carbón» y con el cual, desde entonces, sostenía relaciones de sincera cordialidad.

Unos golpes dados en la puerta sobresaltaron a Edmundo y sus amigos, pero aquella vez no eran los acreedores quienes llamaban.

Salió Salomón a abrir y Ana le entregó una carta para Kean, concebida en los términos siguientes:

«Señor: no me neguéis el favor de recibirme. He de hablaros de un asunto del que depende todo mi porvenir.

ANA DAMBY.»

El artista, un poco perplejo, recibió a la muchacha, y al oír la exponer las persecuciones de que era objeto por parte de Mewill y su intención de no volver a su casa para dedicarse al teatro, Kean comprendió que tenía en su presencia una niña, una verdadera niña de alma blanca; pero no se dió cuenta de que aquella niña lo amaba y que sus palabras la hacían temblar, ya de temor, ya de esperanza.

Salomón interrumpió la entrevista.

—Lord Mewill—dijo—ha seguido a lady Ana, y amenaza con que hoy mismo, en el te de la condesa de Koefeld, divulgará la noticia de que atraéis a vuestra casa a las jóvenes para desviarlas del camino del deber.

Comprendiendo la necesidad de tomar una re-

solución, Edmundo rogó a la joven que regresara a la casa de su tutor.

—Emplearé todas mis fuerzas—le aseguró—en destruir las calumniosas invenciones de ese malvado.

Una hora más tarde, en el te de la Condesa, cuando Mewill, cumpliendo su amenaza, infamaba los nombres de Ana y de Kean, éste fué anunciado inopinadamente, entró, saludó a la Condesa y dijo:

—Disculpad, señora, mi libertad al presentarme sin ser invitado. A obrar así me ha inducido el propósito de disipar absurdos rumores.

Y entregó a la dama la carta de lady Damby, diciéndole al Embajador, que trató de cogerla:

—Perdonad, Conde; el secreto de una mujer, sólo a otra mujer pertenece.

Los ojos de la Condesa pasaron rápi-



Sin ambages, expuso el lord su pretensión y Ana le oyó con susto.

damente por las líneas que había escrito Ana. Una seña imperceptible de Kean le indicó que debía seguir leyendo

para leerles fragmentos de Shakespeare. Luego los invitó a beber y él bebió también.

Siempre vigilante, Salomón, temiendo que su amigo se excediera, le rogó:

—No bebáis más... ¡Pensad en vuestro talento!... ¡Acordaos de la mujer de vuestro amor!

El recuerdo de la Condesa bastó para dominar al artista. Entró con su fiel compañero en una habitación contigua, y cogiendo de una magnífica porcelana un ramo de rosas, se lo entregó, diciéndole:

—Vé y lleva estas flores a la Condesa y dile... que yo se las envío.

Y fué para el hombre bueno que estaba lleno de cariño por Kean un verdadero dolor cuando ella, que salía con el Príncipe para dar un paseo en coche, aceptó el presente cogiendo una rosa con frialdad, dejó caer unas pocas y entregó el

ramo deshecho a uno de sus criados.

¿Diría él la verdad al actor?

Salomón dudaba. Al volver de cumplir su encargo, encontró al cómico y a sus amigos ebrios. Entonces, con el deseo de librar a Edmundo de un amor que tanto daño le hacía, le dijo lo que había sucedido.



—Disculpad, señora, mi libertad al presentarme sin ser invitado...

y abrió el pliego, en el que Edmundo trazara antes de salir de su casa este párrafo:

«Señora: No sabía cómo hacer triunfar mi deseo de veros, y el azar me favorece. Pasado mañana representaré «Hamlet». Concededme algunos minutos antes del espectáculo. Al final del pasillo de la orquesta, una puerta secreta comunica directamente con mi cuarto.»

La Condesa dobló el pliego sin que en su expresión se trasluciera el menor asombro y quiso devolvérselo a Kean. Su marido se adelantó. Durante unos segundos de angustia, ella y él temieron que el Conde lo abriera. No fué así, y al recibir la carta de manos de Koe-feld, en los ojos de Kean pintóse una viva alegría.

Retiróse el artista, y la Condesa fué rodeada por los invitados.

—Lo único que me es permitido revelar, es que sería injusto acusar a Kean del rapto de miss Damby—limitóse a decirles.

Aquella misma noche, el actor reunía en su casa a algunos actores amigos



«Señora: No sabía cómo hacer triunfar mi deseo de veros, y el azar me favorece.»

Y entre las brumas de locura que invadían su cerebro atormentado, Kean salió y dirigióse al palacio del Embajador de Dinamarca.

Se detuvo viendo acercarse un coche, del que descendieron ella y el Príncipe. Otra vez se puso en marcha el carruaje y sus ruedas pasaron por encima de las rosas caídas en el suelo. Entonces Edmundo corrió enardecido y, cogiendo las rosas una a una y hoja por hoja, sollozó:

—¡Mis flores!... ¡Mis pobres flores perfumadas de ensueños, en las que iba toda mi alma!

Y besaba las rosas, y todo su cuerpo sacudíase con un temblor convulsivo. Parecía como si se hubiera crucificado en el frío pavimento de la calle, y solo, besando las rosas tiradas, gimió inmensamente, a lo largo de aquella noche que él llenaba con su dolor.

III

Al día siguiente, Kean debía representar «Hamlet» a beneficio de los cómicos ambulantes.

Sentíase triste. En su cuarto del teatro, se acordaba de su desventura la noche última.

Llamaron a la puerta secreta. Edmundo se levantó. ¿Sería ella? Era la Condesa, y al verla, él olvidó todas sus penas y un raudal de gloria inundó su alma.

Allí estaba la mujer que era para él su tortura y su alegría. Allí estaba con los brazos abiertos, vencida al fin, palpitando de amor.

Kean precipitóse con un entusiasmo delirante para abrazarla.

Sonaron unos golpes discretos. Kean se acercó a la puerta.

—Soy yo, el Príncipe—oyó decir del otro lado.

Como la Condesa no encontraba la salida, el actor, para ganar tiempo, respondió:

—Tengo la desgracia de verme acosado por los acreedores. ¡Todo por cien miserables libras esterlinas! Para que me convenza de que, efectivamente,

sois el Príncipe, tened la bondad de pasarme vuestro nombre, escrito de vuestra propia mano.

En seguida, volviendo al lado de la Condesa, le franqueó la salida.

Acto seguido, situándose de nuevo detrás de la otra puerta, tomó el papel que le pasaba el Príncipe y que era un billete de cien libras. Kean entonces abrió, diciendo:



—Ve y lleva estas flores a la Condesa y dile... que yo se las envío.

—¡Es, en efecto, un documento real! Y ya dentro el heredero del trono de Inglaterra, al que acompañaba Koefeld, añadió:

—¿Me permitiréis, Alteza, que una la cantidad que os habéis dignado darme a la recaudación de esta noche para los pobres cómicos?

El Embajador examinaba el cuarto del artista. Sus ojos vieron un abanico, y, reconociéndolo, sin que nadie lo

advirtiera, se inclinó a recogerlo, ocultándolo luego en sus bolsillos.

—Soy del parecer de que dejemos a Kean vestirse—dijo Koefeld.—¿No pensáis vos lo mismo, Alteza?

—Tengo un vivísimo interés en hablaros, señor—replicó Kean, dirigiéndose al Príncipe.

Este hizo una señal al Conde.

—Dentro de un momento seré con vos.

Quedaron solos. Kean, titubeando, comenzó diciendo:

—Alteza... Yo amo a una mujer...

—¿Y bien?

—Siempre que os veo entrar en su palco, la sangre me afluye a la cabeza...

El Príncipe no quiso seguir oyéndole.

—Me voy—dijo.—Dentro de poco espero aplaudirte.

Con brusquedad, mordido por los celos, Kean repuso:

—Pero en vuestro palco, Alteza.

Las espaldas del Príncipe volviéndose al actor, fué la única respuesta que le dió aquél.

Kean crispó los puños. ¿Qué podía intentar él, pobre comediante, contra la majestad del heredero del trono del Reino Unido?

Al regresar al palco, Koefeld entregó el abanico a su mujer.

—Lo he hallado... en el suelo... Es preciso tener más cuidado con objetos tan valiosos.

Y como ella dudara, él le obligó a coger el abanico.

Nunca como aquella noche el papel atormentado de «Hamlet» respondió al estado de espíritu de Kean, y el público, vibrando de entusiasmo, seguía, pendiente de los labios del genial artista, el proceso de la duda que envenena el alma del prometido de Ofelia, del Príncipe de Dinamarca, tal como lo concibiera el talento de su creador.

Con los ojos fijos en el palco de la Condesa, Kean decía sus parlamentos con una amargura torturadora.

De pronto su mirada se enturbió. El primogénito del rey de Inglaterra acababa de presentarse en el palco de Koefeld.

Todos los espectadores advirtieron que el actor titubeaba. Repetía las palabras con una inconsciencia inexplicable, mientras sus ojos seguían fijos en el palco del embajador de Dinamarca.

Entre bastidores Salomón se desesperaba apuntando las frases que Kean debía decir. Pero el artista no le oía.

Se produjeron algunos rumores de protesta. Edmundo avanzó hasta el proscenio, y, alzando el brazo, dijo:

—¡Ah, Príncipe real! ¡Bien te vale ser inviolable y sagrado!... A no ser por eso...

Retrocedió hasta el centro de la escena y, sacando la espada, ante el asombro y la indignación del público, la partió con sus rodillas.

Se produjo un escándalo inaudito. Lord Mewill, hallando ocasión de dar forma a su odio, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Esto es intolerable! ¡Abajo Kean!... ¡Fuera!

Arreciaron los gritos. Inmóvil, el artista llevábase las manos a la cabeza, que parecía de fuego. En sus ojos reflejábanse una expresión atónita. Y súbitamente, cayendo de rodillas, con la razón perdida, mientras los espectadores indignados arrojaban contra él toda clase de objetos, abrió los brazos y clamó:

—¡Compasión!... ¡Yo no soy Hamlet!... ¡Yo soy un infortunado!

Y cayó convulsionado por un ataque de locura, ensordecido por los gritos del público.

La Condesa había salido del palco a instancias de su marido. La caída de Kean produjérale un efecto indescribible. Aquel hombre era una víctima de su amor.

El público no cesaba en sus protestas, como si no comprendiera los sufrimientos que acababan de enloquecer al actor tantas veces aplaudido.

Descendió el telón. Entonces el amigo del artista apareció cerca de las baterías y con voz llena de lágrimas reveló la verdad:

—Señoras y señores: ¡el sol de Inglaterra se ha eclipsado! ¡El sublime Kean ha caído víctima de un ataque de locura!

Salomón ocultó la cabeza en sus brazos, y mientras los espectadores se retiraban en silencio, lloró por aquel triste fin de la gloria de Kean.

El incidente ocurrido en «Drury-Lane» conmovió a toda la sociedad londinense... Y durante varios días, por la casa del actor desfilaron sus admiradores.

Kean no había sufrido más que un ataque pasajero de enajenación; pero su salud no resistió esta prueba y encontrábase sin fuerzas, agotado.

Su desgracia hirió a la señora de Koefeld dolorosamente. Sentía que ahora amaba a Kean. Un día quiso ir a verlo; pero su marido se opuso.

—Ya estamos bastante comprometidos—le dijo el Conde,—y no toleraré que volváis al lado de ese hombre.

El la esperaba. Arrestado en su casa, a pesar de su enfermedad, por su insulto al Príncipe de Gales, había obtenido del alguacil que permitiera pasar a la dama en cuanto llegara.

—Una señora pide permiso para veros—anunció Salomón.

Kean quiso ponerse en pie y dió orden de que entrara la dama. No era la Condesa, sino miss Damby, la niña que se había enamorado de él en silencio y que venía a verlo trayéndole unas flores.

A poco de entrar la joven, presentóse el conde de Koefeld. Ana tuvo que ocultarse en una habitación inmediata, y hasta ella llegaron las palabras irritadas del embajador provocando a un duelo a Kean, que debía celebrarse en cuanto el artista se restableciera.

Ella oyó como el Conde reprochaba a Edmundo su pasión por la Condesa, y su corazón dolorido fué desgarrado por este descubrimiento.

¿Qué hacer ahora?

Marchóse el Conde y Kean llamó a miss Damby. No obtuvo respuesta. Vacilando dirigióse a la habitación donde se había ocultado. Nadie. Miró en torno; en el suelo estaban las flores y en una silla, cerca de una ventana abierta, se

hallaban el chal y el sombrero de la joven.

Y en aquellas prendas abandonadas y en aquella ventana abierta sobre el Támesis, que pasaba rozando los muros de la casa, leyó Kean el horrible epílogo de una tragedia como la suya... Pero este amor sin esperanza había buscado refugio en la muerte. ¡Miss Ana se había suicidado!

Semanas después, arruinado por las exigencias de sus acreedores, minado por el mal su organismo, herido en sus afecciones más queridas, Kean agonizaba en



... y Kean, retirando la mano de la Condesa que oprimía las suyas, solicitó de Salomón que siguiera leyendo.

la pobre morada de Salomón, en el fondo de los lejanos arrabales londinenses.

Apenas podía hablar. Su voz débil rogaba al buen amigo:

—Léeme a Shakespeare... Ahí, en esa señal.

Y le mostraba en el libro abierto el diálogo que respondía a su estado de ánimo.

Una noche un carruaje se detuvo frente a la modesta casita. Salomón salió a ver quien era y se encontró a la Condesa, la cual, al ver la postración de Kean, pensó que su sacrificio de amor viniendo a verle iba a ser estéril. Sin embargo, aproximóse al lado del enfermo con un último rayo de esperanza.

Acaso su presencia determinara una reacción favorable.

Tuvo que inclinarse sobre él para que la reconociera.

—Soy yo, la condesa Elena...

Como un lamento, oyóse la voz de Kean:

—¡Oh, Dios, me muero!

Ella quiso reanimarlo y le prometió con palabras febriles:

—Nunca te abandonaré, Edmundo... Jamás volveré a Dinamarca.

Este nombre hizo volver el recuerdo del Príncipe de Gales, y Kean, retirando la mano de la Condesa que oprimía las suvas, solicitó de Salomón que siguiera leyendo. Pronto lo interrumpió para decir él mismo aquellas palabras con que Hamlet lamenta su infortunio:

—¡Yo amaba a Ofelia! ¡Cuarenta mil hermanos no podrían, con todos sus amores reunidos, sumar lo inmenso de mi amor!

Rodaron dos lágrimas por su rostro. Con un esfuerzo se irguió un poco, ayudado por Salomón, y los ojos de ella y de él se miraron y Edmundo vio entonces que Elena le amaba. Sí, no mentían sus ojos. Pero ya era tarde.

Volvió a caer sobre el lecho. La lucha entre la muerte, que pugnaba por cerrar sus ojos, y la vida, que no quería sumergirse en la sombra, hacía más in-

tensa la emoción de aquel momento.

Como un suspiro, sonó la voz del moribundo:

—Adiós, Elena... Adiós, mi buen Salomón...

Se hizo el silencio. Kean acababa de morir entre sus dos únicos cariños, el del amigo que no le había abandonado nunca y el de la mujer que, en los úl-



Kean acababa de morir entre sus dos únicos cariños...

timos instantes de su vida, acudía al lado de su lecho para ofrecerle su amor.

Fuera rugía el vendaval. Una racha de viento abrió las ventanas y sacudió todas las cosas.

Corriéronse unas nubes por el cielo, y la luz de la luna asomóse en la estancia mortuoria y regaló la aureola de su claridad triste al artista muerto.

Grandes exclusivas de MODESTO PASCÓ

Rambla Cataluña, 62 - BARCELONA



PELETERÍA MARTORELL

La más importante de España en vender
bafato y garantido que es lo interesante.

ESTA CASA LAS MISMAS SEÑORAS LA RECOMIENDAN



Renards reclamo
desde 50 pesetas



ECHARPES propaganda
desde 60 pesetas

No comprar sin antes visitar las estupendas
existencias en renards, echarpes y pieles
gran novedad, en todas clases y medidas.

Nadie puede competir esta Peletería :: Es la preferida

RECORDARIA
BALMES, 8 (junto a Pelayo) - **Teléfono 4930 A**

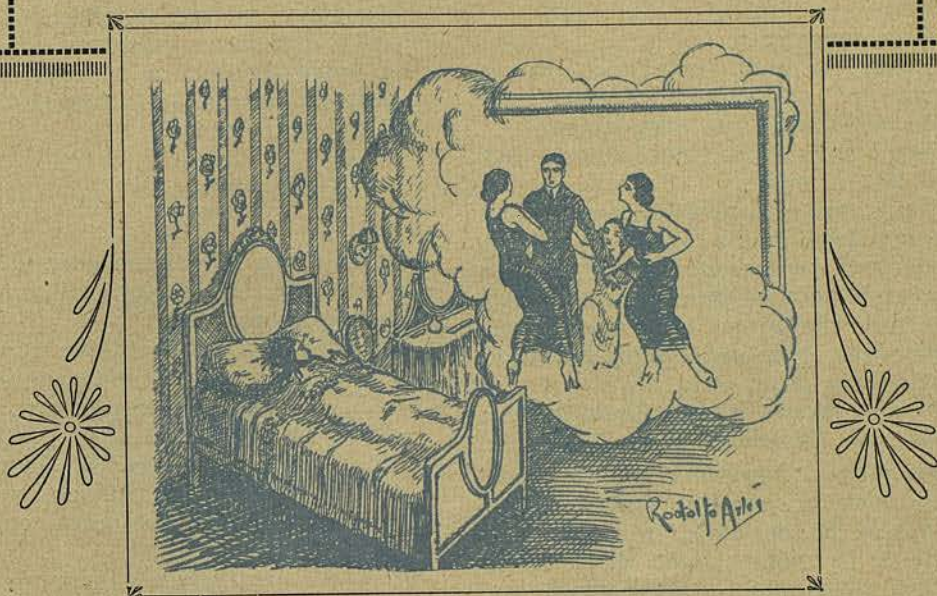


Chaquetas 3/4 desde 300 pesetas



Abrigo reclamo desde 450 pesetas

La muchacha que supo salvarse



L salir del cine. Ella y él conversan. Son novios. La mamá, dejándose cortejar por Morfeo—que es un mitólogo altamente simpático para los que apenas llegan y, de igual modo, por no decir mayor, para los que se van del mundo,—no se preocupaba mucho de lo que platicaban los jóvenes.

Estos disputaban acerca de la influencia que ejerce el cine en ciertas cabezas románticas.

El diálogo lo encabeza él.

—¿Te incomodaste, pues, conmigo, porque me mostré ahí dentro disconforme con tus vehementes apreciaciones, Rosita?

—No usas de mucha delicadeza conmigo, Paco... Tú tienes tus ideas y yo las mías...

—Algo absoluto soy, en efecto, en mi carácter. Sin embargo, me inclino siempre

del lado de la razón, y me disgusta, en verdad, más de lo que imaginas, el ver que unas cosas fútiles dominan tu espíritu hasta el punto de cerrarlo a la reflexión.

—Hablas cegado por la envidia. Te molesta que te diga que debieras hacerte el nudo de la corbata como Wallace Reid. Te saca de tino el que te censure el caminar comparándolo con el de Rodolfo Valentino... Te irrita que te recuerde la sonrisa de Douglas Fairbanks, las proezas de Tom Mix... la simpatía de Antonio Moreno... la virilidad de Thomas Meighan..

—Claro que sí... mas no es envidia. ¡Qué va! Es mal efecto y nada más... La tomaste conmigo como si fuera un monigote que quisieras vestir a tu gusto y hacerlo andar según tu fantasía. ¡Y a mí lecciones de educación, no! Ya lo sabes. Si no te gusto tal como soy... te buscas otro que soporte tus observaciones.

—Está bien. No me lo repetirás. ¡Eres un necio, y soy yo la que deseaba mandarte a paseo!

—¡Cabeza local No mereces que ningún hombre te quiera.

—No falta quien espera ocupar tu puesto.

—¡Le compadezco!

—¡Basta! ¡Hemos terminado! ¡No es necesario que nos acompañes hasta casa! Cuanto antes no te vea más, mejor.

—Pero ¿qué tenéis, muchachos?—terció, al fin, la madre.

—Nada... que esa niña tonta que usted tiene por hija quería hacer de mí un maniquí y la he desengañado. Y me voy de su vera para siempre... con un mal recuerdo de ella porque la he querido mirándola como a un ángel y me ha salido inconstante...

—Déjale, mamá, déjale... Es un tonto... y nada más. ¡Vámonos a casa!

—No quiero... Aguarda... Me sabría mal que tu novio creyese que por ser yo tu madre sólo he de darte la razón a ti aunque no la tengas. Según él, tú tienes la culpa. ¿Por qué le vas siempre con canciones de modas y otras tonterías? Paco es un trabajador como tú, y comprendo que le molestas hablándole de lo que a él no le interesa ni tanto así, que es decir nada.

—Eso, eso, señora Encarna.

—¿Pues qué, hija mía, te quieres casar con un *millonario*? Esa hierba no creció para ti, bobalicona, y ahí tienes a Paco que vale un Perú. ¡Vamos, haced las paces!

—No, madre, es inútil... Esta vez el enfado fué de los que no se arreglan...

—Bueno... No discutamos más en la calle. Usted, Paco, venga mañana a casa, y hablaremos con calma... A ésta ya se le habrá pasado el *desgusto* tan grande que tiene.

—No... Le prohibo que venga, mamá.

—Oye ¿quién manda en casa del amo?

—Mamá, no te metas en estas cosas... Paco ya sabe que no debe volver... y ¡eal, que si viene yo no le veré ni en sombra.

—No se incomode usted con Rosita, doña Encarna. Es cierto lo que dice su

hija. *Yo no debo volver...* y no volveré. Buenas noches.

Y se fué, triste, muy triste, camino de su hogar.

—¿Pero tú estás loca, hija? ¿Qué te propones?

—Déjame, mamá, déjame... Lo he despedido porque es vulgarote.

—¿Dónde tendrás tú los ojos, reina?

—Déjame, mamá, te lo ruego... Tú no sabes nuestras cosas...

* * *

—¡Oh, ahora sí que me gustas, Paco! Eres artista, tienes gloria, dinero, elegancia, ¡lo tienes todo!

—Gracias a ti, es decir, por tu amor alcancé todo eso. Estoy muy contento... Vivo feliz... Pronto nos casaremos...

—Sí, sí, mi buen Paco.

Pero el arte, la gloria, el dinero, la elegancia, ¡todo! en fin, convirtió a Paco en un ser distinto del que había conocido Rosita.

Sus éxitos cautivaban a incautas como lo fué ella misma.

Una legión de admiradoras le asediaba de continuo.

El se desvivía por complacer a las que tenía a su alrededor... a las artistas que trabajaban con él...

Y Rosita, considerándose inferior a ellas en coquetería, elegancia y demás accesorios, sufría horrores ante la indiferencia de Paco.

Aquello no era vivir... No se podía soportar.

Hasta que un día, no pudiendo disimular por más tiempo su pesar, tuvo unos minutos de soledad con Paco y le reprochó su incalificable conducta con ella.

—Hijita, no seas así... Uno está obligado a ser amable con todo el mundo. La fama gana con ello...

—Si nos casáramos en seguida, es indudable que todo eso se acabaría, ¿no?

—¿Casarnos? Por ahora, no, querida; figúrate que la semana que viene las grandes revistas cinematográficas y toda la prensa, desde su sección cinematográfica, lanzarán la noticia, falsa, desde

luego, pero eficaz para mi popularidad, de que me caso en breve... ¡Pola Negri, nada menos! ¡Eh, qué propaganda!

—Eso es intolerable... Y me lo dices tan fresco... No reparas en nada... ¿Y mi amor propio?...

—Tú me llevaste hasta aquí... donde estoy a gusto... Todo es cuestión de acostumbrarse. Tú también acabarás por ser filósofa...

—¡Oh, nunca, nunca!... Me marchó a España... Eres un desalmado... ¡Te odio... te odio!

* * *

—Pero ¿qué gritas ahí, Rosita?

—¡Ay, mamá, qué pesadilla! ¿Qué hora es?

—Las siete.

—Jesús... Ese Paco tiene la culpa...

—¿Otra vez?

—Sí, mamá, he soñado que se casaba

con otra... ¡Qué martirio, madre, qué desesperación la mía! Mira que casarse con otra...

—Pues no sería de extrañar... Libre es de ello habiéndole dado tú el pasaporte...

—¿Qué? ¿Tú crees que él lo habrá tomado en serio?

—¿Sueñas aún o estás despierta, hija?

—Es que yo...

—Anda, anda, ve a lavarte y prepara el desayuno para tu padre... Yo me voy al mercado.

Rosita se vistió apresuradamente, hizo su «toilette» más de prisa que nunca, apenas se miró al espejo, y antes de desayunarse escribió, palpitándole el corazón, esta carta:

Mi Paco, cariño de tu Rosita: Perdona el mal rato que te he hecho pasar... y ven a recogerme al obrador a las 8 de la noche, como de costumbre. No faltes. ¡Alguna vez tenías que ganar tú!

KETTY

(Dibujo de Rodolfo Arlés)



**¡LA MAS IDEAL DE LAS
URBANIZACIONES!!**



UN KILOMETRO

DE PLAYA SOMBREADA DE PINOS
CON RIQUISIMAS AGUAS EN BLANES

Se parcelará a voluntad de los compradores
y a precios ventajosísimos a partir del día

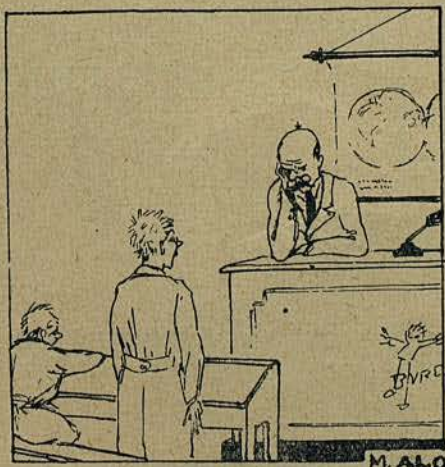
7 DE ENERO DE 1925

INFORMES Y OFERTAS:

PASEO DE COLON, 11, 4.º, 1.ª - BARCELONA



—¿Ves aquel que está de espaldas?
—Sí,
—Pues, no me puede ver...



Lección de gramática

—El sol brilla ¿qué tiempo es?
—¡Un tiempo espléndido!



—Granuja ¿qué estás haciendo ahí?
—Pues mire usted: ponía en el árbol esta manzana que hallé en el suelo.

La Novela Semanal Cinematográfica



La primera publicación
semanal cinematográfica
:: fica en su género ::



EDICIONES POPU-
LARES Y DE LUJO

Los Grandes Films

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

Cerca de 150 títulos publicados

DE VENTA EN ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



RICHARD DIX

Colegio Peninsular y Academia de San Antonio

GRAN PREMIO Y MEDALLA DE ORO EN
LAS EXPOSICIONES DE MILÁN Y PARÍS

LOCAL HIGIÉNICO Y ESPACIOSO
ENSEÑANZA GRADUADA
25 PROFESORES TITULARES

Calle Nueva San Francisco, 2

NO MAS CANAS

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 días de darse una fricción diaria con la higiénica loción de Agua Colonia "*Loción Feminor*"; no mancha la piel ni la ropa, se emplea con la mano, y con su uso se puede suprimir todos los demás perfumes. No es tintura; es una maravillosa loción de tocador intensamente perfumada. Su acción es debida al contacto con el aire.

Frasco: 4 pesetas

Barcelona: Segalá, Vicente Ferrer, La Florida, Vidal y Rivas, Banús y Soler, Monegal, Dilmiau Oliveres y Lafont. - **Valencia:** Gamir, Madrid: Gayoso, y en todas las perfumerías del mundo entero. Al por mayor:

UNITAS, S. A. Librería, 23-Barcelona

Nadie dejará de leer

el quinto libro de la

COLECCIÓN DE
OBRAS MAESTRAS

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

LA INHUMANA

REMEMBRANZA

Hojas del árbol caídas...

Hoy que mis años ya no son aquellos... como entonces son aún para ella...

Lector alegre, cese tu risa mientras me leas, que mi dolor es profundo...

Juventud en que yo amé y en que fui amado, ¡cuán lejos estás!

Sombrío invierno es eternamente mi vida, en el que sólo el recuerdo pone su nota de sol.

Las flores se marchitan y rebrotan en el jardín... mas mi ilusión perdióse para siempre.

Perdonad mi tristeza... Estoy llorando... Siento que mis lágrimas alivian mi pena... La estoy contemplando...

Callad... Se acerca a mí... Sus níveas manos rozan mi frente... Sus labios de pureza infinita redondean un beso... ¡Oh! ¿habéis percibido su leve roce en sus ojos!... Ella sabe que sufro... y más olvida darme su consuelo...

La conocí en mi adolescencia... Tenía, año más o menos, mi edad... Vivíamos frente por frente en la misma calle, estrecha por cierto...

Nunca nos habíamos hablado ni nadie nos presentó para tener esa ocasión...

Bastó que nuestros ojos se miraran una sola vez para que nuestro amor naciera en nuestros pechos encendiendo en ellos una grandiosa pasión.

Yo cursaba mis estudios de bachiller y vivía con mis padres... Ella no tenía madre... y tal vez esta era una de las razones por las cuales su padre la vigilaba con singular interés, adorando en ella, y, a mi juicio de entonces y del presente, exageradamente temeroso de que le arrebataran su tesoro.

La comunión de nuestros sentimientos se celebró... de balcón a balcón... La sorprendí mirando hacia el mío detrás de los cristales del suyo... Su mirada era lánguida... y vi que su alma soñaba... Parecióme un lirio trasplantado a un invernadero. Sin luz... monótono... dormido...

Mi gesto de admiración estremeciéndola...

Desde aquel día... todos los demás fueron felices para nosotros...

Cada atardecer tenían lugar nuestras entrevistas... a distancia... y cada vez más cerca...

Mirarnos cien veces, sonreír, suspirar... ¡he ahí todo lo que hacíamos!

La celosa preocupación de su padre y

la rigidez de los míos nos ligaban a no salir de nuestro mudo pero elocuente flirteo... en espera del feliz y anhelado momento de poder interesar a aquéllos en nuestros amores.

Quien haya amado con sentidos y alma, no necesita de mis vehementes palabras para juzgar mi inefable dicha...

Pero a los que no tuvieron aún esa gracia divina, grato les ha de ser analizar mi alegría, mi orgullo, mi poder, considerándome dueño absoluto del pensamiento de una mujer exquisita, encantadora y enamorada.

Todo lo que se tiene, lo que uno es, lo que puede ser, se desdeña por la que ha cautivado nuestra ilusión toda. Ella... sólo ella... tiene un valor positivo...

Mas ¡ay! la poesía cambió las bellas estrofas de esperanza por las trágicas del infortunio...

Ella enfermó al llegar el pleno invierno...

Se puso en cama... y se quebró el encanto de las deliciosas confidencias por signos...

Mi alma no sosegaba un momento, presa en la angustia...

Mi madre observó en mí un cierto decaimiento... pero supe librarme de sus sospechas...

Y un día, después de mortal aflicción, el correo me trajo una misiva... cuya letra me era desconocida... Mas a las primeras líneas comprendí que era ¡de ella!

Mi asombro fué inmenso, inconcebible...

Rechacé el legítimo orgullo de mi triunfo, para dar sólo cabida en mi corazón al agradecimiento.

Y volví a leer el principio de la carta aquella y seguí hasta el final cada vez más perplejo... más desconcertado... más

sacudido por las palpitaciones de mi ser...

Recuerdo la carta, ¡cómo no!... Me decía:

«...Sé que tú me amas con fe... y tú sabes cuanto yo te amo...

»Pero, mi bien amado, yo siento causarte una pena muy honda... Me estoy muriendo... La consternación de mi padre me lo ha revelado...

»He querido que supieras por mí misma que tu amor me anima en estos implacables momentos...

»Esto tenía que suceder... Siempre he sido muy poca cosa... Nada ha logrado fortalecer esta flor enferma...

»No quisiera morir sin verte otra vez... Tú también debes desear verme, lo comprendo...

»Mira... Esta noche, cuando mi tía se ausente, con un pretexto que yo buscaré, de mi cuarto, acudiré a mi observatorio de siempre y mis ojos se elevarán... es posible que por última vez... a ti...

»No llores, mi bien amado... Tu aventura habrá sido triste... pero yo desearía que no la olvidases cuando ya no exista...

»Adiós, novio adorado, para ti es todo mi amor.

LUCÍA.»

Al terminar esa lectura, caí sobre mi mesa sollozando y permanecí en mi cuarto hasta la noche, negándome a probar la cena...

No me separé un instante del balcón... Temblaba de deseo, de emoción... y de inquietud.

Tras de mucho suplicio, la vi aparecer.

¡Oh, aquella visión virginal, imborrable de mi mente!

A través de la luz, la fina bata que cubría su cuerpo de diosa clareó, y ofrecióse a mis ojos el molde perfecto de sus gracias.

Cegué... Me faltaba el aliento... Ansias locas de besar me devoraron... ¡¡Dios mío, era posible que yo pudiera perderla!! ¡Si yo estaba loco por ella!

De pronto, la celestial figura levantó su mano hasta sus labios y me mandó un beso... miróme con ojos desorbitados, rojos por el llanto, y cerróse el ventanillo del balcón...

La emoción que experimenté sobrepasaba mis fuerzas y quedé dormido...

Y soñé que ella estaba a mi lado...

en mi lecho... y que su rostro, junto al mío, tenía el aroma de la flor de azahar...

Dos días después... recibí el más rudo golpe de mi vida... ¡Ella había muerto!...

Perdonadme otra vez... Mi dolor se desahoga en raudales de lágrimas...

Mi pobre corazón se mece en el pasado...

Ya no hay más felicidad para mí... sino el recuerdo de mi amor...

Silencio... Ella es... Viene a mí... ¡Oh! ¿habéis percibido su leve roce en mis ojos?... ¡¡Ha besado mis lágrimas!!

ABELARDO LANCIA

(Dibujo de C. Maresch)



¡EMPRESARIOS!

Si queréis obtener buenos ingresos de taquilla no dejéis de proyectar en vuestros salones las

SUPERPRODUCCIONES: 4 partes

Cuando sonrío el peligro

1,900 m. - William Duncan y Edith Jonhson

De cara a la muerte

2,100 m. - William Duncan y Edith Jonhson

Juez de sí mismo

1,600 m. - Antonio Moreno y Betty Franc.º

La isla maldita

1,700 m. - Corina Griffith

Su señor y dueño

2,000 m. - Alice Joyce

EXTRAORDINARIAS 4 partes

La hija de la Nieve

1,400 m. - Onnia Pariakoff

Sacrificio de una vida

1,560 m. - Margarita Lux

La Turbina Homicida

1,780 m. - Ivan Kosternoff

PELÍCULAS CÓMICAS EXTRAORDINARIAS Una parte

El cantor de las legumbres

300 m.

Llévame al cine

300 m. - Lee Moran

Una paliza diaria

300 m.

La elocuencia del silencio

300 m. - Lee Moran y Eddie Lions

El pescador de ballenas

300 m. - Lee Moran

Monadas y monerías

300 m. - Dos chimpancés amaestrados

Dos partes

La Luisa y su perro

700 m. - Thedy y Louise Fazenda

¿Qué falta hace un auto?

700 m. - Ben Turpin y Phillis Haver

Los papeles de Severino

750 m. - Billy Bevan

La carrera de Severino

700 m. - Billy Bevan

Para Sandalio hay oro

800 m. - Jimmy Aubrey (SANDALIO)

CÓMICAS :: Dos partes

Tomasín se empenó la chica (650 m.) : Tomasín, camarero mayor (800 m.) : TOMASÍN, CHICO DE COLMADO (715 m.) : Tomasín, gota de rocío (725 m.) : Tomasín, tramoyista (690 m.) : Tomasín, su dulce hogar (660 m.) : Sandalio, oasis de la moda (625 m.) : La vida perra (675 m.) Montgomery : Una página heroica (650 metros) All Star : Alegres chicas de New-York (640 m.) Eva Novak : Un rato de Tenorio (665 m.) Ramiray Roch

SELECCIÓN "ORIM"

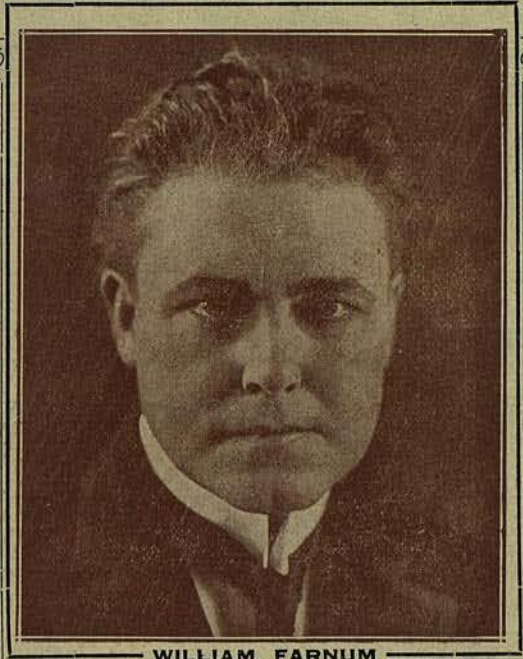
CINEMATOGRAFICA MIRÓ

PLAZA LETAMENDI, 10
BARCELONA

SUPLICADO

La Novela Film

Publicación selecta de sugestivos asuntos cinematográficos



WILLIAM FARNUM

40 páginas de texto -:- Interesantes ilustraciones fotográficas
:: Postal-regalo en cada ejemplar -:- Exito creciente ::

Precio: 30 céntimos

ESTA NOVELA SE CONFECCIONA EN LA IMPORTANTE IMPRENTA

Vda. de J. Sanjuán Vila

URGEL 7 —
BARCELONA



Emilia Tutusaus

Bailes de Salón

Lecciones sólo
para Señoritas



Urgel, 131

Barcelona

CASA BONNEVIE

CALLE DEL PINO, 14 :: BARCELONA

TELÉFONO 2880 A



TRANSPORTE DE MOBILIARIOS, SIN EMBALAJE, DENTRO
Y FUERA DE LA CAPITAL Y PARA EL EXTRANJERO
WAGONES CAPITONNÉS - CADRES - CONDUCTORAS
GUARDA MUEBLES

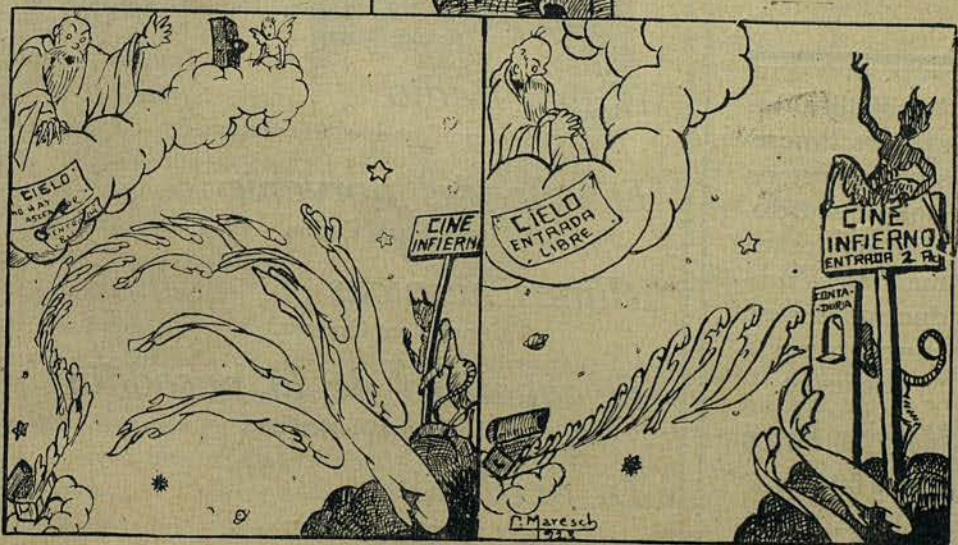
CINEMANÍA



Lucifer está que trina:
no gana ni pa medicina.



—Caloríferos compañeros:
Hay que alimentar los calderos.



¡Un cine! Magna solución...

¡Soy el amo, Periquín, Pericón!

Los mayores éxitos de 1924-1925 los constituirán las GRANDES EXCLUSIVAS DE MODESTO PASCÓ

Rambla de Cataluña, 62 - BARCELONA

© © ©

Kean, o Desorden y genio

por Ivan Mosjoukine, Nicolás Koline y
Nathalie Lissenko.

El canto del amor triunfante

por Jean Angelo, Nathalie Kovanko y
Nicolás Koline.

Mister Radio

por Luciano Albertini.

El velo del porvenir

por María Corda.

Almas heroicas

por Nora Gregoar.

El caballero de la pesadilla

por Ivan Mosjoukine.

La perdición

por Asta Nielsen.

No olviden los
señores Empresarios pedir precios y condiciones de estas magníficas producciones a su concesionario exclusivo.

Modesto Pascó
Rambla Cataluña, 62
BARCELONA

Desde los Angeles

«Octubre de 1924

Es usted deliciosa hasta cuando se enfada, mi querida Isabel. ¿De modo que no cree usted en la sinceridad de mis consejos? ¿Y por qué no? ¡Ah, cómo se advierte que sus menores caprichos han podido, hasta hoy, satisfacerse siempre! Sin embargo, en mi carta anterior no le decía nada que no fuese razonable. Si mal no recuerdo, mi respuesta a su consulta, un poco de niña mimada, era a tenor de lo que sigue: «Para ser artista de la pantalla se requieren tales condiciones de fuerza de voluntad y dominio de sí mismo, que son muy pocas las mujeres, de los muchos miles que todos los años vienen a Los Angeles con este propósito, que logran el privilegio de ser sometidas a la prueba de un primer ensayo, y aun de éstas la mayoría son desechadas después de un rotundo fracaso. Y no crea que se trata de mujeres profanas en el arte de la escena, pues casi todas ellas han sido antes o figuras de teatro o artistas de variedades. ¡Si viera usted qué triste resulta el fracaso de estas

muchachas víctimas de la sugestión que ejerce el «cine»! ¡Qué desesperación tan grande la suya al darse cuenta de que no sirven!...

Voy a referirle el horrible episodio de que fué protagonista una muchachita que, como usted, quería ser artista de la pantalla. Sucedió esto hace algunos años.

Nos hallábamos cerca de Toronto, a orillas del lago Ontario, a donde nos habíamos trasladado en pleno invierno para hacer una película. Una mañana se presentó a nuestro director una jovencita de Cleveland; era una criatura encantadora: alta, esbelta, graciosa, con unos magníficos ojos azules a los que daban sombra las pestañas más bonitas y mejor recortadas que he visto en mi vida. Me acordé de usted, porque



usted también es dueña de unos ojos de un azul de maravilla. La muchacha se llamaba Betty, y tanto agradó su figura y su expresión a nuestro director que, al manifestarle Betty sus deseos de someterse a una prueba para ser artista cinematográfica, accedió, ordenando que se preparase el cuarto de ensayos, una

cabina de madera, con techo de lona, que los operarios fabricaron en menos de una hora en el campamento de los artistas, situado a orillas del lago. Yo asistí a la prueba, y recuerdo con pena la angustia de Betty por su torpeza para obedecer las órdenes del director, el cual, lleno de buen deseo, no pudo conseguir que Betty representase la farsa sencillísima de un paso de danza, ni siquiera que sus ademanes y sus gestos respondiesen a las normas más elementales. Aquello fué muy triste. La muchacha, después del ensayo, lloraba con todo su cuerpo sacudido por una dolorosa congoja. «No se desanime usted»—le dijo el director.—«Mañana la probaré en otro ensayo.» Esta mañana no llegó nunca para la infortunada Betty. Las exigencias de la película que estábamos filmando nos obligaron a cambiar el emplazamiento de nuestro campamento, situándolo en la frontera del Canadá. Betty obtuvo permiso para acompañarnos y vino con nosotros; ya no era la misma muchachita que dos días antes nos había sorprendido con su aparición llena de gracia. Estaba muy pálida y apenas si comía. Me interesé por ella y la llevé conmigo. La muchacha asistía a nuestros trabajos con una atención expectante. Poco a poco la confianza volvió a ganarla de nuevo. Volvía a reír y aseguraba que en el nuevo ensayo triunfaría. ¡Pobre Betty! El día en que debíamos concluir la película se desencadenó una tormenta de nieve. Nuestro trabajo no podía interrumpirse y, helándonos materialmente, logramos dar término a nuestra labor. Era ya de noche cuando nos recogimos a nuestras tiendas. Me sorprendió no encontrar a Betty y pregunté por ella. Nadie supo darme razón; sólo uno de los operarios de las máquinas pudo decirme que la había visto, una hora u hora y media antes, cerca de la caseta de proyecciones. Avisé

al director. Hacía un frío horrible; la nieve seguía cayendo imperturbable. La noticia de que Betty había desaparecido extendióse por el campamento, del que se elevó un rumor de colmena. Todos se pusieron en busca de la muchacha; las linternas eléctricas de que nos valíamos apenas si lograban disipar las sombras, que parecían más espesas por efecto de la cortina de nieve que bajaba del cielo. Nuestro director injuriaba a sus empleados y gritaba diciendo que no volvería a recibir a ninguna aspirante a estrella. Por fin oyóse una voz, llamándonos. Corrimos en aquella dirección y mis ojos se llenaron de lágrimas ante el espectáculo que presenciaron: la infeliz Betty, narcotizada por el frío, habíase dormido debajo del pequeño tablado desde el que el director nos transmitía sus órdenes con auxilio de la bocina durante nuestro trabajo; estaba encogida, tiritando, abrazada a sí misma. Se la trasladó a una de las tiendas y al día siguiente hubo que llevarla al hospital de la ciudad más próxima... La última vez que fui a verla, pocos días antes de nuestro regreso a Los Angeles, el médico me dijo que desesperaba de salvarla...

Esto le escribía yo, mi querida Isabel, en mi última carta. Y concluía: «No insista usted, pues, en sus locos deseos. Joven, guapa y rica como es y asediada por las galanterías de los hombres que aspiran a conquistar su amor, usted no se sometería nunca de buen grado a las leyes de nuestra vida penosa, a nuestra vida de intenso trabajo, teniendo, a veces, que levantarnos al amanecer y acostarnos a altas horas de la noche; a nuestra vida sin comodidades y llena de las asperezas de una labor casi brutal, para la que hay que tener una resistencia física de atleta: la lluvia, la nieve, el frío, el calor, las acometidas del vértigo, los peligros de toda clase de accidentes mortales..

esto es lo que constituye el camino que los artistas de la pantalla debemos recorrer constantemente a cambio de un dinero que apenas si tenemos tiempo de disfrutar, y de un poco de gloria las más de las veces amargada por las flechas agudas de una crítica acerba... Resígnese, pues, mi encantadora niña, a seguir gozando de su existencia fácil, en la que nada le falta y le sobran muchas cosas, y no vuelva a pensar en esa loca aventura de imitar a Betty, la jovencita de Cleveland.»

Esto le decía yo en respuesta a su consulta, y usted, con gritos de muchacha caprichosa, me contesta amenazándome con reñir conmigo y otras mil cosas desagradables. ¿Enfadarse? ¿Para qué? Pero yo la quiero demasiado y he de repetirle que es una locura la que usted pretende viniendo a Los Angeles para contratarse como artista de «cine». Las alegrías de sus diez y ocho años, tan frescos y bonitos, los triunfos de su belleza exquisita que ya sabe de todos los homenajes, no le permiten juzgar con serenidad las dificultades y tropiezos que le saldrían al encuentro en cuanto intentase poner en práctica esa loca ilusión que ha buscado albergue debajo del casco de oro de sus cabellos. Ciertamente que el episodio de Betty no es un argumento; yo tampoco se lo referí dándole más importancia de la que realmente tiene. Sin embargo, conyenga usted, amiguita mía, en que hay en él una lección que a su clara inteligencia no puede ocultarse. Esto aparte, yo podría referirle numerosos casos, si

no tan dolorosos, al menos tan elocuentes como el de Betty. La consecuencia, lo mismo en unos que en otros, siempre es la misma: hay que librarse de la fascinación del cine, contentándose con ser espectadores, más o menos entusiastas, de sus escenas; rehuendo el canto tentador de la anécdota acerca de las ganancias fabulosas—un poco exageradas—y de la gloria—la mitad de la mitad—con que el público premia nuestra labor.

Y ahora dejemos esto, sobre lo que le ruego que no vuelva a hablarme, y con tésteme a las preguntas siguientes:

¿Qué es de Fernando Baldrich? ¿Siguen ustedes en relaciones? Me agradaría que se casase usted con ese muchacho, tan bueno y tan inteligente. ¿Se acuerda usted del viaje que hicimos en su aeroplano desde Trouville a Rouen? Entonces parecía usted encantada de su novio. Fué aquel un verano delicioso. Nunca lo olvidaré. ¡Qué expediciones más interesantes hicimos!

Nada me ha vuelto usted a decir de él después de su viaje a Barcelona.

Escribame y dígame la verdad, toda la verdad, de esos amores sobre los que late un silencio que me hace pensar mal de usted.

Reciba, mi querida Isabel, dos besos para las dos violetas de sus ojos y todo el cariño de su amiga

GABY.»

Por la copia,
M. D.

(Dibujo de C. M. F.)



CASA MARSAL

POLLERIA
Y CAZA ::

Rambla San José, 13. - Tel. 1157 A

: Esmerado servicio a domicilio :

:: :: Antigua Casa
Saumell

SS PINTURA
DECORATIVA

BALMES, 4 - Teléfono 870 A

EL FARO

SASTRERÍA A MEDIDA

Ropas hechas : Camisería

Sombrerería : Economía

= verdad : Precio fijo =

HOSPITAL, 127

Teléfono 5591 - A

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



AGNES AYRES

CAMISAS, especialidad en la medida.
CORBATAS, siempre lo más nuevo.
TRAJES INTERIORES, gran calidad.
CALCETINES, PAÑUELOS, etc., etc.,
PRECIOS SIN COMPETENCIA

CASA DEULOFEU

PLAZA SAN JAIME, 1
CALLE DEL CALL, 30
BARCELONA

SASTRERIA - CAMISERIA

IRIS

PRINCESA, 2 y 4

El corte Iris ha batido el record de
la elegancia, solidez y economía

Pruébelo usted

PRINCESA, 2 y 4

IRIS

SASTRERIA - CAMISERIA

CASA FUNDADA EN 1840

DIPLOMAS DE HONOR
DE KEYN F. RES
MEDALLAS DE ORO
BRUSELAS

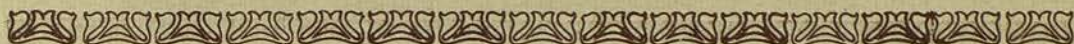
Proveedores del Estado Belga

PINTURA ANTI-OXINA
ACIERINE

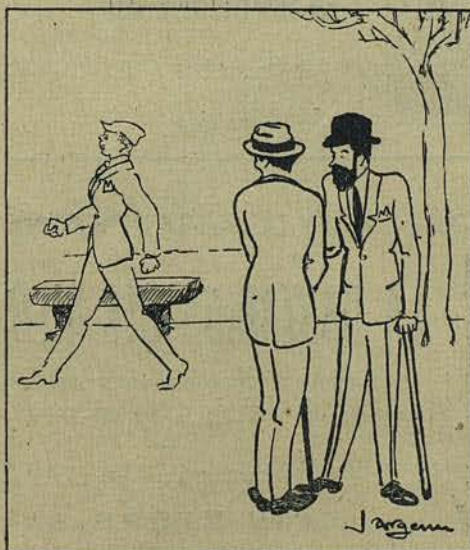
AGENTE PARA ESPAÑA
REPRESENTACIONES
COMISIONES
SIMÓN

Alfonso XII, 33

BARCELONA



La taberna de la calle de la Paz



- ¡Ese que pasa es un boxeador invencible!
 — Pues mira, esta semana le voy a arrancar las muelas.
 — ¡....!
 — Soy su dentista.



Entre amigos

- ¿Por qué esa cursi de Mimi usará colores tan chillones?
 — Pues, muy sencillo, hombre; porque es sorda.



La Película de la Elegancia



La película que da
el sello de distinción
donde se proyecta

Una comedia mensual en dos partes

Cómo se hace un maniquí.

¿Por qué se aburre tu marido?

El hijo pródigo.

Sedas y mujeres.

La sonrisa de París.

etc., etc.

DOS GRANDES PRODUCCIONES

LA MADRECITA

— Comedia sentimental —

INTÉRPRETES PRINCIPALES

France **DHELIA**

Y

Regine **DUMIEN**

LA DANZARINA DEL NILO

Apasionada historia de amor en los
tiempos del REY TUT-ANKH-AMEN

INTERPRETADA por

Carmel **MYERS**

EXCLUSIVAS



Consejo de Ciento, 278

BARCELONA

La orfandad de Chiquilín

Por el pequeño gran actor 'ACKIE COOGAN



Exclusiva de la C.^a C. Hispano-Portuguesa, S. A., de Madrid

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

JOSÉ CAVALLÉ Aragón, 225 pral.-Barcelona



PARA Pablo Savelli la vida había sido pródiga en ventura.

Realizó su más cara ilusión: ser virtuoso del violín, aclamado por todos los públicos, y su más bello ideal: casarse con la mujer que llenaba de amor todo su corazón, haciéndolo inespugnable para cualquiera otra mujer.

Además de esos dos dones tan raros, Savelli tenía en su hogar un tesoro inapreciable en su tierno hijito Patlín, de pocos meses de edad, en quien él y su esposa adoraban.

Elena de Savelli, amada y amantísima mujer del feliz nido del violinista, tenía el grave defecto de ser exageradamente celosa de su marido.

Adela Carter, de la alta sociedad americana, era la discípula predilecta de Savelli, por haber visto el maestro en ella una promesa de artista.

Elena había sorprendido varias veces la simpatía que la alumna demostraba al profesor, y la víbora venenosa de la duda roía el espíritu de la esposa.

Era cierto que Adela miraba con «buenos ojos» a Pablo, y que no le negaría que la abrazara de verdad cuando corregía la posición del brazo en que reposaba el violín y de la mano que sostenía el arco.

Sin embargo, Pablo no hacía caso de las extravagancias de la futura artista, cuyo temperamento pasional la llevaba al extremo de poner deseos y esperanzas en un hombre ligado por un lazo sagrado a otra mujer.

Elena sufría sin razón constantemente, sin atreverse a pedir a su marido

que rechazara las lecciones particulares para las que se le solicitaba con buenas ventajas económicas.

Al cabo de algún tiempo de consumirse de celos en silencio, un día en que la fatalidad hizo presa en ella, Elena creyó ver positivamente en una corrección de posición de brazos, de su marido a Adela, el abrazo amoroso que patentizaba la infidelidad conyugal del hombre.

Herida, erróneamente, en lo más honrado de su ser, Elena tomó una loca determinación: abandonar la casa, con su hijito, para no vivir con quien tan humillantemente olvidábase—según ella—de sus deberes.

Cegada por los funestos celos, Elena recordó una carta que recibiera poco antes, y cuyo texto decía:

...Nos place saber que la hija de nuestros amigos más queridos, que en paz descansan, no nos ha olvidado. Creemos que tus celos no tienen más fundamento que suspicacias pueriles con las que tú misma amargas tu felicidad. Si tu marido te amó siempre, ¿cómo no ha de amarte ahora mucho más si le has dado un hijo tan hermoso? Actualmente estamos en nuestra finca de Meadowbrook, mucho más cerca de la ciudad, y esperamos tu visita, anhelantes de volver a verte, tus viejos amigos,

HOLDEN

En la oferta de los Holden vió Elena su salvación, y, decidida a marcharse de su hogar, escribió una nota a Pablo, redactada como sigue:

No quiero verte más en la vida. No intentes buscarme, porque no volveré a ti. Tu infidelidad abre un abismo entre nosotros.

ELENA

Tras esto, cogió a Pablín de su cuna y salió de su casa por una puerta de servicio.

Poco después, Adela se despedía hasta el día siguiente de Pablo, y éste llamaba a su esposa.

Como no obtuviera respuesta, buscóla, inútilmente, hasta encontrar la nota de adiós que ella le dejara.

—¡Qué locura, Dios mío, qué locura!— exclamó Pablo.

Y dominado por el afán de encontrar a la fugitiva, con el niño, en la calle, a tiempo de evitar que se consumara el fallo de la adversidad, Pablo se lanzó a la vía pública y oteó en todas direcciones.

Sus ojos parecieron saltarle de sus órbitas cuando vio a su mujer al otro lado de la calle, y fijas sus miradas en los dos seres de sus amores, precipitóse a ellos.

Pero estaba escrito que la fatalidad debía vencer, y venció brutalmente, pues Pablo, al ir a cruzar la vía, fué alcanzado por un camión industrial, quedando tendido en el arroyo...

Entretanto, la irreflexiva esposa, estrechando contra su pecho al inocente niño, para su consuelo, se alejaba de prisa de la casa de sus amores, y pronto el ferrocarril la llevaría con su hijo a su provisional refugio.

Los Holden recibieron cariñosamente a Elena y Pablín, y a ellos les contó la cuitada su «triste vivir» al lado de Pablo. Al terminar su relato, les dijo:

—Ahora que saben ustedes qué clase de hombre es mi marido, comprenderán que debe ignorar siempre dónde estoy.

La abuela Holden contestóle por ella y por su esposo:

—Ya suponemos, querida Elena, que no lo habrías dejado sin una causa muy justa. Tú y tu hijo podéis contar con nuestra casa para siempre.

—Gracias, gracias; pero yo quiero trabajar para mí y para mi hijo.

* * *

Seis años después, reveses de fortuna arruinaron a los Holden.

Elena había muerto de pena, tras breve enfermedad, hacía ya dos años.

Pablín era un hombrecito de siete años, ídolo de los viejos empobrecidos, los cuales, como todos en el lugar, le llamaban Chiquilín.

Los Holden viéronse en la penosa obligación de ofrecer su casa y sus bienes muebles para pagar sus crecidas deudas, y ya no les quedaba otro recurso para su vejez que el retiro en la quinta de caridad subvencionada por el Ayuntamiento del pueblo.

En feliz despreocupación de todo cuanto no fuera el negocio del momento, Chiquilín estaba preparando la generosa misión de la lactancia, «abusando» de la docilidad de una señora vaca.

La leche extraída de las ubres del animal, y que llenaba un biberón, debía servir a la nutrición de «Juanita», una cerdita a quien prodigaba sus ternuras de amiguito.

La abuela Holden lloraba al contemplar en la terraza de su casita los muebles y efectos que dentro de pocos momentos serían vendidos en pública subasta.

—No llores, abuelita, no llores...—le decía el abuelo, imponiéndose valor para los dos.

—Sensible es que tengamos que ir a la quinta de caridad, pero mi gran dolor es que dejemos desamparado a ese pobre niño sin madre.

—Nosotros le dimos cuanto teníamos. En cambio, si su padre vive aún, a pesar de no haber nunca respondido a nuestros anuncios en el periódico local, es un ser sin alma.

—Pero ¿quién se encargará de Chiquilín?

—Ninguno de nuestros vecinos se ha ofrecido a adoptarlo. Lo más probable es que tengamos que pedir que lo lleven a un asilo.

—¡Oh, hijito de mi alma!

—No llores, abuelita, no llores...

Chiquilín, cumplida su misión de ali-

mentar a «Juanita», volvía a la casita para hacer diabluras con los abuelos.

Al ver la terraza llena de trastos, el pequeño pensó que se trataba de hacer algún viaje, y le preguntó a la abuela:

—¿A dónde vamos, abuelita?

La bondadosa anciana mintió por compasión.

—A una hermosa finca donde habrá gente buena... muy buena.

Chiquilín batió palmas, y recogió del suelo un libro que entregó al abuelo.

—Anda, abuelito. Léeme cosas de la historia de Dick Whittington.

La anciana se puso a llorar, y para que Chiquilín no la viera entró en la casa.

—¡Yo no puedo decirle que le abandonamos, pobre ángel mío!—murmuraba.

El abuelo, haciendo un esfuerzo para ocultar su emoción al niño, leyó algunos párrafos de las aventuras del precoz inglés:

...y el pobre Dick Whittington alcanzó riquezas y fama y fué tres veces Corregidor de Londres, pero no olvidó a aquellos que habían sido buenos para con él en su juventud.

Algo más tarde, en presencia de los acreedores hipotecarios de los bienes de los Holden, se procedió a la aludida subasta.

Los dos abuelos presenciaban, doloridos y apartados de todos, la venta de sus queridos enseres al mejor postor, y pasaban por la más cruel de las decepciones al ver despreciados, por insignificantes, varios objetos que para ellos tenían un valor inmenso.

Chiquilín contemplaba la venta sin saber a punto fijo por qué se hacía, pero por dos veces salió de su inconsciencia, a saber: cuando un obeso comprador adquiría un marco antiguo con el retrato de su madre, que cayó al suelo y que el adjudicatario pisaba involuntariamente, y cuando el subastador pidió al público que pusiera precio al violín que le regalara, dos años atrás, su pobrecita madre.

—¿No ves que es el retrato de mamá?

—dijo al macizo comprador levánten-

dole el pie que maltrataba a la querida imagen, de la cual se apoderó.

—¿Cuánto ofrecen por este violín?—preguntó el subastador.

—No lo venda, señor, que es mío. ¡Me lo dejó mamita!

El hombre que hacía de secretario de los acreedores, dijo al subastador:

—Siga, y no haga caso de niñadas.

Alguien tuvo el valor de ofrecer un



La bondadosa anciana mintió por compasión

dólar por el instrumento, y entonces Chiquilín, implorante y enternecedor, dijo al vendedor:

—Déme a mí por ese precio.

Y le fué adjudicado al niño, por un dólar, su propio violín.

—Ahora voy a proceder a la venta del ganado—manifestó el subastador al público.

Al oír esto, Chiquilín sólo tuvo una preocupación: salvar «de la quema» a «Juanita»; y la salvó.

Los abuelos permanecían inmóviles frente a su casita y murmuraban como una plegaria:

Señor, hémos a los dos, leales servidores tuyos, sin hacienda y sin fuerzas.

Que tu santa voluntad se haga. Consuélanse nuestros corazones en la fe puesta en ti para que ese niño tenga el amparo de tu omnipotencia.

Una vecina se acercó a los abuelos, y apenas les habló así:

—Yo he comprado la cama con sus



El abuelo leyó algunos párrafos de las aventuras del precoz inglés

colchones y su ropa, pero lo dejó todo a ustedes para que lo usen hasta que se marchen.

—Gracias, Adelaida. Un noble corazón no puede faltar en la tierra.

La caritativa vecina distancióse de los viejos, contagiada de su tristeza.

Chiquilín, con «Juanita» en sus brazos, corría a la finca de los padres de su amigo «Gordito».

—¡Eh!—llamó.—¡Ah! ¿Estabas ahí?

—¿Qué te trae por aquí, Chiquilín?

—Pues mira me voy con los abuelos, «Gordito». ¿Puedo dejar a mi «Juanita» con tu «Tesisfón»?

—Como quieras. Pero oye, ¿tú también vas a ir con tus abuelos a un asilo de pobres?

—¿Qué dices?... ¿A un asilo de pobres?

—Así me lo ha contado Pedro, y así te lo cuento yo.

—¿Será verdad?

—Así lo parece. Por algo habrán vendido todas sus cosas.

—Tienes razón, «Gordito»... todo ha sido sacado de la casa... ¿Entonces yo?...

—Tú no puedes ir con ellos, porque, según creo, en la quinta de caridad sólo hay ancianos.

—Pues yo no quiero separarme de los abuelitos, y ahora mismo voy a decírselo. Bueno; adiós, y a ver si tú procuras que tu puerco sea bueno con «Juanita» ¿oyes?

—No pases cuidado, Chiquilín. Tu cerdita será bien tratada.

—Adiós, amigo mío...

—No te entristezcas, pequeño...

—Es que... yo quiero mucho a mis abuelitos... y me da pena...

No pudo concluir la frase. Un sollozo le cortó el habla, y lentamente, reconcentrado en sí mismo, emprendió el regreso al hogar sin abrigo de los viejos.

—¿Es a un asilo de pobres a donde vamos, abuelita?—preguntó a la bondadosa mujer.

—Sí, hijo mío... es la única casa que tenemos ahora—respondió la abuelita, visto ya que Chiquilín habíase enterado de ello en el pueblo.

Pero lo que no pudo decirle fue que él tendría que separarse de ellos.

Y aquella noche los dos viejos lloraron mucho, y si se durmieron fue porque el dolor agotó sus debilitadas energías.

* * *

A los primeros resplandores de la nueva aurora, como el Dick Whittington

cuyas hazañas admiraba, Chiquilín resolvió lanzarse a los ignotos senderos de la aventura.

Y después de haberles enviado en algu-



— ¿Se a un asilo de pobres a donde vamos, abuelita?

nos besos todo su amor, y despidiéndose de las ropas de los abuelos, muy sigilosamente, para no turbar su sueño, salió Chiquilín de la casa.

Fuera de ella, y de un rosal, el niño arrancó una hermosa flor y la depositó luego sobre la tumba de su venerada madre, ofrendándosela en una tierna despedida sentimental.

— ¡Adiós, mamá querida! Me voy tal vez muy lejos... ¿Verdad que tú no me abandonarás nunca?

En el camino del pueblo Chiquilín vió como de un camión se caía un paquete de mercancía, y gracias a su aviso el conductor recuperó el género.

Agradecido, el *chauffeur* preguntó al muchacho a dónde iba, y como éste le respondiera que tenía la intención de trasladarse a la ciudad, le recompensó su honradez llevándolo a ella consigo.

Ya en la capital, Chiquilín saltó del

camión, pero la mala fortuna quiso que olvidara en él su violín.

Por más que corrió para recuperar el recuerdo de su madre, no lo logró, pues el camión corría más que él.

En tanto, en Meadowbrook los abuelos buscaban al niño.

La abuela le llamaba a todos los ecos; mas él no aparecía.

De súbito, el abuelo, al coger sus ropas que pendían de un clavo hundido en la puerta de su cuarto, leyó en dicha puerta un escrito del muchacho, que decía:

Queridos abuelita y abuelito: Voy a buscar la fortuna como el muchacho del libro. No lloréis por mí. De todos modos tenía que separarme de vosotros, y prefiero hacerlo así.

CHIQUILÍN.

La anciana rompió a llorar a partir el alma, y el abuelo la consoló, aunque lo hiciera muy mal.

— No te aflijas, abuelita. No puede haber ido muy lejos, y quién sabe si lo ha fingido para darnos una broma.



... y despidiéndose de las ropas de los abuelos ...

Pero la abuelita presentía que Chiquilín no volvería al pueblo, y se moría de pena.

La curiosidad llevó al muchacho a

detenerse ante un pobre violinista encorvado, que tocaba a la puerta de un teatro, y su presencia y pobreza en el vestir llamó la atención del mendigo.

Era, éste, César Gallo, un maestro de



—Yo me llamo Chiquilín

música mimado en su juventud y a la sazón olvidado y sin amigos.

Cuando el músico terminó de tocar, Chiquilín no pudo menos de decirle:

—Usted toca muy bien, señor.

—Pero el negocio, pequeño, va muy mal.

—Yo también sé tocar.

—¿Tú?

—Ya lo creo. Traje conmigo un violín, pero lo olvidé en un camión. Tocando, como usted, por las calles, pensaba yo ganar dinero.

—¿No tienes familia?

—Estoy solo en el mundo, porque mis abuelitos no pueden ahora ayudarme. Déjeme tocar algo en su violín.

—No, no... Podrías romperlo, y él es toda mi fortuna.

—No tema usted nada malo... Ya verá como se lo devuelvo igualito que antes.

—Toma... pero cuidado...

Chiquilín rasgó las cuerdas armoniosas y arrancó de ellas un airoso pasodoble.

El maestro quisiera ser sordo para no oír la música ramplona del muchacho, pero una razón elocuentísima le hizo sonreír: la caridad que le hacían algunos transeúntes, cosa que no ocurriera aún aquel día a pesar de tocar él música clásica.

—Me interesa el niño, me interesa— pensó.

—¿Qué piensas hacer aquí, solo, expuesto a que te recojan los guardias y te encierren en cualquier asilo?

—Sin mi violín, estoy perdido.

—Yo quiero ser tu amigo.

—Yo también de usted.

—¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Chiquilín. Vivía con los abuelos Holden, que eran amigos de mi familia, pero ellos tienen ahora



... no había manera de comerlos con decencia.

la casa de los pobres y yo no tengo nada.

—Vamos a mi vivienda.

—Déjeme que le ayude a ponerse en pie. Yo tengo muchas fuerzas.

—Quita, quita...

—Le digo que puede apoyarse en mi hombro...

—Eres un valiente...

—No se ría usted.

Momentos más tarde, hallábanse Gallo y Chiquilín en una misera buhardilla, muy distinta ¡ay! de los dorados salones que un día escucharon las divinas melodías arrancadas del arco mágico del maestro.

Chiquilín, dispuesto a ser lo más útil posible al mendigo, puso la mesa y cuidó de servir los macarrones que se cocían en el puchero.

Ardua fué la tarea, pero como más vale ingenio que fuerza, Chiquilín, con la ayuda de unas tijeras, pudo «inmovilizar» los rebeldes canutos de pasta en los platos.

Si difícil resultó para él el trabajo de hacer los platos, más engorroso le resultó el imitar al maestro para engullir los macarrones, pues como eran kilométricos, no había manera de comerlos con decencia.

De nuevo tuvo que apelar Chiquilín a la habilidad, y resolvió el problema empleando un cacharro de lata.

Rióse el maestro de las ocurrencias del chiquillo, y a juzgar por su risa, el niño le inspiraba algo más que vulgar interés...

Una vez ingerido el alimento, el viejo músico sometió al pequeño amigo a una prueba de aptitudes.

Después que Chiquilín tocó una de las piezas alegres de su escaso repertorio, el maestro le dijo esperanzado:

—No engañas a César Gallo con tus acordes bailables. Yo despertaré el alma de artista que en ti duermo, y algún día ganarás oro, mucho oro.

—Eso quiero yo, mucho oro, para que el abuelito y la abuelita Holden tengan otra vez su casa.

* * *

Deslizáronse varios meses en la inalterable monotonía gris de la quinta de caridad, y en las almas de los an-

cianos Holden latía aún la esperanza de volver a ver al pequeño, cuya identificación habían señalado a la policía de la ciudad para que lo buscaran.

Chiquilín y Gallo se querían mucho, como si fueran seres de misma sangre.

Una tarde, de vuelta, después de comer, al sitio donde el viejo músico mendigaba para poder vivir, acompañado de Chiquilín, quien, por turno, tocaba, para descansar al maestro, éste se fijó en un cartel que anunciaba la presentación en el teatro de un virtuoso del violín, un tal Gillani, y recordando, dijo al niño:

—¿Gillani? El nombre no me suena,



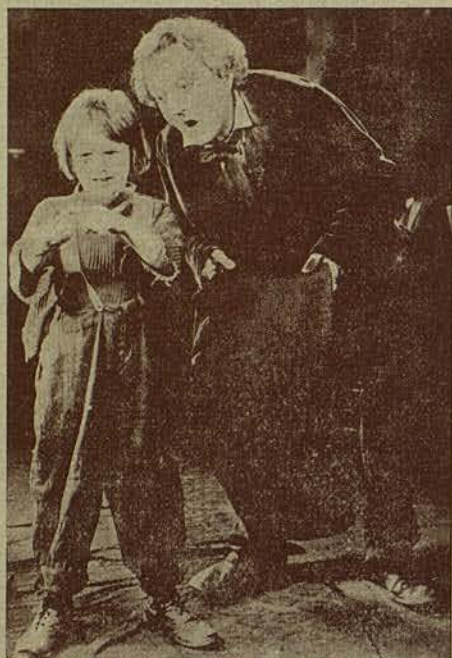
Chiquilín y Gall se querían mucho...

pero ese rostro me es familiar. Ha sido discípulo mío. ¡Vaya si es él! La gloria le sonríe, como a mí en otros tiempos.

El alumno a que se refería Gallo no era sino el propio Pablo Savelli, padre de Chiquilín, que volvía a América, de regreso de una triunfal «tourné» por Europa.

Tan pronto se hubo restablecido de las heridas un tanto graves que le produjera el atropello de que fué víctima aquel funesto día de la fuga de su esposa Elena con su hijito, puso varios anuncios

en los más importantes periódicos reclamando a sus dos queridos seres, pero como no obtuviera respuesta a su llamamiento, pensó que su mujer tenía la convicción de que él era culpable,



Buen chasco se llevó el muchacho...

y que ya nada podía esperar para reconciliarse con ella.

Habiéndosele hecho ventajosas proposiciones para actuar en diferentes países, Savelli firmó contratos, y marchó de su patria con un nombre usurpado a la fantasía para romper con el doloroso pasado.

Desde que adquiriera en sus memorias la certeza de que Gillani era su discípulo Savelli, César Gallo no deseaba más que presentarsele.

—Esta noche vamos a ver a ese virtuoso del violín. ¡Cuánto se alegrará de ver a su viejo maestro!—notificó a Chiquilín, al tornar a su desván.

Y el viejo artista sacó del cajón de una cómoda unas ropas antiquísimas, de ceremonia en otra época.

De unos pantalones saltó una bola para la polilla, y goloso como todos los chiquillos, el protegido de Gallo se apo-

deró de ella y la mordió creyendo que era un confite.

Buen chasco se llevó el muchacho, y ejemplar le resultó la lección.

También Chiquilín se preparaba para ir a ver a Gillani, pero requerido por el maestro, mientras se planchaba sus pantaloncitos cortos, para que le abrochara un botón de la camisa, la plancha, demasiado caliente, quemó la prenda de vestir, haciéndola inusable.

—¡A ver dónde voy a presentarme así!—se lamentó Chiquilín.

El maestro remedió el desaguado autorizando a Chiquilín para que sacrificara unos calzones suyos cortándolos a su medida.

Así fué como el muchacho se vistió de largo.

El claro talento del niño, sus iniciati-



—Yo estoy elegante con cualquier cosa...

vas, sus gracias, eran como vivos destellos de sol naciente en el ocaso del anciano.

—¡Qué bien has sabido apañarte, Chiquilín!

—Yo estoy elegante con cualquier cosa. ¡Hay que ver cómo sé llevar la ropa... aunque me venga seis palmos ancha de cintura!

A poco, en la puerta del escenario del teatro, por no permitírseles el acceso al mismo, Gallo y Chiquilín esperaron a Gillani.

Este no tardó en llegar, y el viejo maestro se le puso delante y le saludó.

Gillani, sin reparar en él, acarició a Chiquilín, y dió cincuenta céntimos de limosna al viejo.

Gallo quiso seguir a Gillani, mas el secretario del virtuoso se opuso a ello, diciendo al primero:

—El señor Gillani no puede atender a todo el que llega.

Dolorido por la humillación, amargado por el desengaño, el viejo enfermó. Su espíritu iba apagándose en su cansado organismo.

Al día siguiente, Chiquilín ocupaba el sitio habitual del anciano músico.

Gillani detúvose ante él mientras tocaba una romanza sentimental aprendida del maestro, y al verle, el muchacho le miró con curiosidad.

—Buenas tardes, señor Gillani—terminó por decirle.

—¿Me conoces, niño?

—Ya lo creo que conozco a usted. ¿No se acuerda de un chico que acompañaba al señor Gallo cuando usted le dió anoche cincuenta céntimos?

—¿Gallo has dicho? ¿Aquel viejo era el violinista Gallo?

—Sí, es mi mejor amigo. El me ha llevado a vivir a su casa y éste es su violín. Hoy está malo.

—¿Quieres conducirme a su lado?

—¿Usted quiere venir a verle? Venga, venga, no está muy lejos la casa. Se alegrará mucho de verle.

* * *

Y el destino volvió a reunir dos senderos largo tiempo alejados: uno hacia la riqueza y la fama; otro hacia la obscuridad y la miseria.

El viejo enfermo—enfermo del corazón en apurado trance—estrechó con una forzada sonrisa en los labios las manos de su discípulo.

—Su suerte, querido maestro, me llena el alma de dolor. Déjeme sacarlo de aquí y llevarlo a la vida que merece.

—Es tarde ya. Este final lo temí siempre. Voy a desaparecer de este ingrato mundo. Anda, Chiquilín, querido niño, toca la música que te enseñé para arrullar el sueño. Gillani, escuche usted atentamente: éste es mi último discípulo.

Chiquilín obedeció al moribundo.

Durante la música aleteó en la estancia un rumor solemne... y Gallo se extinguió apaciblemente.

Gillani, es decir, llamémosle ya por su nombre, Savelli, emocionóse profun-



—...Anda, Chiquilín, toca la música que te enseñé para arrullar el sueño...

damente ante el gran maestro muerto en la miseria, y Chiquilín lloró con toda su alma.

Sin poder remediar lo irremediable, el llanto conmovedor del niño no hallaba eco ni en el cielo ni en la tierra. No bastaban a consolarle las ternuras de su ignorado padre, quien, sinceramente afligido, no quiso presenciar más la escena de hondo patetismo.

Chiquilín se fué con él, despidiéndose, antes, de todo lo que perteneciera al difunto protector.

Después del concierto de aquel día,

al que el niño asistió entre bastidores, Savelli se lo llevó a su casa.

—Vengo apenadísimo. He tenido el pesar de ver morir a César Gallo, el maestro que me dió enseñanzas y alientos para la lucha — dijo a su fiel criado. Y añadió:—Dé a este niño de comer. Debe tener hambre.

El camarero sirvió la cena para Savelli y el niño, con gran sorpresa por parte de éste.

En efecto, era la primera vez en su vida que Chiquilín disfrutaba de una mesa espléndida sin ser día señalado.

Durante la cena, el niño detuvo, atónito, su vista en una fotografía de mujer, y la comparó con la que nunca se había separado de él.

¡Oh, sí, era absoluta la identidad entre el retrato de su madre y el que tenía el violinista!

Savelli prestó atención a la curiosidad de Chiquilín, y su asombro fué inenarrable al ver entre las manos del niño el retrato de su esposa Elena.

—¿Conoces a esta señora?—le preguntó.

—Es mi madre, señor.

—¿Tu madre? ¿Dónde está?

—Murió hace más de dos años.

—¿Muerta? ¡Hijo mío! ¡Pobre Elena!

Chiquilín no adivinaba el motivo de los insospechados y vehementes abrazos de Savelli.

—¿No comprendes? Yo soy tu papá.

—¿Usted? ¿Tú mi papá!

—¡Sí, sí, hijo de mi alma!

El criado y el secretario se asociaron a la alegría de Savelli, al enterarse de lo que ocurría.

—¿Pero dónde ha estado el niño todo ese tiempo?—preguntó el secretario.

—La abuelita y el abuelito Holden cuidaron de mí hasta que tuvieron que irse a la casa de los pobres.

—¿De modo que fué por eso por lo que tú viniste a la ciudad?

—Sí, papá. Yo quería ganar mucho dinero para comprar su finca y dársela a ellos otra vez.

Savelli ordenó a su criado que bañase a su hijito y le proporcionase ropas dignas de él, y mientras aquél acataba

la orden, dijo, además, a su secretario

—Tome. Esta es la llave del cuarto del infortunado César Gallo. Encárguese usted de que sea enterrado dignamente. Quiero rendir este último tributo a su memoria. En seguida se dedicará usted a resolver el asunto de los Holden en la forma que desea el niño.

* * *

Unos días después.

Jamás volvió de Londres Dick Whittington, con un fausto como el que doraba el regreso de Chiquilín a Meadowbrook en un magnífico automóvil.

La finca de los Holden, readquirida y reamueblada confortablemente por el secretario de Savelli, estaba preparada para recibir a los abuelos, a quienes afanosamente buscaba el niño.

—No han llegado aún—dijo Savelli a su hijo.—Mírales... Ahora se apean del coche que los ha conducido aquí desde la quinta de caridad. Escóndete y sorpréndelos luego.

No podían imaginarse los ancianos las venturosas realidades con que el amor del niño, por quien tanto sufrieran, iba a endulzar sus últimos días.

—¡Abuelita, abuelita!

—¡Nene de mi corazón!

—¡Chiquilín amado!

Los ojos de los abuelos veían las cosas tal como eran, y sin embargo resistíanse a creerlas.

Savelli, aprovechando una ausencia del niño, explicó todo a los abuelos.

—...En vano, al salir del hospital, busqué a Elena por todas partes. Mis contratos me llevaron a Europa, y desde entonces he esperado y desesperado. Pero, al fin, Dios se ha apiadado de mi soledad.

Chiquilín volvía en este momento al lado de los suyos, para decirles:

—¡Mirad, mi «Juanita» tiene ocho lechones! Ella tampoco ha querido estar sola...

Los mayores se rieron, y la alegría de todos era agradable presagio de una vida de felicidad sin par.

El amor del niño lo absorbía todo.

Elena, desde arriba, debía sonreír...

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



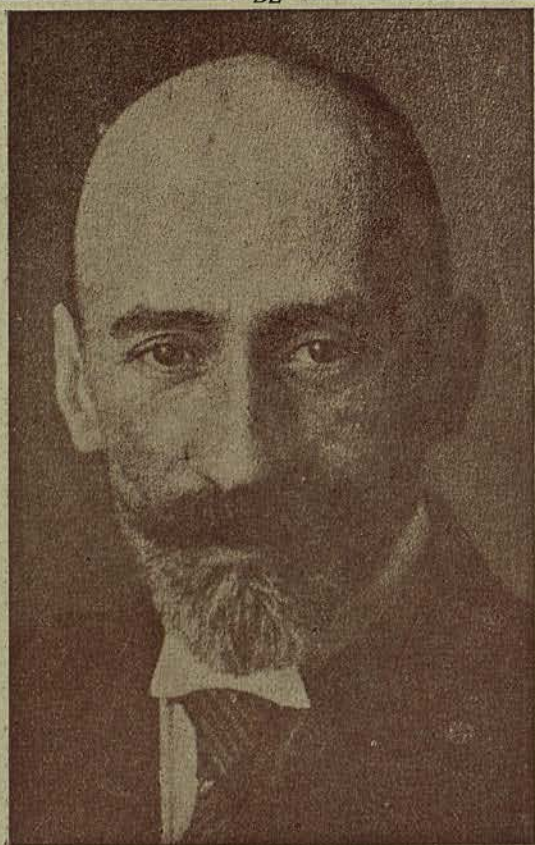
HERBERT RAWLINSON

Sociedad Films Benavente

CONCESIONARIA EXCLUSIVA DE TODAS LAS
PRODUCCIONES EDITADAS E INÉDITAS

PARA TODA LA VIDA

DE



MÁS ALLA DE LA MUERTE

D. JACINTO BENAVENTE

DIRECTOR ARTÍSTICO: BENITO PEROJO

En preparación: LA NOCHE DEL SÁBADO y EL DRAGÓN DE FUEGO

PARA INFORMES,
DIRIGIRSE A

MADRID, Calle Mayor, 4
Dirección telegráfica: "AMSÓ" 

El último adiós



Al día siguiente debía casarse Leonor.

Había sido voluntad suya que la fiesta empezara la víspera.

Era raro...

Nadie había de dormir aquella noche y apenas rayase el alba se celebraría el matrimonio.

Partirían los novios lejos, muy lejos a gozar de la luna de miel.

La novia aparentaba estar alegre... mas alguien sabía que no lo estaba.

Y, a veces, ligeramente apoyada en una consola en el fondo del salón, contemplaba, con pesar, a sus amistades en tertulia.

—Somos juguetes—decía la prometida—que se mueven a capricho de la vida...

El feliz novio no tenía bastantes frases para agradecer a todos los votos de ventura que le prodigaban.

Entre los invitados había uno que

permanecía casi siempre aislado de los demás y fijaba sus miradas en Leonor, estuviera donde y con quien estuviera.

Ella se sentía acariciada por la admiración de ese hombre... y su alma sufría.

De pronto, sin que nadie pudiera adver-

tirlo, Leonor desapareció del salón... y lo propio hizo el joven que no cesaba de mirarla.

Ella salió a la terraza de su casa, envuelta en las sombras de una noche sin luz.

No podía haber luna estando su corazón tan triste...

El joven la siguió allí... y se detuvo, vacilante, al verla.

—¡Mi Leonor... mi Leonor!... ¡Me estoy muriendo! Parecióme que podría soportar tan cruel golpe... mas no puedo... ¡no puedo!

Y lloraba...

—Mi Gustavo... ¡Cuánto nos hemos querido... y cuánto vamos a sufrirl!... Pero esto no tiene remedio. Me caso...

—¡Huyamos antes!

—No, Gustavo... Ya no es tiempo... Mañana seré del diplomático Brillard... Tú no me prometiste nunca casarte conmigo... no quisiste comprometerte a ello para una fecha más o menos larga... Tu carrera te lo impidió... Me dejaste libre ¡después de habernos amado como nunca más yo podré amar!... y surgieron las conveniencias de mi posición... y mis padres me llevarán felices al altar y me desposaré con mi pertinaz pretendiente.

—¿No amándole?

—Tal vez le amaré, Gustavo...

—¿Me olvidarás por completo?

—Será forzoso...

—¿Nuestro amor morirá?

—Es necesario.

—¿De veras?... ¿Y podrás pensar en mi dolor sin apiadarte de mí?...

—Gustavo... ¡Una mujer no es una niña! Te amé con locura, y hoy, hasta hoy, te he amado así... a pesar de haber culpa en ello... ¿Sabes por qué?... Me lle-

vaba a ti la esperanza de que tu amor podría más que todo... que me ofrecerías tu destino a cambio de ser tu esposa... ¡Pero tú no me amabas bastante! Tu porvenir fué siempre tu primera pasión...

—¡Oh, Leonor!

—Ya ves cómo hablo... Francamente, como debe amarse... Y si yo no soy feliz, tuya será la culpa... Forjaste en mí la ilusión de adorarte siempre... y tú mismo truncaste esa ilusión.

—¡Mi Leonor!

—¡Adiós, Gustavo! Quise darte este último adiós, con el resto de mi cariño... que fué mucho... mucho más grande que lo que tú pudiste imaginar.

—Y... ¿no nos veremos más?...

—¿Te atreverías?...

—¡Oh, sí!

—¿Y me amarías?

—¡Con el alma entera!

—¿Me darías la dicha?

—¡Toda!

—¿Con la traición?...

—¡...!

—Gustavo... tú no me has querido nunca!

FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

(Dibujo de J. Guillén.)



GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



CHARLES RAY

ORFEBRERÍA ESPAÑOLA

EXPOSICION Y VENTA:

Argüelles (Gran Vía Diagonal) 460

(entre Paseo Gracia y Rambla Cataluña)

Teléfono G. 1077 - BARCELONA

J. B. MODOLELL

Dirección Telegráfica:

MODOLELL-BARCELONA

FABRICA:

Quevedo, 25 (Gracia)

!!EXCEPCIONAL OCASIÓN!!

CON UN 20 % DE DESCUENTO

Se vende magnífico coche

BENJAMÍN



cuatro asientos, NUEVO, no registrado todavía en el Gobierno Civil



INFORMES:

Paseo Colón, 11, 4.º, 1.ª
BARCELONA

EXPOSICIÓN Y VENTA

DE

MUEBLES

PAR Y

CAMPO, PLAYA y JARDIN

de médula, junco y mimbre

= de la casa =

DÁMASO AZCUE

= de AZPEITIA =

Calle de Cortes, núm. 549

entre Casanova y Villarroel

BARCELONA

PIANOS Y GRANDES ORQUESTRALES ELÉCTRICOS

MARCA

HUPFELD

DE ALEMANIA



Representante general para España

: J. MOTA :

LIBRETERÍA, 12 - BARCELONA

VENTA DE ROLLOS DE ACTUALIDAD

J. HORTA, Impresor

Lo que valen los padres

Yo he sido y soy aún joven.
No envidio nada de nadie...
pues lo tengo todo.

Sin embargo, con tenerlo todo... algo me falta.

Pues vi a mis padres, hace ya años, por última vez.

Estaba escrito que los había de perder siendo niño.

Los años han añadido edad a mi edad de entonces, y heme hoy director de mis actos.

El tiempo, que cicatriza todas las heridas, puso como una sombra en el recuerdo de los que me dieran el ser...

Sin darme cuenta dejé en olvido a mis padres, como si en realidad no tuviera que pensar en ellos porque aun los tenía representados en los tíos que nos protegieron a mí y a mis hermanos.

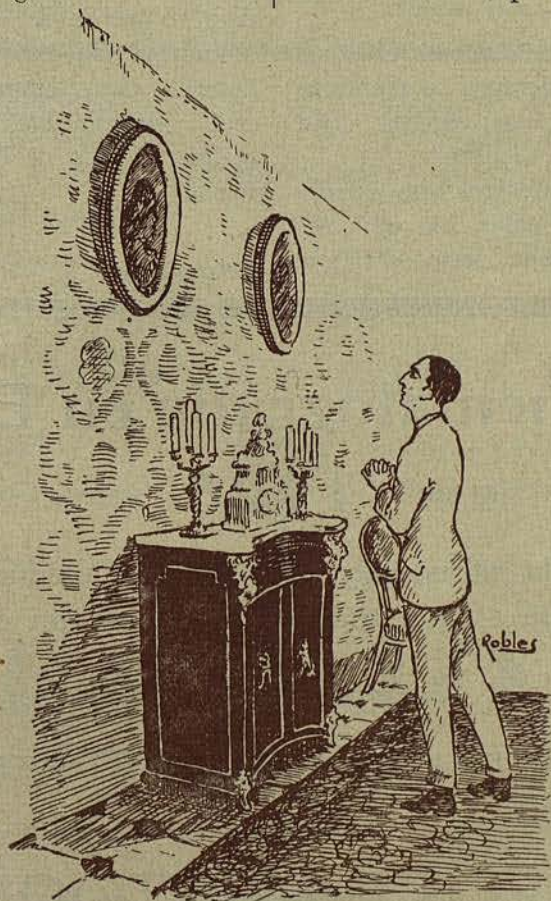
Pero ahora, cuando ya me hallo en el terreno de las grandes responsabilidades humanas, porque ya soy también padre, he pensado más, mucho más, en los míos.

No tenía, en el salón de mi casa, ni en mis papeles particulares, ningún retrato de ellos, y me prometía continuamente buscar en el álbum de fotografías de la familia una de cada uno para mandarlas reproducir.

No obstante, no tuve nunca un segundo para dedicarme a tan delicada tarea... y la idea se quedaba en idea.

Y he aquí que la víspera de mi onomástico, sin que yo pudiera ni remotamente pensar-

lo, me vi grata y emocionantemente sorprendido por el regalo de dos espléndidos marcos detrás de cuyos cris-



tales había el querido busto de mis padres.

No puedo explicar mi asombro.

Tuve deseos de llorar.

Mas no pude.

Sólo supe arrojarme en los brazos de mi amada esposa—pues ella era la que me preparaba la sorpresa—y la besé, agradecido en el alma.

Después de esta escena, presenciada por mi familia con lágrimas en los ojos, permanecí solo unos instantes delante de la efigie de mis padres, y les sonreí como nunca lo hice desde que supe por qué se sonríe...

Y murmuré, reprochándome el abandono en que tuve siempre su memoria:

—Perdón, padres míos, perdón... ¡Qué ingrato he sido con vosotros!...

Y dije para mis adentros que si todos supiéramos lo que valen los padres—los padres que saben serlo—seríamos

mejores hijos y, a nuestro turno, mejores padres.

Hasta ahora, lo confieso, no di nunca a mis padres el exacto valor que me ha enseñado a darles el tierno ser que hoy balbucea en mi feliz hogar...

Y mi mayor deseo es que, cuando llegue a mi edad, y si mi esposa y yo no existimos, no nos olvide como si no hubiésemos hecho por su felicidad cuánto estuvo en nuestros medios, mientras la muerte no nos arrancó del mundo.

Agradecimiento inmenso debemos a los que nos protegieron si nuestros padres se fueron de esta vida dejándonos a merced de la consideración de los demás... pero siempre, siempre, por derecho indiscutible, los padres deben ocupar el sitio de honor en nuestro corazón.

LUCAS O'MIRA

(Dibujo de Robles)

La Cinematografía en España

1925

Guía de la Industria y el Comercio Cinematográfico de España e Industrias relacionadas con el mismo

Una obra útil y un poderoso auxiliar para los actuarios

PRECIO DEL EJEMPLAR 10 PESETAS

Para pedidos a

ARTE Y CINEMATOGRAFIA

Redacción y Administración: Aragón, 235 - BARCELONA

VALLAS Y LUMI-
NOSOS EN PUN-
TOS CÉNTRICOS

TEATROS, CINES,
CAMPOS SPORT,
CARRETERAS

BARCINO

EMPRESA ANUNCIADORA

Vía Layetana, 12. pral.

Teléfono 4948 A

EDICIONES: PROS-
PECTOS, FOLLE-
TOS, CATÁLOGOS

CAMPAÑAS DE
PROPAGANDA Y
DIVULGACIÓN

PIDA SIEMPRE EN CAFÉS Y BARS

ESTOMACAL
ANIS



QUINADO
RON

COÑAC

TARRAGONA

COÑAC

ANIS
ESTOMACAL



RON
QUINADO

Catalana Vinícola, S. A. - Vendrell

IMPRENTA
E. Verdaguer Morera

Topete, 2 al 16

TARRASA

PRONTITUD
E S M E R O
S E R I E D A D

TRABAJOS COMER-
CIALES, EDITORIALES
— Y DE LUJO —

En sus talleres se edita
la popular publicación

La Novela Semanal Cinematográfica

Sometido a la previa censura militar. ∞ ∞ ∞ ∞ Prohibida la reproducción

NOTA. = Con cada Almanaque exija un album=obsequio

laia
5/08
80 €

La Novela Semanal

BIBLIOTECA

*Los Grandes
Films*



COLECCIÓN

DE

OBRAS MAESTRAS

Cinematográfica